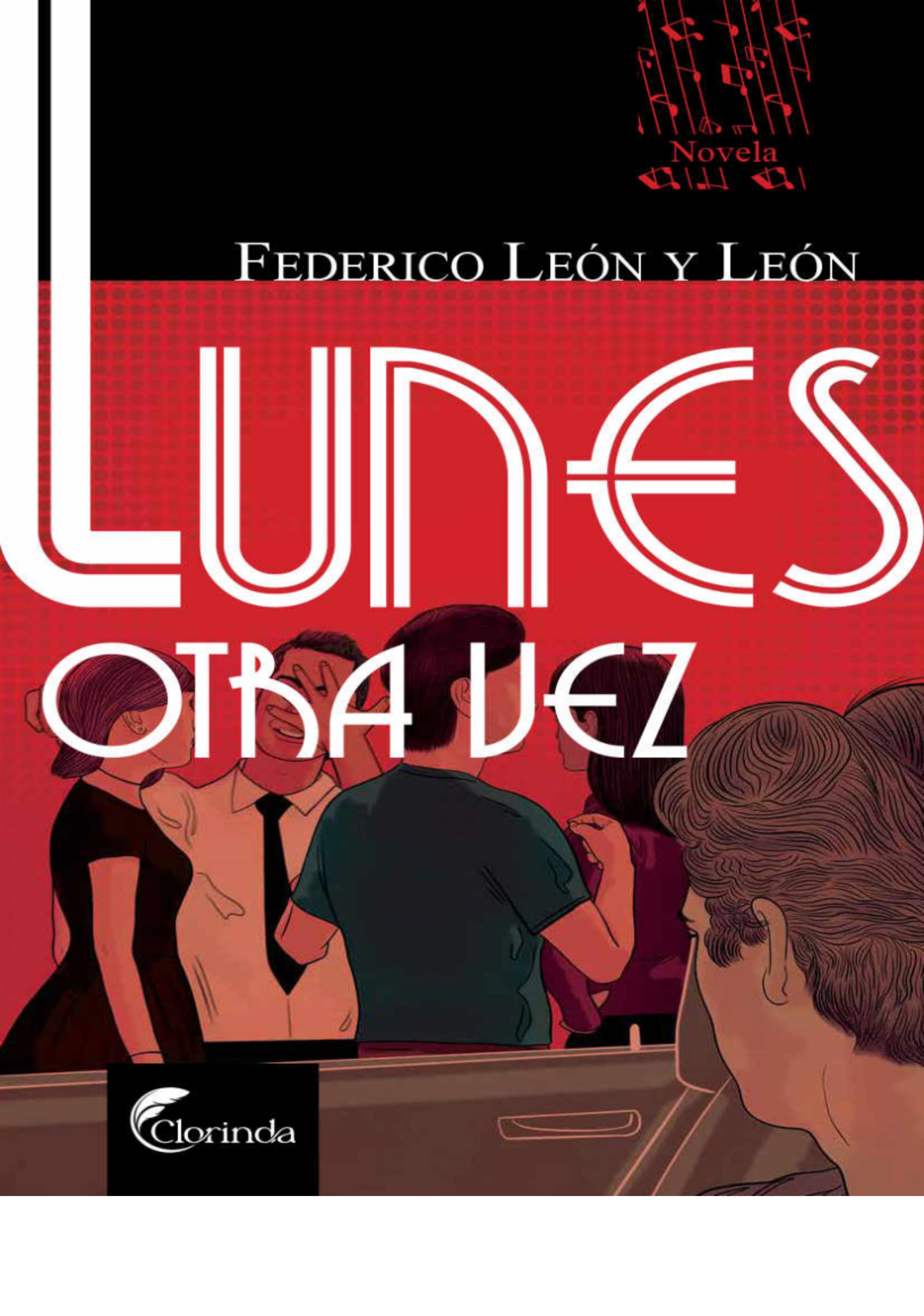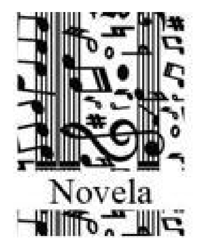

Novela
Federico León y León
Lunes
otra vez
Clorinda



Federico León y León

Lunes otra vez



Lunes otra vez

Federico León y León

Clorinda



Av. Pablo Carriquiry 385, dpto. 102, San Isidro
Lima 15036-Perú
contacto@clorindaeditorial.com
clorindaeditorial.com
Tel. +51 940 525 022

Ilustración de cubierta: Alonso Guzmán Barone

Edición: Anahí Barrionuevo
Diseño de colección, cubierta y diagramación: Juan José Kanashiro

Primera edición digital: octubre 2023
Libro electrónico disponible en www.amazon.com

Hecho el Depósito Legal en la Biblioteca Nacional del Perú N.° 2023-03462
ISBN: 978-612-49246-3-7

Lima-Perú, octubre de 2023

«Lunes otra vez sobre la ciudad,
la gente que ves vive en soledad».

Sui Generis, Confesiones de invierno

«Do I contradict myself?
Very well, then I contradict myself,
I am large, I contain multitudes».

Walt Whitman, Canto a mí mismo

Contenido

Pedro anda atascado

Nadie respeta nada. ¡Mira por dónde vas, huevonazo! No hay peor manera de comenzar la semana que metido en el tráfico. Especialmente esta semana, en la que tengo tanto que hacer. Sí, es realmente desesperante. Al menos la radio me da tranquilidad. Me distrae de tanto idiota que no sabe manejar; cambian de carril sin mirar, como el del auto de al lado. Casi lo choco. Eso sí, nada de noticias por la radio. Tengo suficiente dosis de realidad con este tráfico. No necesito enterarme de a cuánta gente asaltaron anoche. Básico ir así, con la música a todo volumen. Cantar a todo pulmón, para desahogarse. ¡Uf, qué buena canción! «Flaca, no me claves, tus puñales». Sí, no hay como cantar a gritos para olvidarse del tráfico: «Tan profundo». Calamaro es un genio. «No me hacen mal». No puedo creer que recién sea lunes y ya me sienta agobiado. Carajo, ahora el idiota de al lado se me queda mirando. Déjenme cantar feliz. ¡Mejor mira para adelante, que vas a chocar! Esta gente no sabe manejar. No sé qué es peor, si toda la chamba que tengo pendiente para esta semana, o la reunión del viernes, donde Sofía. No sé si quiero que la semana acabe rápido o que no acabe nunca. «Aunque casi te confieso que también he sido un perro». Genio. La llamada de Sofía me sorprendió. Pensé que me llamaba para reclamarme, para decirme que por qué no la había llamado y que no sabía nada de mí. Pero no, no hubo reclamos. Me llamó solo para avisarme de la reunión del viernes, aunque no sé si quiero ir.

¡Ya está en verde! ¡Avanza! Carajo, nada de moverse. Se distrae en lugar de mirar al semáforo. Si llego tarde hoy, se me complica todo. Todavía me falta darle una última revisada al nuevo contrato, cláusula por cláusula, para asegurarme de que todo quede perfecto. No me queda más que tocar el claxon. Odio a los que se la pasan tocando el claxon, pero es la única manera de hacer reaccionar a esta gente. Primera vez que me ponen a cargo de un proyecto de contrato. Tremendo encargo. No la puedo cagar. ¿Qué pasó con la música?

¿Cómo me van a poner a Maná? No ayuda, ese falsete me pone más tenso. Paciencia, que ya estamos avanzando un poco. El proyecto es para unos clientes a los que otra compañía los va a comprar. Tenemos que ayudarlos con el contrato de venta. Quieren cerrar la operación el viernes y hay que ver cambios, poderes, firmas. ¿Me habrá faltado incluir algo en el contrato? Espero haber puesto todas las condiciones que me pidieron. No puede haber ningún error. ¡Esta gente maneja lentísimo! Me van a obligar a tocar el claxon otra vez. También puse algunas sugerencias, como incluir un pago adicional si llegan al margen esperado en el primer año. Eso les gustó. Tengo una reunión con ellos al mediodía. Espero que les guste también cómo está quedando la versión final. Ahora sí avanzan. Lento, pero avanzan.

Nunca había armado un contrato como este antes. Me pone tenso, pero más me estresa el hecho de que nuevamente nadie avanza y voy a llegar tarde. Carajo, rojo otra vez. Tranquilidad. Tenemos muchas compras de empresas últimamente en el estudio, buena chamba para nosotros, pero todo siempre es urgente. Hay que saber tratar con los clientes. Lo que no sé cómo abordar es la reunión donde Sofía. ¡Temón!: «*I don't want to wait for our lives to be over*». Odio esa serie: Dawson es un tarado, me cae mal. Pero qué buena canción tiene. Sofía se parece mucho a Joey. Tienen la misma sonrisa. No sé si Sofía me vuelva a sonreír igual después de que he dejado pasar todo un mes sin llamarla. Es que todavía no sé qué decirle. Qué cagada. ¿Quiero ir a su casa el viernes? No lo sé. Quizás sería mejor ir ese día a celebrar la firma de mi primer contrato con el equipo del estudio. Una excusa perfecta para no ir. «*I want to know right now what will it be!*». Es un tarado, Dawson: cómo la ignora a Joey.

—¿Sofi? ¡Hola! ¿Me abres? ¿O puedes bajar a ayudarme? Tengo las cajas con los sánguches y pesan. No creo que pueda sola. ¿Llegó ya alguien?

—¡Hola, Bren! No, no ha llegado nadie todavía. Gracias por pasar a recogerlos. ¡Ya bajo!

¡Mierda, ese tarado casi choca! Es que si frenan así, en seco, cualquier cosa puede pasar. Aunque, claro, lo bacán de lo de Sofía es que Julio ya esté de regreso en Lima. De hecho, la reunión del viernes es para vernos todos con él, así que está difícil dejar de ir. Hace más de un año que no lo veo. ¡Y hace como un mes que no veo a los otros! Creo que lo que más me choca es que Julio ya esté de vuelta y yo siga haciendo lo mismo que cuando se fue a estudiar fuera. ¡Uf! «*Twenty five years and my life is still trying to get up that great hill of hope*». ¡Qué buena canción! Ya tiene años y todavía la pasan por la radio. Aún recuerdo cuando salió, justo cuando tenía veinticinco años. «*And I am*

feeling a little peculiar». Creo que la primera vez que la escuché fue en un viaje por carretera a Paracas en un fin de semana largo. Sí, cuando fuimos con Julio y sus amigos de Ingeniería. No recuerdo quién manejaba, pero, en algún momento, nos la puso. «Esta tiene que ser la canción de este viaje», nos dijo. Sí, ya teníamos todos veinticinco años, debe de haber sido Semana Santa. La cantamos todo el camino, la repetía y la repetía. Creo que ese viaje fue también justo cuando Julio y yo comenzábamos en chambas nuevas. Yo en el estudio; cuando todo era nuevo. Julio también estaba empezando en algún sitio, pero ya pensaba en irse a estudiar fuera. «*And I scream from the top of my lungs: what's going on?*». Tanto tiempo ya. No entiendo cómo es que estoy aquí, ya con veintiocho años y haciendo lo mismo que hace tres años. Estancado. Este contrato tiene que salir bien, tiene que ser un éxito. Si todo sale bien, la próxima semana pediré dejar de ser asistente. Ya me toca ser abogado de verdad.

¿Por qué pasan comerciales de cerveza un lunes por la mañana? Después de todo lo que he tomado el fin de semana, lo último en lo que quiero pensar es en trago. Nunca entenderé esto del *marketing*. En fin. Pues, sí, veintiocho años. ¡Y ya casi veintinueve! Solo faltan dos meses. No puedo seguir así de estancado. Miren a ese tarado queriendo meter el carro a la fuerza. ¿No le importa si lo chocan? Yo sí trato a mi auto con cariño; quién sabe cuándo podré cambiarlo. Lo he ido pagando de a pocos desde hace tres años. Sí, estancado mal. «Pedro, tienes que aprender primero», me dicen en el estudio. Ya mucho tiempo en este plan. Esta semana les voy a demostrar que merezco una promoción. Dale con la publicidad; esto es lo que me molesta de la radio: ponen una canción buena, te emocionas, y después viene el bajón, porque te comienzan a pasar publicidad, y no se detienen. No se trata solo de no poder planear un cambio de auto, eso no es tan importante, sino que lo complicado es sentir que no avanzo, que todo el esfuerzo es por gusto. Talvez me hubiera ido mejor si hubiese estudiado otra carrera en lugar de Derecho. Cualquiera menos *Marketing*, que ahí sí que ando perdido. Tampoco Ingeniería, ninguna ingeniería: muchos números. Quizá Economía. No sé. Y no me veo como contador. Dejemos de pensar en huevadas: ya soy abogado. Ya no lo voy a cambiar ahora. Pero ya me cansé de que me digan que tenga paciencia, que poco a poco y, mientras tanto, tengo que seguir viviendo con mis viejos. ¡Otra vez rojo! No puede ser que nadie se dé el trabajo de coordinar los semáforos. No me pueden tocar todos en rojo. Voy a llegar tarde. Mucho de querer pedir un aumento cuando cerremos este contrato, y voy a llegar tardísimo a presentarlo. Calma.

Por fin algo bueno: «*Why can't we be friends, why can't we be friends*». Hasta que se animó esta radio. Está como para cantársela a

Sofía el viernes. Las huevadas que pienso. ¿Le habrá contado Sofía algo a Julio de mí? No quiero ni pensarlo: qué roche con Julio si se entera. Terminaron mucho antes de que se fuera. Y ya no tienen nada, pero igual. Si me pregunta algo, no sabría cómo responderle. Si no sé ni qué decirle a Sofía, menos voy a saber qué decirle a Julio. Creo que si sale el tema, encontraré alguna excusa, agarraré mi casaca y me iré. Encima, con lo superpata que ha sido Julio siempre conmigo. «*Sometimes I don't speak right*», qué buen ritmo. Cómo me gusta cuando ponen una canción que justo encaja conmigo. Como cuando Jerry Maguire busca una canción en la radio para relajarse después de firmar su primer contrato y se pone a cantar gritando «*Free Fallin'*» con todo. La mejor película de Tom Cruise para mí. A quien le quiero gritar ahora es al imbécil este de adelante, que deja que todos los carros lo pasen por lento. ¡Avanza, carajo! Julio siempre se ha portado bien conmigo. Nunca me voy a olvidar que cuando me peleé con mis viejos, me invitó a quedarme en su casa. Ya no los aguantaba y los mandé a la mierda. Se la pasan peleando entre ellos y después se desquitan conmigo. Ese día estaba tratando de estudiar y no podía concentrarme con los gritos. Tenía examen de Constitucional, creo. Sí, era el curso que más odiaba. Les pedí que por favor no hablaran tan alto. Y fui educado. Mi viejo me contestó que me regresara a mi cuarto y que no me metiera, que, si no podía estudiar, me fuera a otro lado. Así que me largué: regresé a mi cuarto, preparé un maletín y me fui. Me quedé casi una semana donde Julio hasta que mi viejo vino a buscarme para disculparse. Nunca supe cómo se enteró dónde estaba. Igual, hasta ahora se siguen gritando, pero al menos ya no se meten conmigo. Yo tampoco me meto en sus peleas. Me encierro en mi cuarto y ya.

—¡Bren! ¡Te excediste con los sánguches! ¡Yo pedí menos! Con razón no podías cargar todo sola. Ojalá que todos vengan con hambre. ¿Nicolás no viene? Pensé que venía contigo.

—Nico estaba complicado en la chamba. Viene directo más tarde. Si lo esperaba, cerraban la panadería y no conseguía traer nada.

—Gracias por traerlos, déjalos acá en la cocina, ya después los acomodamos en las fuentes. ¿Algo para tomar? ¿Qué te provoca?

—Después del día que he tenido, me va a caer bien una chela. Cuéntame, ¿qué te ha contado Julio?, ¿cuándo llegó? Hace como un año que no lo veo.

—No me contó mucho; llegó el domingo. Parece que se ha alquilado un depa por un par de meses, mientras decide qué hacer. Se ha tomado esta semana de vacaciones y recién el lunes comienza en su nueva chamba. Está feliz de estar de vuelta.

—¿Y tú estás feliz de que esté de vuelta? ¡No me mires así! Ya me

has dicho que nada que ver, pero tu cara dice otra cosa.

—Nada, Bren, nada, no armes historias donde ya no hay nada. Lo mío con Julio ya fue, cada uno está en su nota. Más bien, cuéntame tú de Nicolás. ¿Cómo van? No los volví a ver después de que nos los presentaste, ¡y ya va a ser un mes! Me cayó bien. ¡Nos reímos demasiado esa noche!

Brenda ya me confirmó que también irá con su novio el viernes. Cuando la llamé, me dijo «Iré con mi novio». Así le dice: «novio». ¿Qué se le va a hacer? Parece un buen tipo Nicolás, serio pero bacán. Carajo, siempre termino en el carril más lento, todos me pasan. Si no fuera por el tarado que tengo delante, no me hubieran pasado. Paciencia. Fue bacán ver feliz a Brenda ese día en el chifa nuevo. ¿Ya un mes? Sí. Se la ve superenamorada. No dejaba de pegarse a Nicolás. Toda la noche de la mano. Con las justas se soltaron para comer. Sofía y yo nos mirábamos de reojo y nos aguantábamos la risa. Nunca la habíamos visto así, tan cariñosa y tan relajada con alguien. A decir verdad, Brenda no era la única relajada esa noche. El ambiente estaba bueno, la comida estaba buena y no parábamos de pedir trago tras trago. Al principio, Nicolás estaba como en una entrevista de chamba. Pero dejó rápido la pose y se soltó, sobre todo cuando Sofía le dijo que su voz ronca le recordaba al locutor de noticias de la mañana, el de Radio Principal. En lugar de molestarse, se puso a imitarlo, y ya no paramos de reírnos. Luego Sofía hacía como que llamaba a la radio para hacer preguntas estúpidas y Nicolás respondía. ¿Soy yo o Brenda se ponía celosa? Carajo, ya deben de estar todos en la oficina, y yo todavía lejos.

Qué semanita la que se me viene encima. Solo debo concentrarme en que todo va a salir bien: con el cliente, con el contrato, con el estudio, y con Sofía. Mentalizarse. Esta radio ya me hartó, momento de cambiarla. A ver qué encuentro, porque a esta hora casi todas las radios pasan noticias, y no me quiero amargar más la mañana escuchando entrevistas con gente que no sabe de lo que habla. Esto está mejor: «*Do you believe in life after love?*». Cher es una genia: «*I really don't think you are strong enough, no*». Eso. Fuerza. Eso es lo que me falta a veces. Fuerza para enfrentar las cosas. Cosas como pedir que reconozcan mi chamba, cosas como explicarle a Sofía las huevadas que pasan por mi cabeza. Tengo que enfocarme más en lo que quiero. Tengo no, necesito. Necesito enfocarme en lo que quiero para así conseguirlo. Sí, mentalizarse. ¿Por qué van todos tan lento? Uy, tremendo choque. Pobres. Qué horrible tener un choque así, y encima a esta hora. «*After love, after love, after love*». ¿Habré estado yo alguna vez realmente enamorado? No creo. Al menos nunca me he sentido así, sin ganas de vivir después de terminar con alguien. «*I don't*

need you anymore, oh, I don't need you anymore». Creo que siempre he sido yo quien ha terminado las relaciones, quien no ha necesitado más a la otra persona. Mejor así.

Cuánta gente caminando o esperando micro, o taxi. Pese a todo, tengo suerte de tener auto. De eso no puedo quejarme. No como esa chica de ahí, en la esquina, que parece que está esperando el bus. Qué guapa. Si no estuviera apurado paraba y la jalaba a su chamba. Huevadas en las que pienso. Como si fuera a treparse a mi auto así nomás. De seguro Julio sí lo hubiera hecho. Yo soy cagón para estas cosas. No tengo ese jale. ¡Uy! «¿Para qué me curaste cuando estaba herido, si hoy me dejas de nuevo el corazón partío?». ¡Otro temón! El próximo mes creo que hay concierto de Alejandro Sanz. Sí, ya comenzamos a tener buenos conciertos, ahora que Lima finalmente aparece en las giras. Otro puntazo para Fujimori. El viernes, donde Sofía, a ver si los convenzo para ir todos juntos. «Tantas veces, corazón partío; tantas veces, corazón partío». La pasamos bien esa noche en el chifa. Qué tal borrachera. Increíble. Esa complicidad con Sofía no la había sentido nunca, pasándonos la voz con los pies por debajo de la mesa cada vez que Nicolás se ponía meloso. ¡¿Rojo otra vez?! Me tocan todos los rojos, todos. Creo que incluso caminando hubiera llegado más rápido. Espero no haber golpeado fuerte a Sofía con las patadas: borracho uno no se mide tanto, y ella sí que me dejó un poco adolorido. Cuando comenzaron con los besos, ya no podíamos más. Ahí fue cuando me cayó el patadón de Sofía. Era tan raro ver a Brenda, siempre tan tranquila, en esos apachurrones. «Consíganse un cuarto, oigan. Estamos aquí de violinistas», les decíamos, y comenzábamos a tocar nuestros violines imaginarios.

Cómo me levanta la música. Bueno, también me baja. Si estoy medio alicaído y pongo una canción triste, me voy al hoyo. ¿Será por eso que no me gusta cuando ponen puras lentas? ¡Eso! «*I don't wanna close my eyes, I don't wanna fall asleep*». Está canción será lenta, pero igual emociona. «*I still miss you, babe!*», aunque de verdad que no extraño a nadie. No tengo los problemas de Cher ni de Steven Tyler. El único problema que tengo es no ganar lo suficiente para toda la chamba que hago. ¿Cuánto ganará Nicolás en su chamba? Debe de tener un sueldazo ya. Mejor ni pienso en cuándo podré tener yo un sueldo igual. «Tienes que aprender», «Ten paciencia». Eso es todo lo que me dicen cuando pido aumento. Esta semana van a ver todo lo que he aprendido. Termino con este contrato y no van a tener más excusas. No puedo seguir así de estancado. Julio también, de seguro, ha de estar ganando un billetazo ahora. Sofía maneja buenos proyectos: también debe de estar ganando bien. Estoy seguro de que Brenda también gana más que yo, mucho más. Tiene gente a su cargo y todo. A mí ni los practicantes me hacen caso. Sí, de todos, yo debo

de ser quien menos gana ahora. Cagón. Tengo que enfocarme en conseguir esta promoción. Mentalizarse. ¡Ya, ya está en verde! ¡Vamos, avancen! Mucho más cagón voy a quedar llegando tarde, carajo. No voy a tener tiempo de revisar nada. El de adelante sigue distraído. ¿En qué huevadas estará pensando? ¡Concéntrate y avanza! Tiene todo libre adelante. No, no hay cómo: se le van a meter todos por lento. De seguro, ya no llego a tiempo.

—¡Sí! ¡La pasamos súper! Todo bien con Nicolás, ¡enamoradísima!

—¡Se notaba! Nunca te habíamos visto tan cómoda con alguien, bien de la manito y todo.

—Son insoportables ustedes, no paraban de molestar. ¡Déjennos ser! ¿Cómo les cayó? Bien, ¿no?

—Claro que los dejamos ser. Nos cagamos de risa, pero los dejamos ser. Fuera de bromas, muy bacán Nicolás, nos siguió las bromas feliz. Ahí se ganó un par de puntos.

—Eso vi. Reaccionó mejor de lo que me hubiera imaginado. Yo estaba nerviosa de que se fuera a aburrir, pero agarró confianza rápido. ¡Sobre todo contigo!

—Ya, no te pongas celosa; más bien, agradece que rompí el hielo. Bueno, el trago ayudó. ¡Cómo tomamos! ¿Te comentó algo Pedro?

—Conversamos, pero no me dijo nada sobre ese día. Me pareció que también la pasó bien. ¿Se fueron a algún otro lado después? Se veía que la querían seguir.

—No, ya no. Demasiado ebrios. Muy juiciosos, nos fuimos a nuestras casas.

—¿Y por qué te pones roja, entonces? No me mientas, Sofi, que sabes que yo siempre descubro todo.

—Nada, oye. Tú conoces a Pedro. ¿Otra cerveza? Yo sí me voy a servir otra.

—¿A qué te refieres con que conozco a Pedro? Claro que lo conozco. Es guapo como él solo, pero incapaz de tomar la iniciativa. ¡No me digas que pasó algo! Yo preguntaba por si se habían ido a otro bar nomás. ¡Sofía! ¿Has estado haciendo travesuras con Pedro?

—¡Ay, cállate! Nada, no inventes. Te traigo otra cerveza, mejor.

—A Sofía le gusta Pedro, a Sofía le gusta Pedro…

—¿Qué? ¿Estamos en el colegio de nuevo?

—Quien se está sonrojando cuando le hablan de chicos eres tú.

—Cambiemos de tema, que me pones de mal humor. ¿Cómo va la chamba?

Qué cagada llegar tarde justo hoy. Debería haberme comprado ya un celular. Así por lo menos iría avisando. Como si tuviera plata para pagarlo. Un celular para mí todavía es un lujo. Hay otras prioridades. Nicolás ya tiene uno de los nuevos, más chico, y de seguro se lo paga la empresa. En el chifa lo ponía encima de la mesa como para que

todos lo viéramos. Bueno, si no puedo avisar que voy con retraso, es porque no me han dado un celular. Culpa de ellos, que se jodan. Otro tema para reclamar el lunes. Después de cerrar este contrato, el lunes tengo que llegar como ganador. Sí, yo también me merezco un celular. Objetivos claros: celular, promoción. «*Come on, Barbie, let's go party*». ¡Se armó la fiesta! Bien tonta esta canción, pero el ritmo es recontra contagioso. Dan ganas de bailar. Como el sábado en la disco. Yo había ido tranquilo a tomarme un par de tragos y ya. «*You're my doll, rock and roll*». Sí, estaba aburrido en mi casa y pensé qué pierdo, vamos a tomar algo a la disco. «*Life in plastic, it's fantastic*». Al final, tomé más tragos que los planeados. La música estaba buena y busqué con quién bailar. Había un mujerón bailando sola. Me quedé mirando desde la barra lo bien que se movía. Pensé que no tenía chance, hasta que me pareció que bailaba para mí. Me dejó loco. «*Come on, Barbie, let's go party*». Al rato se me acercó y, mientras seguía bailando, me pidió de frente que le invitara un trago. Obvio que lo hice.

Cuando nos sirvieron los roncitos, me dijo para bailar. ¡Cómo se movía! ¡Carajo, rojo de nuevo! ¿En verdad no hay quien pueda darse el trabajo de coordinar los semáforos? Es como si no tuviéramos alcalde. Eso le pasa por pelearse con Fujimori. Pensé que después de la bailada se iba a decepcionar y que me daría alguna excusa para irse. Un feo como yo no tiene chance con un mujerón así. Pero en lugar de irse, me acompañó a la barra de nuevo. Le pregunté si había venido sola. Bien cojuda mi pregunta. Era obvio que estaba sola; soy pésimo para los levantes. No le importó. Me contestó que sí y allí en la barra comenzó a pegarse a mí. Me tenía loco. Bueno, yo también me pegué a ella, y por fin me lancé a besarla. ¿Cómo me van a poner a Chichi Peralta? Esta radio parecía buena, pero nada que ver. No duramos mucho en la disco; nos fuimos a un hostal cercano. No sé como hizo, pero mientras yo todavía no terminaba de quitarme los zapatos, ella ya estaba desnuda sobre la cama. Incluso ella fue la que terminó de quitarme la ropa, yo solo me dejé llevar. Todo fue tan rápido que no sé por qué después quiso dejarme su número para que la llame. Tuve la certeza de que era falso, pero igual lo apunté. ¡Ya cambien a Chichi, que no lo aguanto! «Ya nos veremos otro día en la disco», le dije, para que no creyera que la llamaría. ¿Y este huevón que me quiere adelantar? ¡Quédate en tu carril y no jodas! Regresé tardísimo a mi casa esa noche. Mis viejos ya no me joden cuando llego tarde, pero les encanta hacerse sentir. Se ponen en modo pasivo-agresivo. Siempre escucho cómo apagan la luz. Carajo, ¿quién les pide que me esperen despiertos? Cómo joden.

Hasta que volvió la buena música: «*Oh, kiss me, beneath the milky twilight*». Cómo me pone esta canción. Me encanta cuando estoy con alguien y actúa de una forma en que se nota que quiere que la beses.

«*Kiss me!*». Como ese otro mujerón que se me sentó al lado en un bar de Barranco. Era mayor. ¿Cuántos años me llevaría? Varios, seguro. Había ido a levantarse a algún chiquillo, y ahí estaba yo, que caí fácil. Sí, soy fácil, ¿qué le hago? Hay que aprovechar las oportunidades. Era divorciada. Me llevó a su casa y me dijo «No hagas bulla, que mi hijo está durmiendo». Casi salgo corriendo, pero ya estaba ahí. «*Strike up the band and make the fireflies dance*». No recuerdo cómo se llamaba. Creo que a ella no le importaba que no supiera su nombre. Con Sofía, me pasó igual. Sentí que quería que la besara. ¡Carajo! ¡Deja de meter el carro! ¡No te voy a dejar pasar! ¿No entiendes? Como si uno tuviera el tiempo para dejar que todo el mundo lo pase. Salimos del chifa abrazados, por lo borrachos que estábamos, tratando de no caernos. Caminamos en busca de un taxi, pero no pasaba ninguno. ¡Este tarado sigue queriendo colarse delante de mí! Creo que voy a tener que meterle un grito para que se deje de huevadas. Un buen grito talvez lo calme. Cree que porque tiene un camionetón puede hacer lo que quiera. Ya habíamos caminando varias cuadras sin ver ningún taxi, así que nos detuvimos en una esquina para esperar que pasara alguno. Seguíamos abrazados. Nunca había sentido tan cerca a Sofía y me lancé a besarla. Y dejó de importarnos que no pasaran taxis.

—Estoy contenta con la chamba. Por suerte, me llevo bien con mi equipo. Trabajamos harto eso sí, con algunas trasnochadas para instalación de proyectos nuevos. Pero siento que estoy aprendiendo un montón.

—¡Qué bueno, Bren! Yo también ando llena de chamba, acabando el diseño para unas tiendas nuevas que abren este año. Aprendiendo un montón también, pero con cada vez más ganas de hacer algo por mi cuenta.

—Yo feliz como estoy; no podría estar por mi cuenta. Tengo mis proyectos con objetivos claros, los cumplo y vienen nuevos proyectos. Es todo lo que necesito.

—¿No te aburre tener un jefe encima todo el tiempo? No sé, siento que trabajo un montón y toda la plata se la lleva alguien más. Si trabajara por mi cuenta, toda la ganancia sería mía. Podría escoger mis proyectos, decidir sola cómo manejarlos. Me emociono de solo pensarlo.

—Ay, Sofía, tú siempre tan idealista. No creo que sea así tan fácil eso de escoger proyectos. Debe de ser dura la competencia. Ya te veo diseñando para clientes que después no te pagan, o se copian tus diseños, o te obligan a hacer cambios que terminas odiando. Donde estás tienen ya buenos clientes. En fin, estar por mi cuenta no es para mí.

—Bueno, creo que yo quizás estaría más feliz en una chamba como

la tuya, donde pudiera conocer a chicos guapos, como Nicolás… ¿Quién hablaba de sonrojarse? ¡Mira cómo te pones!

—Es que lo dices como si mi objetivo en las reuniones de chamba fuese conseguir novio. ¡Yo no soy así! Es verdad que lo conocí en un evento de chamba, pero nunca llegamos a trabajar juntos; él ve otros temas. Ya te conté que fue en una charla de nuevas tecnologías a la que fui, y él era uno de los presentadores.

—Seguro fuiste la que más aplaudía.

—¡Cómo inventas, Sofía! Después dices que soy yo la que inventa historias. ¿No escuchaste ese día en el chifa cómo nos conocimos? Él se me acercó en el *break* de esas charlas, me acompañó con un café y nos pusimos a conversar. Y te lo había contado antes, además.

—Sí, no me lo cuentes de nuevo… Lo que todavía no me has contado es el resto de la historia. No hablamos desde hace un mes y me he perdido todo el romance. Cuéntamelo todo, ¡sobre todo las partes cochinas! Aprovecha antes de que lleguen los demás.

—¡Sofía, te pasas! ¿Podemos sacar algunos de los sánguches? Me muero de hambre.

—Solo después de que me cuentes todo; los aprovecho como chantaje. ¡Yo siempre te cuento todo! ¡Y con lujo de detalles!

—Es que tú siempre has tenido más historias que contar que yo y te gusta fanfarronear con los detalles. Yo no tengo mucho que contar.

—¡Ay, Bren! ¡Cómo hablas! Vamos a acomodar los sánguches y a probar algunos. ¡Control de calidad!

Uf, ¡The Offspring! «*I won't pay, I won't pay ya, no way, why don't you get a job?*». No, yo tampoco voy a tener a nadie que dependa de mí. No podría estar con alguien que no tenga sus propios planes. «*Well, my friend, you gotta say, why don't you get a job?*». Tiene que ser alguien como Sofía, que no depende de nadie. Sofía. Carajo, ¿qué le voy a decir el viernes? Me haré el huevón nomás, como que no pasó nada. No, no se puede ignorar. Sofía no va a dejar que lo ignore. Tantos años de conocernos cuentan. Mierda, esa moto sí que va rápido, qué manera de meterse entre los carros. La cagada ya está hecha. Creo que lo mejor es no ir el viernes donde Sofía y usar la excusa de que tengo que ir a celebrar el contrato con la gente del estudio. Bueno, si lo cerramos, si lo firmamos, si quedan todos contentos. Carajo. No, no puedo dejar de ir donde Sofía. Hace rato que no nos juntamos, y va a estar bacán ver a Julio. Podría llegar tarde, cuando ya estén todos ebrios. De repente es peor. Porque quizá ya Sofía les habrá contado a todos lo huevón que soy y me van a mirar con lástima y vergüenza. ¡Otro tarado que me quiere adelantar metiendo el carro! Carajo. Ya, a enfrentar nomás. Total, todos hemos hecho cagadas. Es que hace rato que debí haberla llamado y no esperar a que nos veamos por una reunión. En fin. Debería, más bien,

preocuparme por estar llegando tan tarde a la chamba. Que se jodan. ¿No puedo llegar tarde un día? Nunca he fallado, no me van a venir a joder ahora, y el contrato está prácticamente listo. Lo mismo con Sofía, la cagué, pues; ya me conoce. ¿Qué otra cosa podía esperar de un cagón como yo?

Sí, un cagón y, encima, estancado. ¿Cuántos años más que yo tendrá Nicolás? ¿Tres? A mí, con mis veintiocho, no me va mal, pero no sé si en tres años tendré un sueldo y un auto como los de él. Carajo, nadie se mueve. Si uno no toca el claxon, nadie avanza. Listo. Funciona. Si uno mismo no hace las cosas, no pasa nada. Tres años me suena a tanto tiempo. ¿Qué hacía yo hace tres años? Estaba en esta misma chamba. Mierda. Qué tal estancada. ¿En qué momento apagué la radio? No, es el volumen. Lo bajé sin querer. Hago muchas cosas sin querer, sin darme cuenta. No, ni cagando, si después de este contrato no me promueven, me largo a otro lado. Los próximos tres años sí tienen que ser mejores. Mentalizarse. Tengo que poder tener un equipo a mi cargo, como Brenda. Ya tiene como diez personas que trabajan para ella y anda siempre orgullosa: «Mi equipo», dice. «Amo a mi equipo», «Adoro a mi equipo». ¿Su equipo dirá lo mismo de ella? Lo peor es que seguro que sí. Yo, en cambio, tengo que trabajar todo solo. El otro día le pedí ayuda al nuevo practicante del área y me dijo «Estoy ocupado». ¡Me volteó la cara! Me tienen que dar mi lugar en el estudio o me largo. Otra vez se detuvo el tránsito. Carajo, me van a despedir, eso es lo que me va a pasar por llegar tarde y no entregar el contrato a tiempo. ¿Por qué frenan ahora? No puede ser: un perro. Se cruzó y casi lo atropellan. Ahora todos me pasan de nuevo. Siento que todos avanzan menos yo; avanzan en el tráfico y avanzan en la vida. Yo estancado en los dos. Un cagón.

—Buenazos los sánguches. Tú decías que había pedido muchos. ¡Yo creo que no van a alcanzar!

—Ya, Bren, cuenta, pues, no me cambies de tema. ¿Qué tal con Nico? Asumo que ya han tirado unas cuantas veces, ¿no? Esa risita que se te escapa dice mucho, ah.

—Sofía, ¡qué preguntas!

—Es que si no te pregunto así, no cuentas nada. Bueno, se te ve feliz y relajada con él, que es lo que importa, así que asumo que por ahí todo anda bien también.

—¡Dame otra cerveza si quieres que te cuente más! Todo bien, como dices. No tengo quejas por ese lado.

—Aquí están, salen dos chelas más. ¡Nos las vamos a acabar antes de que llegue el resto! ¿Y por qué lado tienes quejas, entonces?

—La verdad es que me siento cómoda con Nico en todo sentido. Hasta puedo caminar prácticamente sin ropa por su depa sin sentir

ninguna vergüenza, como si estuviese en mi cuarto. Me sorprende. Y él también. Se siente tan natural estar con juntos. Siempre he sido tan consciente de mi cuerpo, siempre tapándome, como escondiéndome. Ahora me voy calata a la cocina a servirme algo de la refri sin problemas. Y si me veo en el espejo del pasillo, hasta modelo.

—¡Qué gusto que te sientas así! Tú que no te quitas la toalla para nada en los camerinos del gimnasio. Ya tocaba soltarse un poco, ¿ah? ¿Y las quejas, entonces?

—¿Quejas? Ah, bueno, no quejas directamente, pero es que siento que todo va muy rápido. Como que él ya quiere casarse, tener familia. A ratos siento que soy un check en su lista de pendientes.

—Paso a paso, ¿no? No tienes que apurar nada si no te sientes cómoda.

—Exacto. ¡Recién vamos saliendo unos pocos meses! Aunque siento como que lo conociera años, no quiero planear nada todavía. ¿Y tú en qué andas? No me has contado ninguna de tus últimas aventuras o travesuras.

—Yo, nada. Tranqui, metida a *full* en el nuevo proyecto del que te conté en la chamba. Quieren abrir antes de Navidad, así que ando corriendo.

—¿No has estado saliendo para nada entonces?

—Al cine. El fin de semana pasado me fui a ver la nueva de Meg Ryan con Tom Hanks. Estuvo divertida. ¿Ya la viste?

—Tú sabes que esas comedias románticas no las aguanto. ¿Y te fuiste a verla sola? ¿Una comedia romántica sola?

—Yo me voy al cine sola feliz, como siempre. Así nadie me interrumpe. Debo de haber sido la única que estaba sola en medio de todas las parejitas. No me molesta.

—Tú sabes que, cuando quieras, me llamas y salimos con Nico; no nos hacemos problema. Hasta hace unos meses salíamos juntas todos los fines de semana, ¿no? Tampoco vamos a dejar de vernos porque empecé a salir con Nico. Creo que si no fuera porque venía Julio, ni me llamabas. Podría haber pasado otro mes sin hablarnos.

—¡Ya no seas dramática! No exageres tampoco. Ten por seguro que si un día estoy aburrida, te voy a llamar y me tendrán que acoger. No me importa qué planes tengan.

—¿Ponemos algo de música? Mejor algo movido de una vez antes de que venga Pedro y nos quiera poner uno de sus *remix* y nos aloca a todos.

Siempre que paso por esta esquina me acuerdo del día en que vi todos estos edificios humeando, con los vidrios rotos, como cayéndose. Dejaron un coche-bomba. Por suerte, no pasaban muchos autos. Quedaron heridos los vigilantes. Ahora el tráfico es imposible por acá

a cualquier hora. Recuerdo que yo pasé como a las ocho y media de la mañana, y las calles estaban cerradas. Qué mierda fue esa época, aquí y en todo el país. Me pongo mal cuando la recuerdo. Que cambie la luz para salir de esta esquina. Qué tal bajoneada me ha venido. Ya estuvo bueno con esta radio. Mejor la apago, ya me cansó. Qué vida la de esos años, aceptando la violencia como parte del día a día; manejando con las lunas del auto a medio cerrar para que no nos afectaran tanto las ondas expansivas si alguna bomba explosionaba en el camino. Todos los vidrios en las casas y los edificios con sus equis de cinta adhesiva para que no vuelen en pedazos. Al menor ruido, a cubrirse y lanzarse al suelo. Hasta este tráfico es relajante comparado con esa mierda. Carajo, ya deben estar todos en la oficina. Encima voy a llegar de pésimo humor por recordar toda esa época. Si no fuera por Fujimori, seguiríamos en esa mierda. Nadie hizo nada antes. Lo mejor es que siga de presidente. Es el líder que necesitamos. No entiendo a la gente que le niega sus méritos. Que termine de ordenar este país, así como puso orden acabando con todos los terrucos que secuestraron la residencia de la embajada japonesa.

Qué mierda fue también lo del secuestro ese. Una amiga de mis viejos con la justas se salvó. Estuvo ahí esa noche, pero la soltaron con el primer grupo. No se quedó ni un solo día, aunque igual fueron tres horas horribles. Varios de sus amigos sí se quedaron secuestrados y la sufrieron. Cuántos meses de tensión, con la tele encendida esperando novedades. Ahí demostró Fujimori que él sí sabe enfrentar a esas bestias. Tantos dicen que no, que fueron la policía y las rondas las que acabaron con Sendero, pero ahí se le vio, en directo, en la batalla. Ojalá pueda reelegirse de nuevo. Todavía faltan cosas por hacer. Ya basta con esto, a concentrarse en lo que viene. La próxima semana es un nuevo comienzo. Mejor enciendo la radio de nuevo para olvidarme de toda esa mierda y llegar positivo a trabajar. Mentalizarse. ¡Hoy no me para nadie! Ahora sí, a todo volumen. «Un movimiento muy sexy, sexy, un movimiento sensual». Qué ganas de salir a bailar este fin de semana. «Y ahí se viene Azul Azul con este baile que es una bomba». ¡Vamos con todo! Ahora sí estamos avanzando. «Para bailar esto es una bomba». Voy a llegar a la oficina bailando. Ya nada de bajones. Hay que concentrarse en lo que uno quiere para conseguirlo. Voy a terminar de revisar ese contrato, no me van a hacer ninguna corrección, se va derechito a que lo firme el cliente, lo firma el viernes y el lunes estoy consiguiendo mi promoción. «Todas las mujeres lo bailan, bomba; todos los hombres lo bailan, bomba». Así, con el objetivo claro en la cabeza, para que las energías estén alineadas. Mentalizarse. Conseguir.

—¡Qué bueno tu mezclador de cedés, Sofía! ¿Los va poniendo así, uno después de otro?

—Sí, es buenazo. Pones cinco cedés y los va tocando mezclados. ¿Cuáles ponemos?

—Nada de *rock* en inglés, así nos reclame Pedro cuando llegue. Tampoco ese de Alejandro Sanz, que nos duerme. Ese de Carlos Vives puede ser. Ya, cualquier otro que quieras.

—Oye, qué raro que no llegue Pedro todavía. Me dijo que tenía un tema en la chamba que acababa hoy y, de seguro, se escapaba temprano. Estaba emocionado de vernos a todos.

—¿Qué pasa, Sofía? Te veo ansiosa de que llegue.

—Ya no empieces de nuevo, Bren, solo me extraña que se esté demorando. Bueno, ya llegará.

—Bueno, me estabas contando. Entonces, aparte del cine, ¿no has salido para nada?

—Para nada. Estas semanas he estado en modo oso, hibernando en mi casa los sábados y domingos todo el día, en piyama. Este proyecto me tiene agotada, no he tenido ni ganas de salir.

—A mí también me encanta quedarme todo el día en piyama. Hay épocas en que se necesita.

—Con el que sí me crucé en el supermercado el sábado pasado fue con Alonso.

—¿Alonso tu ex? ¿El pelotudo?

—Ese mismo. Yo iba con mi carrito, distraída, mirando los cereales, y de pronto me choco con alguien. Era Alonso. Creo que lo hizo a propósito. Venía con su nueva pareja, una chiquilla que debe estar aún en la universidad. Encima me la presentó el huevón.

—Pero, Sofía, ¡hace años que terminaron! Y terminaron muy mal, sí, pero ya no dejes que te afecte.

—Fácil decirlo, pero lo veo y recuerdo lo huevona que fui, cómo me engañaba en mi cara y yo ni cuenta… Necesito otra chela.

—Yo te la traigo. Pero cuéntame cómo fue. ¿Te saludaron y se fueron?

—Me preguntó por Julio, el huevón. Que se había enterado de que regresaba y que si había hablado con él. Creo que quería ver si sabía que ya estaba de regreso, quería sorprenderme. En el fondo, siempre estuvo celoso de Julio. Un imbécil. No ha cambiado.

—¿Y la nueva pareja?

—Nada, no debe de estar ni enterada la pobre. No creo que le haya contado nada de mí, y menos de cómo me engañaba. Ese huevón.

—Es un huevón, sí. Pobre chica, ojalá a ella no le vaya tan mal, aunque lo dudo.

—Se le veía inocentona, como era yo a esa edad. En fin. Cambiemos de tema.

—Está bueno tu equipo, se escucha muy bien, y ni cuenta te das que está solito mezclando los cedés.

—Sí, me lo trajo mi papá en su último viaje.

—Buenos parlantes también. Sube un poco el volumen. Ya deben de estar por llegar los demás.

—Oye, eso sí, ni se te ocurra tocar el tema de Fujimori ni nada de política cuando llegue Pedro. Ya sé que cada uno tiene su opinión, pero mejor se la guardan, porque ya sabes lo pesado que se pone Pedro con el tema.

—Uy, sí, se pone intenso. Yo no veo la hora en que llegue el 2000 para que Fujimori ya se vaya. Gracias, y adiós. Ya perdió el rumbo, necesitamos a alguien que sí sepa poner orden.

—Ya, de acuerdo, pero a Pedro no lo vamos a convencer. Y no tengo ganas de pelearme hoy.

—Nos vamos a sentar aquí en la sala, ¿no? Para ir acomodando los vasos, las chelas y los sánguches.

—Sí, acá está perfecto. Vamos a traer las cosas.

Así es, no me voy a dejar bajonear. A concentrarse en llegar rápido. Todo va a salir bien hoy. «Todo aquel que piense que la vida es desigual tiene que saber que no es así». Increíble, una canción buena después de otra. Es buena señal. Las estrellas se están alineando. Celia es una diosa. «Hay que vivirla». Hay que vivirla, carajo. Mucho por hacer. Mucho por conseguir. Yo no me voy a atar a nadie hasta que no haya disfrutado bien la vida, carajo. Esta canción es para cantarla a gritos: «No hay que llorar, que la vida es un carnaval». Yo no voy a acabar como mis viejos, casados porque ya les tocaba y, después, jodidos toda la vida. No entiendo por qué no se han divorciado. No recuerdo haberlos visto felices nunca. Siempre alguna queja del otro. «Y las penas se van cantando». A Nico y Brenda sí se los ve bien juntos. Otra cosa, aunque quién sabe, talvez mis viejos se veían igual de bien antes de casarse. No, yo no me voy a dejar atrapar así, carajo. «Y es más bello vivir cantando». Bien por Nico y Brenda, y ojalá les vaya estupendo y se lleven así siempre. Pero yo no… Nada. A mí no me atrapan. Tengo mucho por conseguir antes de anclarme con alguien. ¡Otro huevón que me quiere adelantar! Carajo, cómo joden. No me gusta ir pegado al auto de adelante, pero si no lo hago, se me meten a la mala. Hoy no tengo paciencia. Nico y Brenda no llevan ni seis meses juntos, y yo ya los estoy casando. Qué huevón soy a veces. Bueno, más que a veces. Es que se les ve tan bien juntos que me gustaría que estén así siempre; no como mis viejos. Preferiría verlos a cada uno en su casa.

Cuando veo a mis viejos tranquilos, conversando, recuerdo todas sus peleas y gritos, tantos años de esconderme en mi cuarto para no oírlos, atrincherado sin querer salir para nada. Me tenso pensando que, en cualquier momento, van a comenzar a gritarse. Esta radio ya

se excede con la publicidad. Estaba buena la música, pero ya aburren. Pasan un aviso más de desodorantes y la cambio. Sí, en casa mejor me quedo en mi cuarto, con la música a todo volumen, para no escuchar gritos. No veo las horas de mudarme. Nicolás nos contó que vive solo desde hace un par de años. Yo debería hacer lo mismo. El próximo lunes, cuando consiga mi promoción, al toque comienzo a buscar adónde mudarme. Semáforo en verde, así me gusta. Vamos avanzando bien por fin. Con lo que tengo ahorrado y con mi aumento debería poder comprarme o alquilar algo chico. Sin inflación ya se pueden hacer planes. Fujimori acabó con la inflación, nadie lo puede negar. Tiene que quedarse para que eso no vuelva. Lo necesitamos. Siguen los avisos, carajo. No necesito lentes nuevos, necesito música. Al menos seguimos avanzando, nadie se cruza, nadie mete carro. Increíble. Recuerdo cuando estaba en la universidad y los precios subían todos los días. Ahora ya no, ahora sí se puede ahorrar. Qué malagradecida es la gente. Sí, que se quede siempre Fujimori, carajo. Ya, tranquilo, a concentrarse: contrato esta semana, aumento la próxima, y a buscar depa. Eso, ahí me veo, en mi depa, con vista a un parque, tranquilo, con mi música, una chela. Eso, mentalizarse, visualizar, sentirse ahí para conseguirlo. ¡Así se avanza!

—Listo. Todo acomodado. ¿Por qué tenemos que ser las chicas las que nos encargamos de ordenar todo? Ellos llegan tarde, felices, sin preocuparse de nada. ¿Otra chela, Sofi? ¡Vamos a estar borrachas para cuando lleguen!

—Mejor.

—¿Por qué dices eso? Tú, tan emocionada con juntarnos a todos, ¿y se te quitaron las ganas de verlos?

—No sé. Nada. Olvídalo, Bren. Ya pasó. ¡Otra chela!

—¡Eso! ¿Entonces te llegó a contar Pedro lo emocionado que está con su chamba? Hablé con él el domingo, me llamó para preguntarme si venía. Me dijo que esperaba llegar para celebrar con nosotros, que le tuviéramos una chela abierta.

—Bueno, lo vamos a recibir como con cuatro chelas abiertas, pero no creo que se haya referido a eso. ¡Estas van a estar vacías! Que se sirva su chela él mismo cuando llegue, nosotras ya dejamos todo acomodado. ¡Salud, Bren! ¿Y no te dijo Pedro qué quería celebrar?

—¡Salud! No me contó mucho, solo eso, que tenía ganas de celebrar hoy. Esperemos que le haya ido bien, se lo merece. Años trabajando en ese estudio que no le ha dado una oportunidad de verdad. Lo tienen tipeando contratos prácticamente.

—Creo que le hubiera convenido irse a estudiar fuera un rato, como hizo Julio. Cambiar de aires. Incluso cambiar de carrera.

—Le gusta su trabajo en el estudio; ese es su problema. Se deja explotar porque le gusta. No sé quién me comentó que las maestrías

fuera están llenas de gente aburrida con su chamba. ¿Tú qué piensas?

—Tampoco generalices, Bren. ¿Tú no pensaste también en irte a estudiar fuera una especialización?

—Lo pensé, es verdad. Y todavía no lo descarto. Oye, ¿y no te ha contado nada más Julio? Estará hecho un gringo. Seguro que llega a hablarnos de béisbol.

—¿Julio? No creo, debe de haber estado más bien extrañando sus pichanguitas de los sábados. Nunca las perdonaba. Todos los sábados no se lo podía ver sino hasta la tarde. Tenía sus espacios bien marcados.

—¿No fue esa una de tus peleas con él? No recuerdo bien, pero sí me contaste tus quejas.

—No quiero ni recordar. Me sacas unos temas hoy… Sí, era imposible. Cuando hacía sus planes, no le importaba nadie más. Es todo lo que voy a decir.

—Ya te puse de mal humor. Ya olvídate. Ese cuadro no lo había visto antes, creo. Me gusta. ¿Sabes de quién es?

—Ni idea. A mi mamá se le ha dado por los nuevos pintores. Se fue a una individual y regresó con ese cuadro. ¿Te molesta si abro la ventana? No sé si ya me acaloré con el trago, pero necesito aire.

—Sí, claro, dale. Te ayudo, abrámosla completa. Eso.

«*And I don't want to go home right now*». Todo está saliendo bien, eso es. Hasta la música mejoró. Va mejorando el día. Mentalizarse. Sí, es todo lo que se necesita. Visualizar. Este viernes va a ser un gran día. Primero, éxitos en la oficina. Luego, celebración con grandes amigos. Tremenda borrachera que me voy a meter. Voy a llegar triunfante, orgulloso de mis planes. «*I just want to know who I am*». Cómo me gustaría ir a un concierto de Goo Goo Dolls. Sueños. No, no son sueños. Visualizar. Es solo pensar positivo: ¡voy a ir a un concierto de Goo Goo Dolls! No, se metió. Se me puso delante el huevón. Me descuido, dejo espacio y se meten. Ahora encima frena. Qué huevón. ¿Para qué se me mete delante si va a frenar? Tranquilidad. Mentalizarse: el viernes la voy a pasar genial donde Sofía. «*And I don't want the world to see me*». Carajo, ¿qué le voy a decir? «Hola, Sofi, disculpa que no te volví a llamar después de terminar borrachos en un hostal hace un mes, pero todo bien». Como si se tratara solo de eso, como si fuera tan simple. «*Cause I don't think they will understand*». Nunca me va a entender. Sofía debe de estar pensando que soy un huevón. Bueno, es cierto, lo soy. Un cagón, un cobarde que no sabe enfrentar las cosas.

Ya me hundí de nuevo. Ya se me quitaron todas las ganas de ir el viernes. De seguro van a estar todos contando sobre sus chambas, sus proyectos, y Sofía con sus tiendas nuevas, y Brenda con su equipo que

la ama, y Julio con sus planes, y hasta Nicolás también, alardeando de sus ventas. Yo, mientras, seguro callado, por el roche con Sofía y por no tener nada que decir. No, ¡basta! Tengo que dejar de pensar en esas huevadas. Mentalizarse. Claro que tengo planes. ¡Buenos planes! La próxima semana voy a ser otro, no más abogado cagón explotado. Carajo, este tarado de adelante no avanza. No sé por qué sigo haciendo planes para el viernes cuando debería preocuparme por lo mal que voy a quedar por llegar tarde justo hoy. Voy a atrasar todo el proyecto. No vamos a cumplir con el cliente por mi culpa. «*I just want to know who I am*». No entiendo qué pasa con este huevón de adelante que no avanza. No me faltan ni cinco cuadras para llegar y está todo parado. Ah, rojo. Yo tocando claxon y estaba en rojo. Carajo. Paciencia, a esperar nomás. Ya es el último trecho.

Siempre me pregunto qué pensarán todos de mí. ¿Estarán mis viejos orgullosos de mí? Quién sabe. No sé qué tan orgullosos puedan estar de que siga viviendo con ellos. ¿Qué pensará Nicolás de mí, por ejemplo? Me debe de ver como el chiquillo amigo de Brenda que se ríe como huevón. ¿Y Julio? De seguro me ve como el comodón que vive con sus papás y no se arriesgó a irse a estudiar fuera como él, por más que me insistía. ¿Y Brenda? Debo de ser su amigo el inmaduro que cuándo crecerá. Carajo, no quiero ni pensar en lo que piensa ahora Sofía de mí. La dejé ahí, en el hotel, y me fui sin decirle nada. Soy un cagón.

—¿Ya estás mejor, Sofi?

—Creo que sí, ya mejor. Te vas a congelar tú ahora. Si tienes frío, te presto una chompa.

—No te preocupes, no hace tanto frío. ¿Por qué andas tan estresada? ¿Problemas con tu proyecto?

—No, para nada, va avanzando bien. Obviamente hay presión con los tiempos, pero todo está bajo control. Esta semana ya nos aprueban los planos y comenzamos con la construcción.

—¿Entonces? Tómate otra chela y relájate. ¿Qué te está molestando? Ya me siento mal por preguntarte sobre el tarado de Alonso…

—Nada, Bren, nada. Están ricos los sánguches. Buenazos. Mis favoritos.

—Claro que están ricos los… ¿Qué pasó? ¿Estás lagrimeando?

—Se me debe de haber metido algo al ojo, ya sale. Este viento. Ya, ya salió.

—¿Segura que estás bien?

—Sí, Bren. Ya pasó.

—Ven, dame un abrazo. No puedes dejar que Alonso te siga afectando así. Eso de quedarte el fin de semana en piyama en tu casa

tampoco te hace bien. El próximo fin de semana salimos de todas maneras con Nico, ¿ya? Vamos a darnos una vuelta por bares, por Barranco, como hacíamos antes.

No, ya no más música. Apagado. A dejar de pensar en huevadas y a concentrarse en llegar. Falta poco. ¿Se habrá acostumbrado Julio, ahora que está de vuelta, a este tráfico insufrible? No creo que esté manejando todavía. Debe de tener pánico de que lo choquen. Carajo, hasta el último semáforo me tenía que tocar en rojo. Ya el viernes nos contará cómo va acomodándose de vuelta en Lima. El viernes. ¿Cómo no he llamado a Sofía en un mes? No sé cómo explicarle por qué me fui, que no sabía qué decirle ese día. Primero nos besamos, con el riesgo de cagar nuestra amistad. Después subimos el cuarto del hotel, ebrios, felices, mientras seguíamos besándonos y yéndonos de manos en el ascensor. Carajo, nada de cambiar la luz. Fue como si se hubiera soltado algo que estaba guardado muchos años. Cuando entramos al cuarto, casi nos arrancamos las ropas. Fue increíble, el mejor sexo que he tenido en años. El problema vino después. Mierda, ya estoy tardísimo. Estoy media hora tarde y sigo aquí parado. Tranquilidad. Calma. Llego a la oficina y a correr para tener todo listo. Tengo que revisar todo bien, tiene que quedar perfecto; así ya no me pueden reclamar por la demora. Sí, eso es lo que tengo que hacer. Con lo que no sé qué hacer es con Sofía.

Preferiría borrar esa noche, olvidarla. Se me retuerce todo al recordar cómo me fui. No sé qué se me metió en la cabeza cuando estaba sentado a su lado en la cama, hasta se me pasó la resaca de una. Me puse a buscar dónde había quedado mi ropa, mirando a cualquier otro lado para no tener que hablarle. Ya, finalmente, verde. Ahora sí, avancen. ¿Qué hacía con Sofía en un hotel? No sabía cómo manejarlo. Solo pensaba en qué podía ofrecerle un cagón como yo a Sofía. ¡Nada! Me vestí y me fui. Bien, vamos avanzando. Media hora tarde no está tan mal. Y sí, me fui, para hacer como si nunca hubiese estado ahí. Pero por más que quiera hacerlo, no voy a poder olvidar esa noche. Nunca había tenido tantas ganas de estar con alguien. Nunca tampoco me había sentido tan poca cosa para alguien. Ni siquiera recuerdo qué me decía Sofía mientras yo salía. No quería oír nada. Ya, basta, a concentrarse en avanzar rápido. Carajo, cómo la cagué. Tremenda cag… ¿Esa policía de dónde salió? ¿Por qué todos frenan? Concha de su madre, ya choqué. ¡Mierda! Tremendo choque. Policía de mierda que se pone a parar los carros de golpe. Empotrado en el auto de adelante. Ahí sale el conductor. No le pasó nada, por suerte. Mierda, el de más adelante también sale. Puta, dos autos. Hice chocar a dos autos. No, ya no voy a llegar nunca. Soy un cagón, carajo. Tremendo cagón.

Radio sin música

—Muy buenos días, estimados oyentes de Radio Principal, la radio que los escucha. Aquí, Manuel Santibáñez, junto con Jorge Ramírez, los invitamos hoy lunes a empezar juntos las celebraciones por esta semana de aniversario de nuestra querida ciudad. ¿Cuántos años son ya, Jorge?

—Esta semana son 463 años de fundación de Lima. Se cumplen 463 años y los celebraremos con grandes festejos, Manuel. Estén atentos que se los vamos a ir comentando aquí, en su Radio Principal.

—Efectivamente, con nosotros se van a enterar de todos los detalles de este aniversario. También tendremos cada día invitados de lujo en nuestro segmento especial «Lima al 2000», para comentar los principales retos que afrontamos en nuestra ciudad y cómo podemos superarlos. Lima cumple 463 años y tiene importantísimos desafíos por delante.

—Así es, Manuel, nuestra ciudad ha seguido creciendo, ha superado las bombas del terrorismo, la inflación y la crisis económica, pero todavía quedan muchos problemas por resolver. Hoy comenzamos analizando uno de los más comentados por nuestros oyentes: ¡el tráfico! Abriremos nuestras líneas para recibir sus llamadas y estaremos atentos a nuestra reportera especial, Yuridia Ramos, que se estará comunicando con nosotros directamente desde los puntos más congestionados de nuestra capital.

—El tráfico, uno de los grandes retos de nuestra ciudad. Retos de infraestructura, y ya se están desarrollando algunos proyectos. Pero también retos de convivencia para todos los que transitamos día a día por nuestra ciudad.

¿A quién se le habrá ocurrido esta tontería de programa? Yo enciendo la radio para escuchar noticias, no estas huevadas. Si hay algo que me gusta de mi chamba es justamente poder encender la radio sin que nadie me joda, pero escuchar estas estupideces me pone

de mal humor. Para esto mejor la apago. Me cae bien Manuel Santibáñez, no deja que le vengan con cojudeces, pero las vainas que se inventan para llenar tiempo son increíbles, porque eso es lo único que consiguen: llenar espacio de programación. Nada más. Sí, aquí en el almacén puedo hacer lo que quiera, poner la radio que me dé la gana y trabajar a mi ritmo. Eso lo único bueno de esta chamba; si no, hace rato habría renunciado.

—Pues, sí, Manuel, hay mucho por hacer. Arranquemos escuchando a nuestros oyentes. Listos, como siempre, para recibir sus llamadas. Nuestras líneas están abiertas. ¿Tenemos una llamada? Buenos días, ¿cómo está? Gracias por llamar a su Radio Principal. ¿Con quién tengo el gusto?

—¡Buenos días, Jorge! ¡Qué bueno que entró mi llamada! Todos los días trato de comunicarme. ¿Puedo enviar un saludo? ¡Buenos días, Manuel!

—Buenos días, díganos su nombre y de dónde nos llama.

—Llamo de aquí, Manuel, de La Victoria. Mi nombre es Flor Peña. Quisiera mandar un saludo a mis amigas de la oficina. Hoy no pude ir porque me sentía malita, pero allá siempre escuchamos Radio Principal. ¡Saludos, amigas!

—Gracias por tu llamada, Flor, y saludos para tus amigas, que nos escuchan desde su trabajo. De seguro ellas desean también tu pronta mejoría. Cuéntanos, Flor, ¿sabías que esta semana nuestra ciudad está de cumpleaños?

—¡No sabía! Recién me enteré escuchándolos. ¡Un saludo para Lima también!

—Pues, así es, y esta semana queremos conversar con nuestros oyentes sobre los retos de nuestra ciudad. ¿Qué opinas tú, Flor, del tráfico en Lima?

—Uy, terrible el tráfico, Manuel. Terrible. Cuando tomo mi carro para ir a trabajar, nos quedamos muchas veces atascados, no se avanza. Tengo que salir temprano para no llegar tarde. A veces no me da ni tiempo para desayunar. ¡Cuántas cosas más podría hacer si no tuviera que salir tan temprano!

—Gracias nuevamente por tu llamada, Flor, y gracias por tus comentarios. ¡Sigue escuchando tu Radio Principal! ¿Qué te parece, Manuel? El transporte público es parte del problema del tráfico.

—Terrible, Jorge, la forma de manejar de los choferes agrava el tráfico. Hoy, cuando venía manejando aquí, a la radio, fui testigo de esta falta de cultura. La gente se subía a los micros en cualquier parte, sin ningún respeto. ¡Necesitamos educación vial! Ese es el gran reto de la ciudad: educar a sus ciudadanos para que cumplan con el reglamento de tránsito. No entiendo a todas esas personas que se

quejan y dicen que el gobierno debe hacer algo, cuando ellas mismas no se preocupan por cumplir las reglas. No les tengo paciencia.

País de mierda, carajo. La verdad que no sé por qué aún no me he largado. Creo que solo pongo la radio para tener más motivos para largarme. Si no fuera por mi Chichi, que todavía no acaba la universidad, ya me habría ido hace rato. Así le digo a mi novia: Chichi. Ella no sabe bien por qué la llamo así, piensa que es porque la confundí con alguien con ese nombre. La verdad es otra: cuando nos conocimos en la disco, al pasar por donde yo estaba, le grité «¡Qué buenas chichis!». Al parecer ella no escuchó bien, porque se me acercó a decirme que no se llamaba así. A ver, cinco órdenes de compra nuevas para colocar. La gente se ha emocionado con todo lo importado. Cualquier tontería que traigamos en la empresa se vende. Esa noche tuve que seguirle la corriente, porque nos quedamos conversando, y seguí diciéndole Chichi, un poco en serio y otro poco en broma. Y quedó. Ya no sé realmente cuál es el giro de esta empresa: traemos de todo, importamos lo que se venda. Gracias, Fuji, por haber abierto las importaciones. Si no fuera por eso, no tendría esta chamba.

—Bueno, Manuel, creo que, en este tema, tenemos puntos de vista diferentes. No sé si esa es la mejor manera de ayudar a nuestro oyentes. Hacemos un alto a las llamadas porque está en la línea Javier Salvatierra, que viene trabajando en programas de mejora del tránsito desde su oenegé Avanza Lima, y nos va a brindar su perspectiva sobre la labor que se viene realizando para disminuir el tiempo que pasan los limeños en trasladarse hasta sus centros de trabajo.

—Gracias, Jorge, por la introducción. Javier, buenos días, aquí Manuel Santibáñez, de Radio Principal, junto con Jorge Ramírez, desde cabina. Gracias por acompañarnos en el programa de esta semana. ¿Qué nos puedes comentar sobre el tráfico en nuestra ciudad?

—Buenos días, Jorge. Buenos días, Manuel. Un gusto estar comunicado con ustedes. Pues creo que ningún alcalde se ha dedicado realmente a resolver el problema del tráfico. Hay muchos autos nuevos y poco transporte público organizado.

—Permíteme interrumpirte, Javier. Hemos tenido aquí en cabina a nuestro alcalde la semana pasada, y nos contó sobre sus planes para hacer varios baipases. Asegura que van a mejorar el tráfico. Pero creo que el problema también es que la gente no sabe manejar, que se cruza, que frena intempestivamente. Ese es el problema.

—Manuel, sí, entiendo, he escuchado también al alcalde, pero esos baipases no van a solucionar nada: solo empujan el problema a otra zona. No van a…

—Gracias por tu opinión, Javier, y por comunicarte con nosotros. Siempre es grato escuchar a la gente que trabaja por nuestra ciudad. Hasta una próxima oportunidad.

—Gracias, Javier, estaremos pronto en contacto nuevamente.

—Hasta luego, señores. Gracias por invitarme a participar de su programa, que esperemos sirva al menos para abrir los ojos de mucha gente acerca de los problemas de nuestra ciudad.

Hay gente que se la lleva fácil, caray, que se gana la plata sin hacer nada. Yo también debería poner mi oenegé y conseguir plata para pagarme un buen sueldo, mientras me dedico a investigar huevadas. En lugar de eso estoy acá, colocando pedidos de importaciones y recibiendo mercancía. ¿Cómo acabé aquí? ¿Y por qué han pasado cinco años? Me pagan bien, no me puedo quejar. «Así que ya acabaste la universidad», me dijo un tío de mi viejo. «Vente a trabajar conmigo». Yo caí. Quería a alguien de confianza para manejar el almacén de la importadora que iba a montar. Como ya se podía, la idea era traer productos para los supermercados. «Vas a tener total independencia», me aseguró. «Tú manejas tu tiempo». Y no me mintió: libertad plena. Y sí, pues, me pagan bien. Ese es el problema; no voy a conseguir un sueldo así en ningún otro lado. Pero igual me quiero largar.

—Manuel, no dejo de darle la razón a Javier. Hay mucho que trabajar en el transporte público y no se ven avances.

—Es la gente, Jorge. Es nuestra falta de educación lo que no deja que este país avance. Nuestras autoridades hacen lo que pueden, pero, sin respeto a las normas, nunca vamos a avanzar. Estoy seguro de que nuestros oyentes lo entienden. Y ya es momento de comunicarnos con nuestros reporteros en las calles. ¿Comenzamos?

—Adelante, Manuel, nos conectamos ahora con nuestra reportera Yuridia Ramos, que a esta hora punta del tráfico nos va a transmitir sus impresiones directamente desde los puntos más álgidos de nuestra ciudad.

—Sí, Jorge, Yuridia está ahora en el cruce de las avenidas Grau y Paseo de la República. ¿Creo que tenemos ya comunicación con ella? Yuridia, hola. ¿Cómo vas? ¿Nos escuchas?

—Buenos días, Manuel. Buenos días, Jorge. Un saludo también para nuestros oyentes. Estoy aquí, en el cruce de las avenidas Grau y Paseo de la República. Tráfico intenso, como de costumbre. No sé si pueden escuchar las bocinas. Los semáforos no están funcionando y no hay nadie que dirija el tránsito. Repito, nadie dirige el tránsito. Vamos a acercarnos, aquí, a algunos de los conductores. Estimado, ¿cómo está? Lo saluda Yuridia Ramos, en vivo, desde Radio Principal. ¿Nos puede

comentar cómo ve la situación del tráfico en estos momentos? ¿Hace cuánto que está aquí parado?

—Buenos días, un desastre esto, Yuridia; un desastre todo. El tráfico está parado hace más de media hora. Se ha hecho un nudo aquí, en el óvalo, y nadie apoya. No puede ser. Tiene que venir la policía a poner orden. Nunca aparece cuando se la necesita. ¿Desde la radio pueden pedir que venga la policía a poner orden?

—Gracias, señor, por sus comentarios, no deje de sintonizar su Radio Principal para estar al tanto de los principales acontecimientos en la ciudad. Nos acercamos ahora a un peatón que se encuentra aquí, en el paradero. Seguro nos puede dar una perspectiva diferente de esta situación. Buenos días, estimado. Coméntenos, por favor, aquí, en vivo para Radio Principal, cómo ve la situación del tráfico. ¿Qué opina de lo que está sucediendo en esta esquina?

—No se puede creer esto. Tengo que irme a trabajar, pero no llegan los micros. Todo el tráfico parado. Llevo esperando más de media hora. Después a uno le descuentan el día, ¿y qué culpa tiene uno? No puede ser. Desde la radio deberían pedir al gobierno que vengan más micros. Háganse una aunque sea.

—Entendemos su situación y estamos aquí para darla a conocer y contribuir a buscar una solución para los problemas de nuestra ciudad. ¡Gracias por sus comentarios! Regresando a cabina, esta es la situación en la avenida Grau. Como han podido apreciar, existe mucho descontento con el tráfico en nuestra ciudad, y muchos pedidos de nuestros oyentes, que esperan que podamos ayudarlos. Me estoy dirigiendo ahora hacia la avenida Javier Prado para poder darles un reporte en directo desde allá. Seguimos en contacto, Manuel.

—¡Gracias, Yuridia! Gracias por brindarnos la información en directo desde las calles. Aquí, en su Radio Principal, conectados directamente con ustedes, cumplimos con llevar su voz a quienes corresponda. Volvemos contigo, Yuridia, en unos momentos.

Le tengo un hambre a esa Yuridia. Nunca la he visto, pero se me hace que debe de ser riquísima. Me gustaría que me entreviste algún día, sorprenderla con mis respuestas, dejarla enamorada. Me la imagino pidiéndome mi teléfono después, con la excusa de validar datos, y llamándome para salir un viernes. Tragos van, tragos vienen… Carajo, me estoy distrayendo en lugar de ver qué pasó con el embarque de juguetes que debió llegar ayer. Y ahora el agente de aduanas no responde, seguro todavía no liberan nada. Estos son otros que se llevan la plata fácil.

—Pues, sí, Jorge, nos falta más conciencia ciudadana. Todos los comentarios que acabamos de escuchar así lo demuestran. Creo que si

las personas salieran a trabajar más temprano, no tendríamos problemas con la puntualidad ni con el tráfico.

—Lo que nos muestran los comentarios es que tenemos una ciudad al límite, Manuel. No podemos ocultar sus problemas. Parece que tenemos otra llamada. Buenos días, ¿nos escucha? ¿Con quién tengo el gusto?

—¡Hola, buenos días! ¡Qué felicidad poder comunicarme con ustedes! ¡Siempre los escucho! Soy Raúl Díaz y los llamo desde aquí, de Lince.

—Buenos días, Raúl, un gusto escucharte también. Cuéntanos, ¿qué opinas de la situación del tráfico en Lima?

—Terrible, Jorge, terrible. Soy taxista y lo sufro a diario. Todos mis pasajeros no hacen más que quejarse de cómo nos demoramos en el tráfico. ¡Y no me quieren pagar más! Yo les digo que a esa hora no me sale a cuenta ir hasta allá y que tendrían que pagarme más. Pero nadie quiere. A veces, los llevo ya sin subirles la tarifa; uno tiene que chambear nomás.

—Y, Raúl, ¿cómo crees que se podría mejorar esto? ¿Qué solución le ves?

—Necesitamos más obras, más puentes, más baipases. Hay muchos semáforos también y solo demoran, no ayudan. Solo se ve desorden. Mucha promesa, pero nada. Espero que desde la radio ayuden a convertir tanta promesa en realidad.

—Gracias por tu llamada, Raúl. Sigue escuchando tu Radio Principal.

«Llamo desde Lince». «Llamo desde La Victoria». «Llamo desde Los Olivos». Ya quisiera yo tener tiempo para estar llamando a la radio. Cómo huevea la gente. ¿En verdad piensan que sirven de algo sus llamadas y sus quejas? Yo tengo que llamar al agente de aduanas, al transportista, al cliente, al proveedor. Ninguna de esas llamadas me divierte. Bueno, son chamba, ¿qué puedo esperar? La chamba jamás va a ser divertida. Al menos mis llamadas sí funcionan.

—Cada vez más cerca del año 2000 y seguimos sin superar los problemas históricos de la ciudad. Necesitamos autoridades eficientes, que se remanguen la camisa y se pongan a trabajar, que se pongan del lado de la gente. ¿Cómo lo conseguimos, Manuel?

—Estoy seguro, Jorge, de que las autoridades están trabajando arduamente por brindarnos soluciones. Nuestro país está ya en la senda del crecimiento; lo que no está dañado no necesita arreglarse. Me comunican de Producción que estamos listos para conectarnos nuevamente con Yuridia Ramos, nuestra reportera en la calle, ahora desde la avenida Javier Prado, donde ha ocurrido un tremendo

accidente. Yuridia, ¿nos escuchas?

—Buenos días nuevamente, Manuel. Buenos días, Jorge. Efectivamente, estoy ya en la avenida Javier Prado presenciando los resultados de un lamentable accidente. Se trata de un triple choque y el tráfico está detenido. ¿Cómo sucedió? ¿De quién ha sido la culpa? Estoy aquí con Patricia Fuentes, testigo de este hecho. Cuéntanos, Patricia, estás al aire por la señal de Radio Principal. ¿Pudiste ver el momento del choque?

—Sí, señorita, yo estaba en la esquina esperando para poder cruzar. Los autos habían comenzado a avanzar por aquí, por Javier Prado, cuando de pronto apareció un policía para detenerlos. Lo que quería era dejar pasar unos autos que venían en caravana con las sirenas encendidas. Seguro era el presidente Fujimori.

—¿Y qué pasó, entonces, por qué chocaron esos carros? ¿No le hicieron caso a la policía?

—No, Yuridia, la policía se hizo respetar, pero parece que uno de los conductores estaba distraído y no llegó a frenar a tiempo y chocó con el auto que tenía delante y, encima, al empujarlo, lo hizo chocar con el que tenía delante.

—Parece que no hay daños personales que lamentar. Sin embargo, ahora los tres autos bloquean el tráfico. Manuel, Jorge, ¿alguna pregunta desde allá para Patricia?

—Gracias por tu reporte, Yuridia, y gracias a Patricia por su testimonio. ¿Nos confirmas que no haya heridos como resultado del triple choque, Yuridia?

—Felizmente, no, Jorge. Solo se registran daños materiales. Los demás vehículos han comenzado a avanzar lentamente. No han movido todavía los carros del triple choque, a la espera del parte policial. A lo lejos, a más de una cuadra, se observa ya una grúa que vendrá a remolcarlos.

—¿Has podido conversar con alguno de los choferes, especialmente con el que provocó el accidente? ¿Se encuentra todavía en el área o ya fue conducido a la comisaría?

—Efectivamente, Manuel, ya ha sido llevado a la comisaría. Nos cuentan otros testigos que se resistía a salir de su vehículo. Finalmente el personal de la policía pudo tranquilizarlo y lo condujo a la comisaría. Lamentablemente no pudimos obtener su nombre.

—Gracias, Yuridia, por tu reporte. Quedamos pendientes de cualquier novedad sobre este caso y esperamos tu próximo reporte. ¿Adónde te diriges ahora?

—Aaay.

—¿Qué pasó, Yuridia? ¿Estás bien? Queridos oyentes, al parecer nuestra reportera ha tenido un percance. Esperemos que no sea nada grave. Te escuchamos, Yuridia. ¿Estás ahí?

—Jorge, pido disculpas a nuestros oyentes. No ha sido nada, solo se me rompió un taco al correr. Es parte del esfuerzo que hacemos por informarlos y solucionar problemas como el del tráfico en nuestra ciudad. Gajes del oficio. Entonces, en este momento me dirijo a Chorrillos. Nos comunicamos pronto.

Tráfico de mierda. Increíble las cosas que pasan en este país. Increíble que piensen que puede haber una solución. Todo es un caos. Por fin traerán el pedido de juguetes. Si me fallaban, iba a tener a los vendedores encima, quejándose de quedarse sin comisión por no poder facturar, y todo por mi culpa. ¿Pero yo qué culpa tengo de que las cosas no funcionen, de que nadie cumpla con lo que se compromete? Increíble también que haya gente como el huevón de Julio, que ha regresado a este caos. Yo, en cambio, me quiero largar. Todavía me arrepiento de no haberlo hecho cuando pude.

—Aquí, Manuel Santibáñez, junto con Jorge Ramírez, continuamos contigo desde tu Radio Principal. Pronto estaremos abriendo nuevamente nuestras líneas para recibir sus llamadas.

¿Qué te pareció, Manuel?

—Lamentable accidente, Jorge, algo que ya se ha vuelto común en nuestra ciudad. Creo que un examen más exigente de manejo podría acercarnos a una solución para el tráfico.

—Necesitamos ideas nuevas, Manuel. Necesitamos un cambio en nuestra manera de pensar. No podemos llegar al año 2000 así. ¡Necesitamos una ciudad preparada para el nuevo milenio! Por eso insisto con mi pregunta: ¿cómo lo conseguimos? Necesitamos respuestas.

—No es momento de ese tipo de preguntas, Jorge, tan generales. Lo que necesitamos son recomendaciones puntuales, recomendaciones que le sirvan a cada uno para mejorar como ciudadano. Queridos oyentes, volvemos después de la pausa comercial con más entrevistas a expertos en el tráfico de nuestra ciudad. No se muevan de aquí, su Radio Principal.

Brenda no usa diccionario

Qué tranquila se ve Lima hoy. Como yo, a pesar de lo de anoche. El geniograma ayuda para olvidar el susto. Lo mejor del martes es poder sentarme a almorzar con mi geniograma; me desconecto. ¿Este no es Pelé? Sí, cuatro letras. Borrosa la foto, pero sí, es él. Ya se enfrió mi pizza. Si la pongo en el microondas, se pondrá peor. Ya qué queda. Es el problema de pedirla justo a la hora de almuerzo. Por más que la traigan rápido hasta el edificio, para cuando llega al piso quince, ya está fría. Todo por no apachurrarme en el ascensor con todos los que bajan a almorzar. Me pone nerviosa. A ver: Atreverse, cuatro letras. ¡Osar! Vamos avanzando. La ventaja de quedarse a almorzar en la oficina es esta vista espectacular. Hasta hace poco se veía clarísimo el mar, pero ahora hay más edificios que lo bloquean por partes. Cómo ha cambiado Lima en estos últimos años. «Modernidad» le llaman. Yo le llamo «caos». Igual, la vista es preciosa. Como sea, hoy todo se ve tranquilo. Raro. Esta es una actriz. Hace poco la he visto en alguna película. ¿Cómo se llamaba? La primera letra es ese. ¡Susan! ¡Susan Sarandon! Cabe perfecto.

Todavía me deben quedar cuarenta minutos para terminar de almorzar antes de que regresen todos y tenga que concentrarme de nuevo en la chamba. Tengo tiempo de sobra para terminar mi geniograma: *Ahogo*, *agobio*, siete letras. Termina en *a*. No. Otro mensaje de Nicolás. El quinto del día. Ya le dije que estoy bien, que estoy tranquila, pero insiste. Sí, fue un buen susto el de anoche, pero ya pasó. Esta letra debe de ser una equis. *Asfixia*, claro. Queda bien. Creo que ya no voy a comer más de esta *pizza*. Más tarde salgo por un café y algún dulce y listo. Qué flojera responderle el mensaje a Nico. No me gusta estar escribiendo mensajes en el celular. Más tarde lo llamo. El día está todo nublado. Se ven más feos los techos. Desventajas de que aquí nunca llueva. Nadie los limpia. No sé si Nico realmente está preocupado, o solo siente que es su obligación preocuparse. *Río africano*, cuatro letras. Esa es fácil: *Nilo*. Sí, ya no más

pizza. Después la boto. No queda mucho, igual.

Me quedaré hasta tarde trabajando, igual que ayer. Al menos mañana estaré más relajada. Tenemos que terminar las pruebas del nuevo sistema de inventarios; el jueves ya pasa a producción. *Tratamiento de respeto*. ¿Cortesía? No, sobran tres letras. *Usted*. Esa es. Nico quería que nos viéramos hoy, pero ya le dije que no podré. Necesito terminar este proyecto. Hora de almuerzo y los correos no dejan de llegar. No pienso revisarlos todavía. Nada puede ser tan urgente. *Cavilar mucho un pensamiento*. La tercera, una eme. No, no sé qué poner. Faltan letras. Lo dejo para después, mejor. Me vendría bien un café ahorita. Que regresen todos de almorzar, veo que el trabajo de la tarde quede organizado y me escapo unos minutos. Esta que se cruza sí la sé. *No creyente*, de cuatro letras: *Ateo*. Listo. Nicolás es ateo. No me molesta; mientras respete mis creencias, todo bien. Los domingos yo me voy a misa temprano y nos vemos después para almorzar. Claro que me gustaría que me acompañase, pero yo también tengo que respetar. Tampoco creo que lo aguantaría, aburrido, jugando con su celular. ¡Otro mensaje de Nico! Mejor le respondo ya, no se vaya a preocupar. Estoy bien. No pasa nada.

—Bueno, Sofi, nos merecemos dos chelas más. Ya las traigo.

—Espera que creo que están tocando. Déjame ver quién es.

—No creo que sea Nico, porque me iba a enviar un mensaje cuando estuviera cerca.

—Desde la ventana veo más rápido. ¡Pedro, hola! Ya te abro para que subas.

—¡Voy por tres chelas entonces!

¿Dónde dejé mi lapicero? Ah, aquí está. Creo que no reconozco a ningún otro de las fotos. Ya las sacaré por las letras. *Disciplina*, cinco letras: *Orden*. Ya. ¿Por qué sigo comiendo esta *pizza* que ya iba a botar? A este paso me la voy a acabar, así, fría y todo. Creo que en el fondo sí estoy con un poco de ansiedad por el asalto de anoche. Me ha afectado más de lo que quisiera aceptar. A ver, *El moro de Venecia*. *Otelo*, de hecho. Sí, cuadra. Es que nunca me había pasado algo así. Obvio, no es la primera vez que intentan robarme, pero nunca había sido tan violento. Está horrible la *pizza*. La boto de una vez, mejor. Nunca me habían roto una luna del auto para asaltarme. No estoy segura qué me sorprendió más, si la violencia del asalto o la tranquilidad con que reaccioné. Nunca pensé que podía ser tan fría en una situación así. En fin. *Delito grave*, seis letras, que se cruzan con la *e* de *Otelo*. ¿Crimen? Cuadra bien. Queda. Ese ladrón terminó mal. De seguro pensó que una mujer manejando sola sería un blanco fácil. No se la esperaba. Yo tampoco. Cómo cambia Lima con sol. Se despejó un

poco y hasta los techos se ven ahora más lindos. Si tuviera mi cámara aquí, ya estaría tomando fotos.

Solo de recordar el asalto me pongo nerviosa. Sigo asustada de mi reacción. No tuve tiempo de pensar. Más bien, si la pensaba, de seguro que no hacía nada y me robaban la cartera. Cuando llegué a mi casa, me quedé un buen rato llorando en el auto. No quería que me vieran así. A Nico le conté que me habían querido asaltar, pero no le dije cómo reaccioné. No necesitaba sermones. Si así nomás me envía mensajes a cada hora, no sé qué haría si supiera cómo, sin querer, casi mato yo al ladrón. Mejor pienso en otra cosa, en algo que me alegre, como el nuevo sistema de inventarios, que ya está casi listo. Estoy orgullosa de que fuera idea mía. Teníamos cuatro sistemas separados y yo propuse unificarlos. Los convencí de que no era complicado, de que, con el equipo, lo tendríamos en un par de meses. Y ya está prácticamente listo. Cuando una conoce su chamba, todo sale perfecto. No sé si no es un poco triste pensar en que la chamba me alegre. Me estoy convirtiendo en una de esas personas adictas a su trabajo.

Mejor sigo con esto: *Distendido*, cuatro letras. ¡*Laxo*! He hecho tantos geniogramas que creo que ya me sé todas las respuestas. Y las que no sé, con ver las letras que van saliendo, las recuerdo. Ya ni necesito diccionario. Todo está en mi cabeza. Mi abuela estaría orgullosa. La cantidad de geniogramas que hicimos juntas. Ahí sí con diccionario. Ahora ya no. Por eso me gustan; sé que los puedo completar. Creo que es la misma razón por la que me gusta mi chamba. Todo siempre bajo control. Anoche, más bien, no estuve bajo control. O quizás incluso fue al revés: nunca me sentí tan en control sin realmente saber qué hacer. Fría. Cuando el vidrio explotó, me asusté, claro. Lo rompieron con una bujía, es clásico. Pero en lugar de entrar en pánico, inmediatamente lo tomé con calma. Tenía al ladrón con medio cuerpo dentro del carro, tratando de alcanzar mi cartera. Y en lugar de paralizarme, arranqué y agarré al tipo de los pelos. Me pasé la luz roja. El tipo quedó en el aire, con medio cuerpo afuera, arrastrado por la pista. Chillaba como un animal. Cuando lo empujé hacia fuera, salió rodando por la pista. Casi lo atropellan otros autos. Y yo no paré.

—¡Chicas! ¡Tanto tiempo! Traje unas chelitas. A ver, un apachurrón con cada una.

—¡Pedro! ¿De dónde vienes tan alegre? Parece que ya arrancaste hace rato.

—Nada, Bren, solo estoy emocionado de verlas. He pasado una semana que ya les cuento, de montaña rusa. ¿Y ustedes? ¿Nicolás no viene? No me digas, Bren, que ya lo choteaste. ¿Para qué nos haces

volvernos amigos si lo vas a chotear?

—No lo he choteado. En un rato, llega. Se quedó chambeando, no sé qué propuesta tenía que enviar hoy. Y tampoco te me hagas el amigo, que solo lo has visto una vez. Toma aquí hay una chelita que había sacado para ti.

—Gracias. Ahí veo que ustedes ya se han tomado varias. Después, ¿quién es el borrachoso? Sofi, ¿puedes guardar estas que traje?

—Ya estás grandecito, Pedro, las puedes guardar tú.

—¿Estás molesta conmigo, Sofi? ¿Recién llego y me tratas así? Engríeme, pues. Qué buenos se ven esos sánguches. Vengo con un hambre.

—Sírvete con confianza, que hay harta comida. Y no, Pedro, no estoy molesta contigo. Lamentablemente no me puedo molestar contigo. Solo estoy un poco rara hoy, nada más. Sí, otra chela para mí también. Hoy acabo en el suelo.

—Nuestra amiga Sofi está un poco sucedida hoy, así que me la tratas con cariño. Ya les abro las chelas. Así, sin vaso nomás, ¿no? ¿O nos pusimos finos?

—Nada, así nomás, sin vaso, obvio. ¿Qué pasó, Sofi? ¿No es que me odias entonces?

—Ya te dije que contigo no me puedo molestar. Relájate. Semana complicada solamente.

—Me vas a decir a mí. Si les contara. Tremenda semana. Montaña rusa de las que te ponen de cabeza, pero también de las que te dejan con la adrenalina a tope y listo para otra vuelta.

—Pedro, tú siempre estás con la adrenalina al tope. No es novedad. Creo que no puedo recordar una sola vez en que hayas estado calmadito. ¿Tú, Sofí? ¿Lo has visto relajado a Pedro alguna vez?

—Nunca. No puede estar quieto. ¿Alguna vez te relajas, Pedro? Eres la persona más hiperactiva que conozco. Ni bien acabas con algo, ya estás buscando qué más hacer.

—Sofi, ¡ya te hice reír! Esa sonrisa merece un salud. ¡Salud, chicas!

—Siento que me estoy perdiendo de algo. Bueno, ¡salud, igual!

—Nada, Bren. Sofi me había pedido que le averigüe un dato en el estudio, pero se me pasó. Ya sabe cómo soy, me atolondro, me rayo y me olvido de todo. Por suerte, Sofi me conoce bien.

—Ya te dije que, lamentablemente, no me puedo molestar contigo. Y olvídate de ese dato. Si tanto te atolondra, no hay problema. Dejémoslo ahí.

—¡Un salud por eso! Me han entrado ganas de bailar. ¿Y si nos vamos todos a seguirla a una disco después?

—¡Pedro! Disfruta el momento, relájate. Ya veremos más tarde. Ahora cuéntanos de tu montaña rusa.

Necesitamos mano dura; sin mano dura, la delincuencia no va a parar. Mucho alabar a Fujimori por acabar con el terrorismo, pero contra la delincuencia no hace nada. *Mentir, engañar*, ocho letras. ¡*Embaucar*! Eso es. Qué buena palabra. Así me siento, embaucada. No veo la hora en que se vaya, no entiendo cómo piensan reelegirlo. Tiene que entrar alguien con mano dura de verdad, no de pura boca. Calma. Me estoy poniendo de mal humor y les voy a malograr la tarde a todos. Es que no puede ser que tanto se esfuerce una por conseguir cosas para que venga cualquiera que no quiere trabajar a quitártelo. Qué país. No, encima, ya se nubló todo de nuevo. Parece que fueran las seis de la tarde. Es como si todo se pusiera pesado con solo pensar en tanto aprovechado. No, no me voy a dejar cargar así. Ese café me llama. Sí, en cuanto pueda, me escapo. *Prefijo enfermedad*, cuatro letras: *Noso*. Qué feo suena. Bueno, *nosocomio* también suena feo. Suena a algo que dirían en la radio: «Aquí, reportando desde el nosocomio». No me imagino trabajando como reportera: demasiado tímida para estar abordando gente de manera intempestiva. Por eso estudié Sistemas. No tengo que tratar con tanta gente. Recuerdo cuando me decidí a estudiar Sistemas, todavía vivía mi papá. Él me ayudó a decidir. «Olvídate de esos exámenes vocacionales», me dijo. «Cierra los ojos y piensa en qué quisieras tener al frente cuando los abras». «Mi computadora», le dije. No tuvo que decirme nada más. Vimos qué opciones de universidades había, dónde iba a poder pagármela, cómo debía prepararme. Mi mamá disfrutaba viéndonos hacer planes juntos, planes que después tuve que seguir solita. Este de la foto es Bono, pero es alguna frase que dijo, no su nombre. Está larga. Ya saldrá.

Mi papá no llegó a verme ingresar a la universidad. Falleció apenas empezó ese año. Simplemente un día no se despertó. «Infarto cerebral», nos dijeron. Terrible día, terribles semanas. Fui con mi mamá a ver los resultados del examen de ingreso. Ella siempre apoyándome. Y cómo lloré; quería abrazar a papá, pero ya no se podía. Tampoco es que me la pasara llorando. Por suerte, mi mamá tenía trabajo y podía mantener la casa. Yo también comencé a chambear para pagarme la universidad y ayudar en lo que pudiera. Daba clases de nivelación en colegios. Fui asistente de prácticas. Conseguí trabajo en un restaurante. Comencé a vender polos. «Paciencia, Brenda, estás forjando carácter», me decía mi mamá. «Después de esto, no va a haber reto que te asuste». Le envidio esa capacidad de verle el lado positivo a todo. Talvez algo de ese optimismo se me pegó. *Capa geológica superficial*, cuatro letras. ¡*Sial*! En esa época ya me relajaba haciendo geniogramas sola. Retomé la costumbre casi sin querer. Llegué una noche a mi casa y quise distraerme leyendo el diario, y lo encontré ahí, como invitándome a

completarlo. Agarré mi lapicero y no paré hasta terminarlo. Sí, mi abuela estaría orgullosa de mí, y no solo por los geniogramas. Ya sé quién es el de esta foto. Recién lo reconozco: Jeff Bridges, el de *Starman*. Me encantó esa película. Sí, calza perfecto, con sus dos efes. No sé por qué no lo saqué antes. Moría por él cuando estaba en el cole. Recuerdos que se van borrando. Me ha dado, de pronto, un antojo de chifón de naranja, como los que preparaba con mi abuela. Ahora que bajo por mi café, me compro uno. Qué tiempos. Con todo, me iba bien, no me puedo quejar. Me divertía, sobre todo con los polos; las frases que les ponía. Muchas las copiaba sin vergüenza. La que más me gustó fue «*I'm too sexy for my T-shirt*». Fue uno de los que más vendí. Todavía tengo uno guardado. Mandaba estampar mis polos y los vendía en la universidad, en ferias y hasta en la calle a veces. Me da una nostalgia rara. No de querer volver a esa época, sino de orgullo por el empuje que tenía. Sí, qué ganas de un chifón de naranja.

También tuve suerte, tengo que admitirlo. Entré a trabajar como practicante en el área de Sistemas de un banco cuando recién iba por la mitad de mi carrera. *Mate digestivo*, cuatro letras. La primera es *a*. *Anís*. Sí, perfecto. Digo suerte, porque me enteré de casualidad. Estábamos almorzando con Pedro y Julio en la cafetería, uno de esos almuerzos largos que duraban horas, cuando no teníamos clases y conversábamos de todo, mientras avanzábamos con los trabajos. Entre la gente que llegaba y se iba, unos amigos de Julio se sentaron en la mesa de al lado y se pusieron a llenar unos formularios todo apurados. Eran mayores que nosotros, pero llevaban clases con Julio, en algún curso electivo. ¿Por qué sigue nublado? Va a ser una tarde triste. ¿Y si bajo de una vez por un café? Se sentaron ahí, a nuestro lado, y no voltearon hasta que tuvieron todo listo. Supe que eran amigos de Julio porque, antes de irse, le preguntaron si él también dejaría sus datos con los reclutadores que habían venido. No, mejor bajo después por el café. Así me lo tomo cuando ya esté más relajada de la chamba. Nos contaron que los reclutadores eran de un banco que estaba buscando gente nueva para su área de Desarrollo. Julio no estaba interesado en trabajar en un banco, pero me empujó a mí a presentarme. *Lago de Escocia*. Siempre es el mismo: *Ness*. Son tan predecibles los geniogramas a veces. Ya se va armando la frase de Bono. Tiene, a ver, ocho, doce, catorce palabras. Casi todas cortas. Unas cuantas respuestas más y voy a poder sacarla. Si no llego a completar todo el geniograma, me gusta descubrir la frase al menos. Sí, en realidad muchas veces saco las fotos y la frase y ya lo doy por terminado. Así que me fui con los amigos de Julio para ver si yo también podía postular. Resultó que buscaban gente de ciclos más avanzados, pero, ya que estaba ahí, no perdía nada presentándome. Completé toda la información y, a la semana, me llamaron para unas entrevistas. Dos

semanas después, ya estaba trabajando en el banco. Me cambió la vida.

—Sí. Una montaña rusa. No sé ni por dónde empezar. De arranque comenzó mal.

—Cuando hablamos el domingo, me contaste que vendrías a celebrar. ¿Qué pasó?

—Ah, eso sí, ¡hoy celebramos! Pero si me preguntaban el lunes, no habría estado con nada de ganas. Hasta pensé en cancelar la semana, decir que estaba enfermo y escaparme al sur.

—Eres capaz. No me sorprendería para nada.

—¡Sofi! No me odies. Te va a dar pena haberme dicho eso cuando te cuente.

—Ya, dale, cuenta. Tanto suspenso. ¿Bren, puedes cerrar un poco la ventana? Ya enfrió mucho.

—Bueno, el lunes comenzó mal: me quedé sin auto.

—¿Te robaron? A mí también. Bueno, en realidad no se llevaron nada, pero me asaltaron el martes. No quiero ni recordarlo. Por suerte solo fue una luna rota.

—¡¿Qué?! ¿Y por qué no me dijiste nada antes? Debe de haber sido un gran susto.

—Es que lo he borrado. O lo quiero borrar. Si Pedro no hablaba de autos, no lo hubiera recordado. Bueno, ¡salud por eso! Por nuestras penas de autos de la semana.

—Lo mío no fue robo. Fue choque. Mi auto sigue en el taller.

—¿Cómo así, Pedro? ¿Dónde te chocaron?

—Yendo a la chamba. Yo, de lo más tranquilo, manejando, relajado con la música, y pum, choque. Faros rotos. Parachoques roto. Capó abollado mal. Va a estar linda la cuenta cuando lo saque la próxima semana.

—¡Qué pena, Pedro! ¡A ti que cuidas tanto tu auto! ¿Y a ti, Bren, te robaron o no te robaron? No me digas que te quedaste sin documentos. Esos trámites son horribles; colas para todo.

—No, por suerte no. Cambió el semáforo, avancé, y no me llegaron a robar. Pude cambiar rápido el vidrio también. El seguro cubrió casi todo. Y no quiero hablar más de robos. ¿Pero cómo fue el choque, Pedro? No te pasó nada, ¿no?

—Nada. Solo el malhumor. Una policía comenzó a parar el tráfico de pronto; parece que quería cruzar alguien con harta seguridad. Yo ya ni vi. Varios tuvimos que frenar en seco, y bueno, pues, choqué.

—¿Te llegaste a enterar de quién cruzó? Yo lo denunciaría en la radio para ver si, de la vergüenza, pagan todos los gastos.

—Ay, Bren, no seamos ilusos. ¿Tú en verdad crees que alguien de este gobierno va a asumir alguna responsabilidad por algo así? Es más,

podría haber sido Fujimori mismo cruzando. No me extrañaría. Y a ver ponle una demanda a Fujimori…

—Sofi, estamos tocando carne, no entremos al tema Fujimori, que después nunca salimos.

—¡Un salud por Fujimori! El mejor presidente de la historia aunque no lo quieran reconocer.

—Ya, Pedro, sigamos con el choque, mejor.

—El choque al final fue lo de menos. La mañana perdida en la comisaría fue lo peor. Dosaje aquí, denuncia allá. Trámites. Recién llegué a la oficina después de almuerzo. Esa fue la peor parte.

Acabo de caer en cuenta de que este mes ya cumplo siete años trabajando aquí, en el banco. Siete años. Más que los que pasé en la universidad. Increíble. *La Scotland Yard de los franceses*. ¿Cómo se llamaba? La de la Pantera Rosa. Ahí trabajaba el inspector Clouseau. *Sureté*. Sí, *Sureté*. Me vi todas esas películas. Tontas, pero cómo me hacían reír. Hasta hice un polo de la Pantera Rosa. No se vendió mucho. Cuánto he avanzado en estos siete años. Ya tengo gente que trabaja conmigo. Y todos me respetan. Me consultan para los proyectos nuevos. Creo que he conseguido lo que quería. *La Galia de hoy*. Otra que sale en todos los geniogramas. Fácil: *Francia*. Recuerdo cuando recién empecé. Tuve que aprenderme los sistemas, los procesos. Horas de horas leyendo. Primero me encargaron algunos cambios en los sistemas. Forzar el ingreso del DNI de los clientes, por ejemplo. Disfruté ese proyecto. Después yo misma comencé a sugerir cambios. Ahí fue que me asignaron gente para que me apoye. *El infierno*. ¿*Hades*? No, falta una letra. ¡*Averno*! Cómo trabajaba. Se acabaron los dictados, las prácticas, los polos. Ya no tenía tiempo para nada más. Los fines de semana quedaba agotada, pero el esfuerzo pagó: dejé de ser practicante mucho antes de acabar la universidad. Me dieron cada vez más responsabilidades, y me pagaron más. Fui ahorrando. No puede ser, ya me dio hambre de nuevo. Creo que van a ser dos pedazos de chifón en lugar de uno. No, tampoco hay que exagerar. Es esta ansiedad. Mi café y mi chifón son más que suficiente. Recuerdo el orgullo que me dio poder ayudar a mi mamá a comprar una nueva lavadora cuando se malogró la que teníamos. «Deja que yo la compre», le dije. Creo que ya completé todas las fotos, solo me falta este rey que ni idea. ¿Será un rey? Ya saldrá. Lo mejor fue cómo sentí que aumentaba mi confianza en mí misma. Al principio, me daba miedo opinar en las reuniones, no comentaba nada así tuviera alguna idea diferente. Poco a poco fui mejorando. Ahora no me calla nadie. Me encanta cuando preguntan si alguien más, aparte de Brenda, quiere opinar. Sí, tengo mis opiniones.

Lo que más se me complicaba era no descuidar la universidad. No

sé qué hubiera hecho sin los cuadernos de Julio. Casi siempre estudiábamos juntos. Yo trataba de meterme en sus mismas clases para que pudiera ayudarme. Cuando tenía mucha chamba, solo le pedía prestados sus cuadernos y estudiaba de ahí. Julio apuntaba todo, bien estructurado y con buena letra. Creo que entendía mejor de sus cuadernos que escuchando al profesor. Nunca me reclamó que les sacara copias. Esta palabra debe ser *crisis*. Sí, cuadra bien. *Las crisis*. ¿Bono hablando de crisis? No se puede asumir nada de nadie tampoco. Con todo su éxito, igual debe haber tenido sus crisis. Creo que acaba en *cosas*. Fue diferente ir a la universidad. Ya no iba en *jean* y polo, sino con ropa de oficina y hasta con tacos a veces. Sentía que mis objetivos eran otros. Poco a poco, mis amigos fueron cambiando. Veía cada vez menos a los de la universidad y salía cada vez más con la gente del banco. *Inculpados*, cuatro letras: *Reos*. Listo. Eso sí, con Julio y Pedro sí nos veíamos seguido. Teníamos nuestro almuerzo semanal, para ponernos al día. Era nuestra terapia de grupo, pero creo que era yo quien más la necesitaba. Pedro no trabajaba todavía, primero quería acabar la universidad. Julio había comenzado a hacer pequeños trabajos de programación. ¿Cuándo habrá sido la última vez que almorzamos los tres juntos? Hace un par de años, por lo menos, cuando Julio terminó con Sofía. Tanto tiempo ya.

Parece que el cielo se ha despejado un poco. Esa resolana alegra la vista. Este *pantone* de grises me estaba cansando. *Pantone*. Cómo una usa palabras que aprende de los amigos. Si no fuera por Sofía, no sabría qué es un *pantone*. Quizá ni siquiera lo he entendido bien, pero me gusta cómo suena. Deberían incluirla en algún geniograma. Podría quedarme horas viendo los autos moverse por la calle. Desde acá es como ver hormigas en la vereda. Sí, también me puedo pegar mirando hormigas pasar. Me da una calma, como si observara algo relacionado con un orden superior. Aquí creo que va *distinta*. Sí, esta palabra debe ser *distinta*. *Las crisis*, *distinta*, *cosas*. Aún falta mucho para completar la frase. No extraño para nada la universidad. La disfruté, pero fui feliz cuando acabé. Finalmente pude dedicarme con todo a la chamba. Me puse un objetivo: quiero ser jefa de proyectos antes de cumplir veintiocho años. *Champán seco*. Ese es *Brut*. Sí. Pensaba que la mejor manera de conseguirlo era participar en la mayor cantidad de proyectos posible. Yo misma proponía proyectos. Reventaba de chamba. Me pusieron a liderar varios de esos proyectos. Terminé siendo jefa a los veintisiete. ¿Qué hora será? Temprano todavía, aún tengo tiempo para terminar mi geniograma. Qué diferencia mi chamba ahora comparada a cuando recién empecé. Tengo muchos proyectos, sí, pero el manejo es fácil. No hay muchas sorpresas. Y no necesito sorpresas.

—¿Cuándo te entregan tu auto? Yo ya me acostumbré a no manejar. Desde que vendí mi auto soy más feliz.

—Sofi, yo no tengo tu espíritu *hippie*. Necesito mi auto en la pista. Rodar, acelerar. El jueves está listo, pero les he dicho que lo pongan a la venta. Ya toca cambiar.

—Oye, ¿de qué hablas? ¿Espíritu *hippie* yo? ¡Ya no más chelas para Pedro! Ya se nos fue a otro lado. ¿Tú, Bren, otra chela?

—Oe, Sofi, no me abras así. Para mí también otra. Ya, pues, háganme caso que les tengo que contar. Mi vida se aceleró.

—Sí, para mí también otra. Ya, Pedro, cuenta. Tan dramático. ¿Qué pasó que hasta quieres vender tu auto?

—¡Qué rica la chela heladita! Tenemos que juntarnos más seguido, chicas. A ver, Sofi, ¡chinchín! Bren, tú también. Ya saben cómo es: quien no mira a los ojos tiene siete años de mal sexo. ¡Salud!

—Quien se desaparece viene a reclamar que no nos vemos. ¿Puedes creerlo, Bren? ¡Salud!

—¡Sofi, no me odies! Ya, les cuento. Llegué a la oficina después de almuerzo, atrasadazo. Contratos pendientes por revisar. Reuniones importantísimas con clientes canceladas. Me esperaba una cuadrada mal. Pero, bueno, pues, tocaba enfrentar nomás. Era y no era mi culpa.

—¿Y qué podías hacer si tuviste un accidente? No era tu culpa. Me ha pasado y he podido manejarlo.

—¡Exacto, Bren! Esa es mi filosofía: «Todo se puede manejar». Eso fue lo que dije al llegar: «Sé que la cagué, pero todo se puede manejar. Déjenme que me encargo. Yo lo soluciono hoy mismo».

—¿Y pudiste arreglarlo?

—Claro, pues, Bren. Tuve que hacer uso de todos mis encantos, pero lo conseguí. Llamé al cliente para disculparme, le expliqué lo que pasó, conversamos sobre el tráfico en Lima, me contó que hace una semana casi choca, le dije que todo ya estaba listo, que por favor nos juntásemos al día siguiente, que todo iba a ser un éxito. ¡Bren! Escucha, pues, Brenda, que estoy contando…

—Disculpa, Pedro, dame un minuto que es un mensaje de Nico. Dice que se demora un poquito más, como en media hora llega. Déjame que le conteste.

—¡Dile que traiga más chelas!

—Tranquilo, tenemos chela para rato. Julio también va a traer. Y no lo presiones que viene tarde. Bren, no le digas nada, que venga nomás.

—Ya, sí, ya le contesté. Se pone intenso con los mensajes a veces. Ya, sigue. ¿Funcionaron los encantos?

—Por supuesto que funcionaron. Revisamos lo que faltaba, nos juntamos al día siguiente y recuperamos tiempo. Para el viernes, todo

estaba listo. Cerraron su venta con nuestro contrato. Y todos felices.

—¡Felicitaciones! ¡Con razón tantas ganas de celebrar hoy! Vamos, Sofi, esto merece otro salud.

—¡Por muchos éxitos más, Pedro! ¡Estarán felices contigo en el estudio!

—Gracias, chicas. ¡Salud! Ya no tengo que preocuparme por si están felices conmigo en el estudio o no. Renuncié. Hoy fue mi último día.

Nico se preocupa demasiado por mí. No entiendo bien por qué. No es nada machista, pero no sé, es como que no sabe respetar mis espacios. Es raro. No me pareció tan posesivo cuando lo conocí. Esa es la palabra. *Posesivo*. No debería estar buscando palabras para criticarlo. *Parejos, rectos*. Debe de ser *lisos*. Sí, esa es, *lisos*. Recuerdo cuando se me acercó a conversar en la conferencia donde lo conocí: se presentó solito. Fue justo después de que hiciera su exposición. «Te vi atenta en la charla», me dijo mientras me servía un café. Uy, café. Cómo no hay una cafetera buena aquí, en la oficina: solo hay esas de pasar en que queda como agua sucia. Que regresen todos y bajo. ¿Cómo no iba a estar atenta si sentía que la presentación la estaba haciendo para mí? No dejaba de mirarme. Sí, ya sé que es una técnica fijarse en un miembro de la audiencia y enfocarse en esa persona para llevar mejor la charla; sí he tenido mis cursos de presentación. Aquí va una ve chica para completar *sirven*. Mira tú, va saliendo: *Las crisis sirven para*… Las crisis no sirven para nada. No necesito crisis. Sí, lo de Nico era algo más que una técnica para exponer. Obviamente no le dije nada de eso. «Es que me gusta el tema», le contesté. «Internet es el futuro». Pero él no me habló más de Internet. Hablamos un poco de todo, menos de chamba y tecnología. Me preguntó dónde trabajaba y cómo había escuchado de la charla, y pasamos rápido a qué hacía a la hora de almuerzo y si me podía invitar a almorzar ese jueves. Yo no me hice de rogar. Era tan fácil conversar con él, como si nos conociéramos años.

No puedo creer que sean ya casi seis meses desde ese primer almuerzo. Ese sábado salimos a un bar en Barranco. Hacía tiempo que no iba. Ahora vamos casi todos los fines de semana. Primero escuchar a un grupo en algún lugar. De ahí unos tragos en otro sitio. A veces, caminar un rato entre los bares. *Cofre, armario*. ¿*Arca*? Como la de Monopolio: arca comunal. Sí, es *arca*. Hace cuánto tiempo que no juego Monopolio. Desde el colegio, creo. Lo jugaba con mi papá. Por ahí debe de estar guardado. Cuando nos cansamos de los bares nos pasamos a su depa. La primera vez que fuimos estaba un poco nerviosa. No tanto por el sexo, ya estaba lista para eso. Los nervios eran por el temor de decepcionarlo, que viera mi poca experiencia.

Pero no, todo fluyó de lo más natural, como todo con Nico. Excepto por esa preocupación constante de cómo voy, cómo estoy, qué voy a hacer. Es extenuante. *Obstáculo*, *impedimento*. Comienza con te. Sí: *Traba*. Creo que me molesta más todavía cuando lo posesivo se le vuelca a las manos, como cuando salimos por primera vez con Sofi y Pedro. No dejaba de abrazarme, de agarrarme la mano, de darme besos. No era porque estuvieran ellos ahí. Así es siempre, pero se le acentuaba delante de ellos. ¿Habrán creído que no me daba cuenta de cómo se hacían señas cada vez que Nico me apachurraba o me daba un beso? Lo malo es que no podía reírme con Nico, porque no sabía si lo tomaría a mal.

—¿Cómo que renunciaste? Eso también debería hacer yo de una vez. Renunciar ya y poner mi propia empresa de diseño. ¿Ves, Bren? Se puede cambiar de chamba.

—No sé. Patear el tablero no es siempre la mejor salida, aunque a veces dan ganas de patearlo. ¿Pero fue así, Pedro? ¿Pateaste el tablero?

—Nada, Bren, no. Yo no juego con tableros. Metí una patada directa al arco. Eso es lo que fue: gol de media cancha. Solo me faltó sacarme la camiseta y levantar las manos ante los aplausos de la hinchada. Golazo.

—¡Cómo eres de dramático! Ya me perdí. ¿Renunciaste o no? ¿Cómo se mete un gol renunciando? Me interesa, aunque prefiero el básquet. Yo quiero renunciarle a mi jefa con una canasta desde abajo del aro. Ya me puse a hablar huevadas como tú. Mucha chela, ya.

—Al contrario, Sofi, toma más chela, que te quiero ver bailando sobre la mesa. Sí, renuncié. Al regresar de acompañar al cliente hoy a la notaría para cerrar su venta y de reunirme con él, me junté con el socio del estudio con el que más trabajo. Le agradecí por la experiencia y le dije que renunciaba. Todo un caballero, pues. Nada de tableros pateados.

—Sí, Pedro, tú siempre tan caballero, ¿no?

—Sofi, no te molestes conmigo, pues. No me pinches el globo, que voy volando alto.

—Uy, qué sensibles estamos hoy. Después dicen que yo soy la sucedida. Y lo digo de verdad, Bren debe de pensar lo mismo. No te imagino perdiendo los papeles.

—¿Qué pasa con ustedes dos hoy día?

—Nada, Bren, aquí Sofi no se decide si está molesta conmigo o no. Sofi, dime que me quieres.

—Ya te dije, Pedro, que no me puedo molestar contigo. ¿Entonces? ¿A buscar chamba ahora o qué piensas hacer?

—¡Ya, tengo chamba! Por eso renuncié. Ayer, después de varias

reuniones con el cliente y los compradores, recibí una llamada por la noche, cuando ya estaba en mi casa. Era el representante de la empresa que estaba comprando a nuestro cliente. Me puse nervioso, qué llamada para rara. Querían juntarse conmigo después de la firma del contrato hoy.

—¿Qué fue? No me digas que te contrataron ellos. ¡Qué semanita!

—Sí, Bren. ¡Me contrataron! Les gustó todo lo que sabía ya de la empresa, de su mercado, de las regulaciones y necesitaban un abogado interno. Soy el nuevo jefe del área legal de la empresa.

—¡Salud por eso! ¡Felicitaciones, Pedro!

—Así me gusta, Sofi, ¡que te alegres conmigo! Vas a ser la primera que saque a pasear en mi auto nuevo. Decidí que el cambio venga con todo. Todavía no sé qué me voy a comprar, pero de que cambio de auto, lo cambio.

—Me voy a poner celosa, ah. ¿A mí no me invitas a pasear?

—Bren, claro que estás invitada también. El día que lo recoja les aviso, y luego de salir de la tienda, nos damos una vuelta por la Costa Verde. Nos vamos al Grill para unos traguitos. Ya, plan armado.

—Quien se va a poner celoso ahora es Nico.

—Nico es mi pata ahora, Sofi, no se puede molestar conmigo, ¿no, Bren? ¿Tú que dices? ¿Se pueden soltar un poquito para que vayas con nosotros al Grill? Porque la vez que los vi no se soltaban para nada.

—¡Pedro, cómo hablas! Creo que el celoso es otro… Y no me molesten con Nico que ya llega en un rato y me voy a sentir corta de que estén mirando todo lo que hacemos.

—Nunca, Bren, tú sabes que nosotros no te haríamos nunca sentir mal. ¿No, Sofi?

—Nunca.

Lo que pasa es que no están acostumbrados a verme con alguien. No es que no haya tenido novios antes, no soy monja. Pero han sido pocos los que les he presentado. Esta debe de ser una eñe. Aquí una ese. ¿*Soñamos*? No. *Soñemos*. *Las crisis sirven para que soñemos*. ¿Quién habrá escogido esta frase? Bueno, a Bono le creo más la parte de *soñar* que la parte de *crisis*. Pues, sí, he tenido muchas primeras citas, varias segundas y terceras, pero a pocos he podido considerar parejas de verdad, o que me haya provocado presentárselos a mis amigos. La de historias que tengo. Ese que pasa parece un camión de bombero. ¿Adónde irá? Nadie le abre paso. Me desespera cuando veo un auto con sirena y nadie le da paso. Desde aquí se ve cómo está parado en el tráfico y nadie le hace caso. Todos comenzaban bien, aceptaba feliz salir con ellos. Algunos me aburrían pronto con sus obsesiones, como el que no paraba de hablarme de “Seinfeld”; esa sí era obsesión. Parecía que hubiera preferido vivir en el universo de Jerry que en el

nuestro. La forma de pedir la comida, la forma de saludar, los comentarios ácidos, todo lo copiaba de ahí y, encima, me los quería explicar. Me gustaba, pero no salía de ahí. Ya se quién es el de la foto que me faltaba. No era un rey, era *Lawrence de Arabia*. Bueno, también hubo muchos que se aburrieron conmigo, por no querer tirar con ellos al toque. Que vamos a un telo, que bajemos a la Costa Verde. No me provocaba con alguien a quien recién conocía. Intentaban un par de veces y no me llamaban más. Peores fueron las veces en que acepté antes de sentirme lista. No quería que encendieran la luz, estaba todo el rato distraída pensando en cualquier otra cosa. Tampoco volvían a llamar.

Sí, muchas historias. Algunas divertidas, otras asustadoras, como la de ese gerente de Contabilidad que me acosaba. Se acaba el geniograma. Cada vez se acaban más rápido. Todo comenzó cuando nos reunimos para revisar un proyecto que cambiaría los procesos de su área. No lo había visto antes, no lo conocía. Después lo veía en todas partes: se me cruzaba en la cafetería, en los pasillos, en el estacionamiento. Primero pensé que era casualidad, hasta que comprendí que siempre estaba dando vueltas y esperándome. Qué nervios con solo recordarlo. Cuando me veía, me saludaba efusivamente. Yo respondía con sequedad, pero eso no lo disuadía. Hasta que un día lo vi caminando por mi casa. Se acercó a preguntarme si vivía por allí. Tuve que inventarme un novio para que dejara de acosarme. Le dije «No, acá vive mi novio, siempre vengo a visitarlo». Nunca más me molestó. *Hallar*, *acertar*, seis letras: *Atinar*. Listo. Ya casi completo la frase.

También tuve historias que nunca llegaron a serlo, como con Pedro, aunque no creo que hubiera durado mucho. Fue un Año Nuevo y estábamos borrachísimos. Habíamos decidido recibirlo en el malecón, viendo los fuegos artificiales. Estaban Julio y Sofía también, cuando aún eran pareja. Ellos se fueron temprano y nos quedamos Pedro y yo, caminando por el malecón, chelas en mano, deseándoles feliz año a todos los que pasaban por ahí. De pronto quiso darme un beso, pero no lo dejé. «Así, borrachos, no», le dije. Creo que al día siguiente ni se acordaba, porque nunca me lo mencionó. Mejor.

—¡Muchos cambios, Pedro! Chamba nueva, carro nuevo. ¡Ya solo te falta la novia!

—Bren, solo porque tú ya te enganchaste no nos quieras enganchar a todos. Y además también falta la casa. Me gustaría mudarme solo. Ya veremos después.

—A ti no se te puede ni bromear con novias, que te pones saltón. ¿Qué dices, Sofi? ¿No le falta solo la novia a Pedro?

—Ya, Bren, no lo presiones. Ya tendrá novia cuando esté listo.

Déjalo tranquilo. Tú ya sabes que yo tampoco tengo apuro.

—¡Esa es mi Sofi, la única que me entiende! ¡Déjanos vivir, Bren! ¡Estamos jóvenes!

—Pedro, eres incorregible, y tú, Sofi, que lo apañas. No sé, me gustaría verte más acompañado, te lo mereces.

—¡Ya pareces mi mamá! Todo el tiempo me pregunta si ya tengo novio, si no he vuelto a hablar con Julio, que qué pena que se fue. Peor es cuando me dice lo lindo que era Alonso. Con tal de verme con pareja, no le importa que sea con un huevón.

—Vamos a ponernos en el mismo plan con Bren. ¡Qué lindo tu novio! ¿Cuándo se casan? ¿Cuándo tienen hijos? ¡Se te va a pasar el tren, Bren!

—¡Pedro! Tienen razón: me estoy poniendo en plan tía. Olvídenlo. No digo nada más.

—¿No te ves casada con Nico algún día, Bren? No sé, si yo estuviera con alguien, sería pensando en que pudiera llegar a algo más serio. ¿Si no para qué? Una cosa es tirar con alguien porque te da la gana, otra cosa es andar juntos para todos lados.

—Ya me metí solita en un lío. ¡Para qué hablé de novias! ¿Casada? Algún día sí. ¿Con Nico? Quién sabe, mal no pinta, pero justo en estos últimos días he estado pensando en todo lo que me falta hacer antes de casarme.

—¡En eso estamos de acuerdo! ¡Nos falta hacer muchas cosas todavía! ¡Un salud, chicas, por todas las cosas que nos falta hacer antes de firmar papeles!

—¡Salud, Pedro! ¿Cómo era? ¿Mirándose a los ojos porque si no tienes cinco años de mal sexo?

—¡Siete años, Bren! ¡Siete años! ¡Salud!

—¡Qué preocupada te veo por los siete años de mal sexo, Sofi!

—¡Obvio! Una que no tiene a nadie no puede arriesgarse a que quien venga no valga la pena.

—¡Salud entonces! ¡Por quien venga y por que venga pronto!

—Gracias por los ánimos. No sabes lo bien que me están cayendo estas chelitas hoy.

—¡Pedro! ¿Qué pasó contigo? De pronto tan calladito. ¿Ya mucha chela?

—Nada, Bren, nada. Esta música como que me bajonea. ¿Podemos cambiarla?

Estoy feliz de estar con alguien con quien me siento cómoda. Podría decir que es la primera vez que realmente me siento así. *Hacer las cosas*. Ahí está la frase: «*Las crisis sirven para que soñemos con una forma distinta de hacer las cosas*». ¿Qué significa eso? Te me caíste, Bono. Tanto llenar el geniograma para completar una frase tan tonta.

No tiene sentido. Sí, con todo, estoy feliz con Nico. Creo que ha sido más difícil estar con alguien con quien me sienta cómoda que conseguir las promociones en la chamba. ¿Será que las promociones dependen de una? No sé, hay que poner esfuerzo en las dos. Lo bueno es que ya puedo sentir que lo conseguí. Ya tengo una chamba que me vacila, que me paga bien, y alguien con quien, en algún momento, podría formar una familia. Nico se ve que tiene ganas. Si todo va bien, no veo por qué no. Yo también estoy tranquila conmigo misma, con lo que he conseguido, con lo que puedo conseguir; aunque no dejo de pensar que esa Brenda de anoche me sorprendió. Tan decidida. ¿Será que ya estoy lista para soltarme más, para arriesgarme a más y no tener miedo de enfrentar las cosas? ¿Será que ya tengo confianza suficiente para intentar cosas nuevas? No sé, estoy tan feliz ahora, ¿para qué necesitaría cambiar? Mi chamba, mi novio, mis amigos. No necesito nada más.

¿Pero qué más podría pedir? ¿Qué más podría hacer? Nunca pensé que conseguiría tan rápido lo que quería. ¿Qué sigue? Como si hubiera una lista. No hay listas. Ya está. Tranquila. Podría mudarme, es verdad, pero no quiero dejar a mi mamá sola. Algún día, no hay apuro. Es que a veces siento que me estoy quedando, que podría apuntar a más cosas, hacer más cosas. Estudiar fuera. Eso podría ser. Una maestría. Hay tantos temas nuevos. Inteligencia artificial. Análisis de datos. Son el futuro. ¿Para trabajar en qué? ¿De qué me serviría? Todos esos autos en la calle, se ven tan chiquitos desde acá. Muchos estarán regresando a sus oficinas después de almorzar. Otros recogiendo hijos del colegio. ¿Cómo les irá a todos ellos con sus planes? ¿Cuántos habrán conseguido lo que querían y cuántos seguirán persiguiendo sus sueños? Ya me puse filosófica. Aterriza, Brenda. Me recuerda a la tira esa de Mafalda donde mata a una mosca y después le pregunta si tenía grandes planes. Estoy tranquila, como nunca lo había estado. Eso es lo que cuenta. Esto del asalto de anoche me ha movido, pero ya pasará. Las situaciones extremas te pueden hacer ver las cosas de manera diferente. Sí, ya pasará. Una pequeña crisis. Como la de Bono. ¿Cómo era? «*Sirven para que soñemos una forma distinta de hacer las cosas*». Tonterías. Cállate, Bono. Este geniograma ya queda así. Ya no me provoca completar más. Creo que hasta me ha quitado las ganas de hacer más geniogramas. Se me quedó todo oliendo a *pizza*. Mejor voy a botar la caja y a llevarme todo. Es lo malo de almorzar en la oficina. Voy a oler a *pizza* toda la tarde. Mi café. Necesito mi café y mi chifón. Una vuelta por la calle me vendrá bien.

—Uy, no, deja la música tranquila, Pedro. Después te la vas a pasar cambiando cedés. La vas a volver loca a Sofi.

—¡Al contrario! Te apuesto a que, si cambio la música, la pongo a bailar. ¿Qué dices, Sofi? ¿Armamos la fiesta?

—Ay, Pedro, no creo que encuentres mucha música bailable entre mis discos. Igual, no estoy con ganas de bailar hoy. Déjalo así.

—Casi traigo uno de los cedés que acabo de grabar. Me he hecho unos nuevos esta semana, para tener en el auto con la música que me gusta. Ya me aburrió la radio. Bueno, queda pendiente el bailongo. Ya nos toca una rumba hasta el amanecer de aquellas. ¡Eso, chicas! A ver, ¿cuándo toca fiesta?

—¿Has visto, Sofi? Lluvia de invitaciones. Paseo en auto. Fiesta. Pedro nos ha estado extrañando, creo.

—Ya saben, chicas, yo siempre estoy listo para las juergas. Ustedes avisan. Como dice la gran Celia, «La vida es un carnaval y hay que vivirla».

—¿Cuándo comienzas la nueva chamba? ¿El lunes?

—Me di dos semanas, Sofi. La próxima para cerrar todos mis proyectos en el estudio, y la siguiente de vacaciones, para entrar con todo. Igual, hasta que no se terminen todos los trámites de la compra, no puedo empezar.

—Me da mucho gusto por ti, Pedro. Qué bueno que hayas podido cosechar todo el tiempo que has invertido en el estudio. Yo me siento igual ahora en el banco, cosechando.

—Es solo mentalizarse, chicas. ¡Mentalizarse! Te pones el objetivo claro en la cabeza y te concentras en él.

—¿Así, poniéndote las manos en la frente como haces ahora?

—Búrlate nomás, Sofi. Te vas a perder las ventajas del poder mental. Concéntrate en lo que quieres y las cosas van llegando solas. ¡A mentalizarse, chicas!

—Yo no creo que pasen así las cosas. ¿Uno las llama? Creo más bien que las cosas pasan solas y es solo estar listo para cogerlas. No hay que hacerse problemas. Es saber lo que quieres e ir viendo por dónde avanzas según lo que se presenta. Así que a relajarse nomás.

—No sé, Sofí. Yo creo que si no te esfuerzas y no te pones objetivos, no avanzas. A mí me ha resultado en el banco. Así, esperando, no hubiera conseguido nada.

—Quién sabe. Igual, ya no puedes retroceder y probar de otra manera, así que cada uno con lo que le resulta; pero eso de mentalizarse, no sé.

—¡Sofi! Nada es imposible si te mentalizas en conseguirlo. No subestimes el poder de la mente. La mente puede atraer el éxito. Pruébalo, vas a ver cómo funciona.

—A ver, Pedro, si no hay imposibles, entonces, toca tu espalda con tu rodilla. A ver si mentalizándote lo consigues.

—Contigo no se puede, Sofi. Bueno, como quieran. Después no

digan que no les conté el secreto del éxito. Ahora me voy a mentalizar sobre una cosa: hoy acabaremos todos borrachos. Van a ver cómo resulta. ¡Salud, chicas!

Me gustaría poder tomar las cosas como Sofía. No le importa nada, toma todo como venga. No se hace problemas. En el colegio no era así. Era más medida, más cauta. ¿Falta de confianza en sí misma talvez? Como todos a esa edad, creo. Otro mensaje de Nico. No, no le voy a avisar a qué hora salgo hoy, como me pide. Ya sabe que no creo que salga temprano. En un rato, si me provoca, le contesto. Sofía no se carga con todo, como yo. Ahora rebosa confianza. Parece que siente que en nada le puede ir mal, que todo lo puede hacer bien. Y si al final no es así, tampoco le importa. Sigue oliendo a *pizza*. Como que el aire no circula aquí. No sé si es el olor o que me siento un poco mareada, como cargada. Sofía no se deja cargar. Quizá por eso nos llevamos tan bien. Yo voy con mis problemas y, en una, me desahueva. ¿Quién me discutía que una mujer no se puede desahuevar? Debe de haber sido Pedro. Sí, fue él. Me dijo «Pero si tú no tienes huevos». Es que a veces Pedro se pone insoportable. Pero, bueno, así lo queremos. «Es romper el cascarón, no quitarse las pelotas», le dije. Qué vulgar. A veces me sorprendo de mis reacciones, como ayer, en el asalto. Como una Brenda más segura de sí misma quisiera salir y no la dejo.

Veinticinco correos nuevos, y solo en la última hora. ¿La gente no almuerza? Yo sí, y no pienso abrirlos todavía. Seguro que cuando había que tipear memos, nadie tenía tanta correspondencia como ahora. Sí, es más fácil enviar correo electrónico, pero ya envían por cualquier cosa. Que esperen un poco. Yo ya estoy pensando en el fin de semana, en que el viernes nos juntamos donde Sofía. Me llamó el domingo para invitarme. Pedro también va; me llamó a preguntar si yo también iba, y obvio que voy. Hace tiempo que no los veo a todos, en especial a Julio. No he hablado con él desde hace un año. Y ya está de regreso de su maestría. Una piensa en dos años como inacabables, pero pasan volando. No suena mal escaparse dos años. ¿Será eso? ¿Pero un escapismo para volver a lo mismo? No, no es tan simple. Ojalá las cosas fueran siempre simples. La solución a sentirse entrampado no puede ser escaparse. Puedes pensar que estás escapando, pero no dejas de verte como uno de esos pequeños autos que veo desde aquí, que siempre circulan por las mismas rutas. Mi cabeza vuela demasiado cuando no tengo en qué concentrarme. Acabé demasiado rápido el geniograma.

No hablaba con Sofía desde hacía un mes por lo menos. Creo que la he descuidado desde que salgo con Nico. Es raro. Por un lado, siento que me gustaría ser más como ella, con su independencia, pero al

mismo tiempo, por verla tan libre y suelta, me viene una sensación como de querer protegerla y cuidarla. Tan libre y tan frágil, pero con una confianza en sí misma que ya quisiera tener yo. Bueno, asumo que si yo fuera la mitad de linda que ella, con algo de esa figura de modelo, también tendría más confianza en mí misma. Qué linda es. No sé. Prejuicios de mi parte, talvez. No le he contestado a Nico todavía. Es que no tengo ganas de verlo hoy, pero tampoco quiero engañarlo y decirle que salgo tarde y no puedo. Quizá tan tarde no va a ser. Sufro cuando Sofía me cuenta sus problemas o cuando la veo triste. Espero que le vaya bien en todo, que siga igual de libre y no se deje atropellar. ¿Proyectaré en Sofía todo lo que quisiera hacer yo y no me atrevo? Debería hacerlas yo. Debería sentirme más libre. Creo que solita me invento cargas que ya no tengo, o que ya no debería tener. Tengo ganas de escaparme por ese café y no regresar hasta mañana, de ser irresponsable por un día. De repente, lo hago.

—Como yo no creo en eso de mentalizarse, y también quiero emborracharme, mejor les propongo un juego para que no se nos calienten las chelas. ¿Han jugado alguna vez a «Quién es más probable que»?

—Nunca, Bren. Solo no nos vengas con alguna versión de «La botella borracha», que ya estamos grandecitos. ¿Tú conoces este juego, Pedro?

—Para nada, pero dale, le entro. ¡Yo hago lo que ustedes digan! ¿Cómo es, Bren?

—Uno hace una pregunta tipo «¿Quién es más probable que caiga borracho primero?» y todos dicen un nombre y el más nombrado tiene que tomarse un trago.

—¿Entonces comenzamos con esa pregunta? Conociéndolo, yo creo que será Pedro. ¿Qué dices, Bren?

—Seguro será Pedro. Dale, Pedro, te toca el primer trago.

—¡Salud, chicas! Me está gustando este juego.

—Ya, yo sigo. ¿Quién es más probable que ya tenga planes para la juerga del próximo fin de semana?

—Esa está fácil, Sofi. Yo creo que Pedro ya tiene llena la agenda de los próximos fines de semana. ¿Acerté, Pedro?

—No tengo duda de que Pedro tiene más eventos agendados que tú y yo juntas.

—Esa pregunta estaba muy dirigida… Si sigue así este juego, se va cumplir eso de que voy a ser el primero en caer. Ya no me está gustando tanto este juego. ¡Salud de nuevo! Se acabó esta chela. ¡Pásenme otra!

—Ya, tengo otra pregunta: ¿quién es mas probable que vote feliz por la tercera reelección de Fujimori?

—No tenemos ni que señalarlo, Bren, todos sabemos quién es. Aquí va otra chela, Pedro.

—¡Me quieren emborrachar, chicas! ¡Salud! Ahora me toca a mí, porque ya vi que se están aliando en mi contra. A ver, esta va a estar buena: ¿quién es más probable que tenga hijos primero?

—Esa está más complicada. Ni se les ocurra señalarme a mí, que aún lo veo lejos. Ya sé que quieren casarme con Nico, pero hijos, todavía. Yo, más bien, creo que tú, Pedro, de repente, nos sorprendes. ¿Qué opinas, Sofi?

—Opino que ya no quiero jugar. Muy tonto este juego. Hijos. ¿Alguien quiere más sánguches? Voy a traer.

—De paso, por favor, le abres a Nico. Me acaba de enviar un mensaje, dice que ya está abajo.

Talvez sí necesito una forma distinta de hacer las cosas. Te odio, Bono, las ideas que metes en mi cabeza. Mucha rutina. Sí, soy feliz con mis rutinas, pero también creo que doy para más. Debería dar para más. Si no lo intento, nunca lo voy a saber. Me emociona irme un par de años a ver cómo me va viviendo sola. En otro país. Qué locura. No me veo fuera del Perú. Quizá justo ese sea el problema. No verme haciendo cosas diferentes a las que ya hago. No tengo que irme fuera, puedo hacer cosas diferentes aquí mismo, en el banco. Cambiarme de área. Es cosa de averiguar. Abrir la mente. Pensar un poco. No un poco. Tengo mucho que pensar. Otro mensaje de Nico. La verdad es que no tengo ganas de verlo hoy. Mejor le digo que ya nos vemos el viernes, directo donde Sofía. Necesito espacio esta semana. Necesito ordenarme. Necesito salir ya por ese café. Y sí, hoy ya no regreso. Pueden sobrevivir sin mí. Ya está todo listo. Ya saben qué falta revisar y qué no. Me voy de una vez.

Cambio de horario

—Muy buenas tardes, estimados oyentes de Radio Principal, la radio que los escucha, y bienvenidos a otro programa especial por el aniversario de nuestra querida ciudad. Aquí, Manuel Santibáñez y Jorge Ramírez continuamos hoy con el segmento «Lima al 2000» con otro de los grandes problemas de nuestra ciudad: la seguridad.

—Así es, Jorge, pero antes nos disculpamos con los oyentes por el cambio de horario. Tuvimos una transmisión directa desde el Congreso y fue necesario reprogramar nuestra transmisión para esta hora.

—Efectivamente, Manuel. Y es lamentable que la votación en el Congreso no se haya dado por falta de quórum. Cosas de la vida dirán algunos. Un símbolo de nuestro país, diría yo.

—Jorge, en breves instantes, estaremos abriendo nuestras líneas para recibir sus llamadas y contaremos también con el apoyo de nuestra reportera Yuridia Ramos desde diferentes lugares de nuestra ciudad. Para comenzar nuestra conversación sobre seguridad ciudadana tendremos, antes, una entrevista en directo con Jaime Sologuren, de la empresa de seguridad Horus.

Yo pensaba que ya habían cancelado esta taradez de programa, pero ahí sigue. Estaba feliz de no haber tenido que escucharlo hoy por la mañana. Qué manera de malograr la tarde. A esta hora tocaba que transmitan deportes. En fin, en cualquier momento llega la nueva importación de chocolates y tengo que ver que se reparta hoy mismo a los clientes. Cómo se venden esos chocolates, no entiendo. Antes no llegaban muchas cosas porque los aranceles las hacían carísimas. ¿Pero chocolates? Eso nunca faltó que yo sepa. No sé, esta es una de esas cosas que no entiendo, talvez me falta esa maestría que no llegué a hacer. «Obtén una visión estratégica de la empresa», decía el folleto. Maestría en Negocios Internacionales. Sonaba bien, pero nunca tuve

ganas de hacerla para ser honesto. Si me llego a largar, no será por una maestría; me largaré nomás y ya veré qué hago una vez que esté afuera.

—¿Estamos ya en línea? Buenas tardes, Jaime. Aquí Manuel Santibáñez, de Radio Principal, junto con Jorge Ramírez, desde cabina, le damos la bienvenida a nuestro programa para hablar sobre seguridad ciudadana.

—Buenas tardes, Jorge. Buenas tardes, Manuel. La delincuencia, en nuestra ciudad, se ha multiplicado en estos últimos años. Ocurren secuestros al paso, robos en cajeros, asaltos en restaurantes.

—Jaime, cuéntenos cuáles son, para usted, las medidas más efectivas para enfrentar esas situaciones en concreto y los retos en general de la seguridad ciudadana.

—Creo que una de las principales medidas a tomar debería ser una mejor coordinación entre la policía y los municipios, con un plan integral de seguridad.

—¿Y no cree usted que la ciudadanía debería también poner de su parte? Si la gente fuera más consciente de los riesgos, de seguro que tendríamos menos incidentes. ¿Qué tanta responsabilidad tiene la población al respecto?

—De acuerdo con usted, Manuel. La seguridad es tarea de todos, pero sin un plan integral, no hay mucho que la población pueda hacer. Se necesita una política de…

—Gracias por su opinión, Jaime, y por comunicarse con nosotros. Siempre es grato escuchar a la gente que trabaja por nuestra ciudad. Hasta una próxima oportunidad.

Seguro que este Jaime sí estudió una maestría fuera. Aunque no lo dejaron terminar. Pero esa firmeza para hablar viene de algún lado, aunque nunca se sabe. Hay mucha gente que habla como si lo supiera todo y es puro floro, como este transportista, que sigue diciéndome que en cualquier momento llega el camión con el pedido, e insiste en que ya salió hace más de una hora de su almacén. Puro invento. Lo he llamado tres veces y las tres veces me ha dicho lo mismo. Por eso también me quiero largar, para irme a un lugar más ordenado, donde sí se pueda confiar en la gente, donde la gente sí cumpla con lo que promete.

—Interesantes opiniones, Manuel. Me hubiera gustado plantearle más preguntas a Jaime Sologuren. Quizás acabaste muy rápido la entrevista.

—Efectivamente, Jorge, interesantes puntos de vista, pero lamentablemente estamos cortos de tiempo y necesitamos abrir las líneas para recibir llamadas. Quizá nuestros oyentes pueden

comentarnos qué pueden hacer ellos mismos para mejorar la seguridad ciudadana. Creo que tenemos ya una llamada.

—Así es, Manuel, nos informan de Producción que tenemos una primera llamada. Buenas tardes, ¿con quién tengo el gusto?

—¡Buenas tardes, Jorge! ¡Buenas tardes, Manuel! Les habla Santiago Quevedo, desde Surco.

—Gracias por tu llamada, Santiago. Cuéntanos qué crees que podemos hacer todos para mejorar la seguridad en nuestra ciudad.

—Complicada tu pregunta, Manuel. No sé qué tanto podamos hacer nosotros si no hay un plan de seguridad de las autoridades. Necesitamos entender hacia dónde queremos ir. Yo llamaba, más bien, para compartirles una experiencia personal, porque ayer por la noche fui testigo de un asalto.

—Cuéntanos, Santiago, ¿qué fue lo que sucedió? ¿Sufriste un robo? Espero no hayas resultado lastimado.

—No, Jorge, el asalto no fue a mí, sino a una chica que manejaba un auto a mi lado. En el semáforo le rompieron la luna con una bujía y quisieron robarle la cartera. Un peligro manejar de noche.

—Con base en tu experiencia, Santiago, ¿qué crees que podríamos hacer para evitar estos robos? Seguro la persona que manejaba tenía su cartera a la vista. A ello me refiero con que todos debemos colaborar. No podemos incurrir en esos descuidos.

—Manuel, no sé si tenía su cartera a la vista, lo que sí vi fue que aceleró y arrastró al ladrón varios metros. Al ladrón después casi lo atropellan. La chica tuvo suerte de no chocar con nadie, porque el semáforo ya estaba en rojo. Me pareció una maniobra peligrosa.

—A mí me parece un excelente ejemplo de cómo podemos solucionar nosotros mismos este tipo de situaciones: tomando al toro por las astas. ¿Qué opinas, mi estimado Jorge?

—Yo concuerdo con Santiago: una maniobra peligrosa que, felizmente, no trajo mayores consecuencias. Cuéntanos, Santiago, ¿qué medidas crees que deberían tomar las autoridades para evitar asaltos como el que presenciaste anoche?

—Mayor vigilancia, mayores controles. Anoche no había ningún policía cerca. El ladrón al final se fue caminando sin que nadie lo detuviera. A través de la radio, ustedes talvez podrían ustedes solicitar al gobierno que…

—Gracias, Santiago, por tu participación. Agradecemos tu llamada. Vamos a pasar ahora a nuevas entrevistas, con nuestra reportera Yuridia Ramos.

Yo haría lo mismo: si tratan de robarme, les meto el carro, los abollo y listo. Pobre chica, no sé qué haría si le pasara algo así a mi Chichi. Ahí parece que llegó un camión. Espero que sean los chocolates. Me van a hacer perder lo único bueno de este programa:

escuchar a Yuridia. Cómo me pone su voz. Queda encendida igual, por si alcanzo a oírla cuando regrese. Al toque lo recibo y vuelvo.

—¿Estamos ya conectados? Excelente. Me confirman de Producción que ya estamos en línea. Adelante, Yuridia, cuéntanos, ¿por dónde te encuentras ahora?

—Buenas tardes, Manuel, estoy en la avenida Petit Thouars, en una esquina de las llamadas «calientes» por la alta incidencia de robos reportados a la policía. Vamos a entrevistar a personas que normalmente circulan por aquí para preguntarles por su experiencia.

—Excelente idea, Yuridia. Veamos qué nos comentan y qué recomendaciones nos pueden dar.

—Vamos a acercarnos a una señora que transita por acá en este instante. Señora, buenas tardes, ¿tendrá un momento para su Radio Principal? ¿Sí? ¡Gracias! Queremos saber su opinión sobre la seguridad ciudadana, especialmente en esta esquina. Por favor, nos da su nombre y su opinión sobre el tema.

—Buenas tardes, señorita. Mi nombre es Yolanda Matos. Yo vivo aquí cerca y la verdad es que no he tenido ningún problema de robos. Mucha gente cree que por acá roban mucho, pero esta es una zona tranquila. Por donde sí roban es por mi oficina, en el centro de San Isidro. No se puede caminar con cartera, porque te la arranchan. Por eso ya no llevo cartera.

—Gracias por sus comentarios, señora Yolanda. Usted no lleva cartera y yo hoy tuve que ponerme zapatillas. Ya nada de tacos para evitar incidentes. ¿Algún comentario desde cabina, Manuel? Seguro estás de acuerdo con nuestra oyente.

—Efectivamente, Yuridia. Excelente consejo el de la señora Yolanda. Da gusto escuchar que la gente toma precauciones, no se queda de brazos cruzados. Como tú tampoco lo haces.

—Nunca, Manuel. Tenemos aquí a otra persona que nos quiere brindar su opinión. Buenas tardes, señor. Por favor, nos indica su nombre y su opinión sobre la seguridad ciudadana en la zona.

—Buenas tardes, mi nombre es Javier Pereyra. Yo también vivo cerca y no sé de dónde saca esa señora que por aquí no roban. Ayer me han asaltado de regreso a mi casa. Me robaron mi reloj y los pocos soles que tenía. No se puede andar tranquilo por ningún lado, señorita. Por todos lados roban, ya sea en San Isidro, en el Centro o aquí. Nadie hace nada. La policía ni se preocupa.

—Gracias también por sus comentarios, señor. De vuelta con ustedes, Manuel, Jorge. Los dejo y me reconecto en unos instantes desde otro punto de nuestra ciudad.

—Muchas gracias, Yuridia, por tu profesionalismo, por traernos la opinión de la gente y así poder transmitirla a nuestros demás oyentes.

Abrimos nuestras líneas nuevamente mientras esperamos tu próximo contacto.

Listo, los chocolates ya están en el almacén. Espero que los chicos no demoren mucho en armar los paquetes para enviárselos a los clientes. Tienen que salir hoy mismo y mejor me pongo a imprimir las facturas de una vez. A veces me sorprendo de mi eficiencia. Sí, no necesitaba irme a ninguna maestría. No creo que me hubieran enseñado todo lo que he aprendido chambeando. Esta es la verdadera escuela. Si me largara, necesitarían por lo menos a dos personas para reemplazarme. También por eso me quiero ir: aquí no reconocen mi chamba. Deberían pagarme el doble. Pero sé que eso nunca va a pasar. Carajo, mucho de eficiencias y de apurarme, pero igual me perdí de escuchar a Yuridia. Espero que en un rato transmita de nuevo.

—Pues, como dijo nuestro último entrevistado, la sensación de inseguridad se encuentra por todos lados. Toda Lima se siente insegura.

—Jorge, sin menospreciar las opiniones, creo que no hay necesidad de crear pánico en la ciudadanía. Me parece irresponsable afirmar que toda la ciudad es peligrosa. Un poco más de sensatez. La policía hace su trabajo. En cualquier ciudad del mundo hay problemas; no vamos a exagerar tampoco los de nuestra ciudad.

—Manuel, discrepo nuevamente. Creo que hay que escuchar a las personas y atender sus reclamos. Lo que sí me agrada es que ya consideres que la seguridad ciudadana es un problema y no un reto. Abrimos ahora nuestras líneas para seguir recibiendo la opinión de nuestros oyentes.

—Creo que tenemos otra llamada, Jorge. Buenas tardes, por favor, dinos tu nombre y desde dónde nos llamas.

—Buenas tardes, Manuel. Buenas tardes, Jorge. Aquí les habla Sandra Otoya, desde Breña. ¡Estoy feliz de que haya entrado mi llamada!

—Muy buenas tardes, Sandra, un gusto poder comunicarnos contigo. Cuéntanos, ¿crees que la seguridad ciudadana es un reto para la ciudad?

—Por supuesto, Manuel. Es más que un reto; es un tremendo problema en la ciudad, no se puede estar tranquila en ningún lado. Entre los asaltos y los secuestros al paso, una está desprotegida. La policía como que no existe.

—Gracias por tu llamada, Sandra. ¿Cuál crees que sería una solución para este problema? ¿Qué les pedirías a nuestras autoridades?

—Jorge, ya ni sé qué decir. Se siente que todo está fuera de control.

Lo mínimo que se haga va a ayudar. Solo pido que se haga algo. Es como si estuvieran ignorando el problema y no se puede ignorar los problemas. Esa es la peor decisión. Espero no nos ignoren también ustedes.

—Gracias por tu llamada, nuevamente. Apreciamos tus comentarios. Me avisan de Producción que tenemos otra llamada, Jorge. Buenas tardes. Por favor, tu nombre y de dónde nos llamas.

—¡Hola! ¡No puedo creer que entró mi llamada! ¡Tantas veces intentando y finalmente me puedo comunicar! Aquí, Margarita Torres, desde Chorrillos.

—Buenas tardes, Margarita. Gracias por comunicarte con nosotros.

—Buenas tardes también, Jorge. Quisiera enviar unos saludos. De seguro mi mamá también está escuchándolos. Ella siempre tiene su radio encendida. ¡Saludos, mamita!

—Por supuesto, afectuosos saludos para su señora madre, y agradecerle por ser también oyente de Radio Principal, la radio que los escucha. Cuéntanos, Margarita, ¿cómo ves el reto de la seguridad en nuestra ciudad?

—Ay, Manuel, terrible, terrible. Ya me da miedo salir por la noche de mi casa. La semana pasada nomás asaltaron aquí, a dos cuadras, a una vecina, cuando llegaba a su casa. Hasta casi se meten. Yo llego a mi casa con la llave en la mano, para entrar rapidito.

—Margarita, cuéntanos qué crees que nos falta para mejorar la seguridad en nuestra ciudad.

—Hace falta más mano dura, Jorge. Cada vez que atrapan a un ladrón, al día siguiente lo sueltan. Ya hasta da miedo denunciar.

—Me parece bien lo que mencionaste sobre llegar a la casa con la llave en la mano, Margarita. ¿No crees que si todos tuvieran actitudes como la tuya y se manejaran con precaución, tendríamos menos robos en la ciudad?

—Ay, por favor, Manuel, no nos engañemos. Podemos tomar muchas medidas como ciudadanos, pero la delincuencia seguirá ahí si el gobierno…

—Gracias por tu llamada, Margarita. Vamos a un corte comercial y regresamos con nuestra reportera Yuridia, con más entrevistas en directo desde las calles de nuestra ciudad.

Esta gente, encima de tener tiempo para llamar a la radio, da nombre, apellido y dirección, como para que todo el mundo se entere de cómo huevean. En fin, tema de ellos. No sé qué haría si escuchase a mi novia llamando a la radio, aunque solo fuera para mandarme saludos. Peor aún si me manda saludos y da mi nombre. Estoy seguro de que mi Chichi no haría algo así. Mi novia anterior, la que me dejó por una tontería, ella sí era de cursilerías. No me hubiera sorprendido

si un día hubiese llamado a la radio para dedicarme una canción. Bueno, estaba tan enamorado que de seguro incluso se lo agradecía. Yo me dejaba llevar por todo lo que ella quería. Por ella me inscribí en la maestría de Negocios Internacionales. Ella quería irse a estudiar fuera y que yo también me instalara en la misma ciudad para estudiar. Sí, pues, yo hacía todo por ella. Al final me dejó y ya no me fui a ningún lado. Mejor. ¿Ya habrán terminado de armar los paquetes? Iría a verificar si no fuera porque no quiero perderme a Yuridia de nuevo. Les doy un rato más para que acaben y después voy.

—Manuel, vemos que hemos tocado un tema sensible en nuestro programa de hoy. Hay muy mala percepción sobre el manejo de la seguridad ciudadana entre nuestros oyentes.

—Percepción, como bien dices, Jorge. Creo que estamos viendo que falta una mejor comunicación por parte del gobierno acerca de las políticas y los planes en materia de seguridad. Y esperemos que este sea el aporte de nuestro programa.

—Manuel, espero que el aporte de nuestro programa sea que quede claro que la ciudadanía se siente desprotegida y que se necesitan medidas urgentes al respecto. Tenemos ya una nueva comunicación con Yuridia Ramos, que ahora se encuentra en el corazón de San Isidro. Adelante, Yuridia, te escuchamos.

—Buenas tardes nuevamente a ustedes y a todos nuestros oyentes. Efectivamente, estamos ya en el centro financiero de San Isidro, donde nos reportan que también hay robos a diario. Vamos a entrevistar a algunos transeúntes para que nos cuenten sus experiencias.

—Excelente, Yuridia, estamos atentos.

—Gracias, Manuel, aquí siempre lista. Estoy en la puerta de un concurrido café y voy a aprovechar para entrevistar a algunos de sus clientes. Señor, disculpe, aquí, Yuridia Ramos, de Radio Principal. ¿Podemos hacerle unas preguntas?

—Claro, por supuesto. Siempre escucho Radio Principal.

—Por favor, nos indica su nombre y nos comenta sus impresiones sobre la seguridad ciudadana en esta zona.

—Soy Claudio León y trabajo en esta zona. Es increíble que, con tanto banco y tanta vigilancia, aquí también tengamos asaltos. Ayer nomás a una compañera de trabajo la asaltaron en el cajero automático. La obligaron a retirar todos sus ahorros. No pudo hacer nada. No pudo reclamarle a nadie.

—Qué terrible, Claudio, déjame ver si tenemos alguna pregunta desde cabina.

—Yuridia, sería interesante saber a qué hora fue el robo. De seguro fue de noche.

—Traslado aquí tu pregunta, Manuel. ¿Sabes a qué hora fue ese

robo en el cajero, Claudio?

—A plena luz del día. Y nadie ayudó. Yo no vuelvo a usar un cajero que dé a la calle. Es peligroso.

—Efectivamente, Yuridia. Agradécele a Claudio de nuestra parte. Tenemos que saber cuidarnos y no exponernos. Esa es la mejor medida para disminuir los asaltos.

—Seguro, Manuel. Claudio, en Radio Principal agradecemos tus comentarios, que sin duda han sido de mucha utilidad para nuestros oyentes. Voy a entrevistar aquí a otra señorita que está saliendo del café y ha accedido a responder a nuestras preguntas. Buenas tardes, por favor, nos da su nombre y nos comenta sobre la seguridad ciudadana en esta zona.

—Espérame que acomode mi chifón en la bolsa para poder hablar tranquila. Ya, ahora sí. Mi nombre es Brenda Gutiérrez, y sí, feliz de comentarles sobre la seguridad ciudadana, porque he sido también, como muchos, víctima de la delincuencia. Creo que necesitamos implementar la pena de muerte. Es la única manera de poner control. El gobierno no hace nada, es muy blandengue. A este paso, la delincuencia va a estar peor cada día. Espero que en Radio Principal puedan apoyar una campaña a favor de la pena de muerte. Los dejo, que voy apurada.

—Gracias, Brenda, gracias por tus palabras. Yo también me despido por ahora y salgo en dirección a Villa El Salvador, donde también estaremos entrevistando a los transeúntes. Nos comunicamos nuevamente en unos instantes, Manuel.

—Gracias, Yuridia, seguimos en contacto.

¡Brenda Gutiérrez! ¡Qué sorpresa! Tantos años sin escuchar nada de ella. ¿Por qué a mí no me ha tocado nunca que Yuridia me entreviste? Le doy toda la razón con la pena de muerte a Brenda, pero me sorprende escucharla así, tan decidida. La gente no cambia, dicen, pero yo creo lo contrario. Cambia al menos en detalles, y a veces ni se da cuenta. Sin embargo, creo que yo no he cambiado; soy como soy y nada me va a hacer cambiar. Nada ni nadie. Mi novia anterior lo intentó y no pudo. Quizás por eso quiso dejarme y se agarró de cualquier excusa tonta para hacerlo. No importa; estoy feliz con mi Chichi. Es lo único que evita que me largue de este país. Los chocolates ya deben de estar empacados. Tengo que ver que salgan ahora mismo.

—¿Qué opinas, Manuel? ¿Pena de muerte? Esas son palabras mayores. ¿Estarías de acuerdo con instaurar la pena de muerte como medida para disminuir la delincuencia? Personalmente, no creo que esa sea la solución. A nuestro sistema judicial no le confiaría la vida

de nadie.

—Aprecio la iniciativa de la entrevistada de proponer una campaña desde Radio Principal. Aquí estamos listos para transmitir las propuestas de nuestros oyentes. ¿Pena de muerte? Interesante. Ahora los dejamos unos breves minutos con palabras de nuestros auspiciadores y volvemos con ustedes con más información y comentarios en su segmento especial «Lima al 2000».

Sofía tiene mucho que corregir

Siempre pasa lo mismo: cambios de último minuto. Tienen toda una semana para pedir cambios, pero solo lo hacen el día anterior. ¿Ahora cómo meto un baño más en la tienda? Si muevo la zona de los cambiadores un poco más atrás, ahí podría entrar. Sí. Ya me salió chueco. Borrador. ¿Donde está mi borrador? Tiene que quedar bien. Tampoco es solo culpa del cliente. Es la tarada esta que tengo de jefa, que no sabe decir que no. «Sofía, el cliente tiene que quedar satisfecho al cien por ciento», me repite. «Sofía, sé que tú puedes hacerlo, confío en que no me vas a defraudar», me reta. Sabe cómo manipularme. Sabe que me gusta cuando aprecian mi trabajo. Piensa que no me doy cuenta de cómo me maneja. Listo, ahora sí quedó derecho el baño extra. Ahora hay que ver dónde pongo la puerta. Hacia este pasillo queda mejor. ¿Por qué no le puede decir al cliente que ya no hay tiempo para más cambios? Claro, se le hace más fácil pedirme a mí que los haga rápido que explicarle al cliente que todo el cronograma se atrasará si sigue pidiendo cambios. Ahora, a corregir esto en la compu. Me doy cuenta de que soy de guardia vieja: prefiero primero mi lápiz. Solo cuando ya está acomodado, lo paso a la compu. No sé, siento que así tengo más libertad.

Qué hambre. Hoy no tuve tiempo de tomar desayuno. Tocará almorzar temprano. Le iba a decir a Brenda si podía almorzar conmigo hoy, pero se me pasó. Mejor: quería soltarle todo mi estrés, pero mejor no. Tengo que procesarlo yo sola primero. ¿Qué otro cambio había que hacer? Aquí están todos anotados. Son como veinte. Mi jefa no les cuestiona nada. Todo lo que le piden me lo pasa. Como la entrevista en la radio de mañana. ¿Para qué acepta una entrevista que no quiere hacer? Y ahora me la vende como premio: «Lúcete, Sofía». Sabe que me gusta lucirme. Pero no esta semana, con tanta chamba pendiente. A ver: *Aumentar el espacio vacío frente a las cajas para que se puedan*

formar colas. Bueno, tienen razón. No les habían dejado mucho espacio. Sí, moviendo esta góndola a un lado queda más espacio. La entrevista, encima, es temprano por la mañana. Al menos me da una excusa para llegar tarde. Contestaré la llamada desde mi casa. Recién van dos de los cambios. Faltan como dieciocho. Qué mal humor.

Por más que me queje, disfruto haciendo estos cambios. Solo me molesta la presión del tiempo y que asuman que cumpliré y que ni se preocupen de preguntarme antes de comprometerse. Sin embargo, la perfeccionista en mí es feliz viendo cómo mejorar algo. Ojalá fuera así yo con todo. ¿Qué día es hoy? Miércoles. El viernes van todos a mi depa y no he hecho nada todavía. Creo que así queda bien; la gente ya no se va a apachurrar si tiene que hacer cola. Qué bueno que Brenda se ofreció a llevar los sanguchitos. Si fuera por mí, solo hubiera puesto unas cuantas bolsas de papitas y camotes fritos. Lo que no ha quedado bien son estos borrones en el plano; no me gustan para nada. Mejor imprimo uno nuevo. No me puedo olvidar que tengo que comprar chelas. Si alguien quiere algún otro trago, nos tomaremos los de mi viejo. Quería también buscar mis álbumes de fotos de la universidad. Dejarlos a la mano, por si nos provoca verlos. Nada más. No me gusta estar haciendo tantos planes. En general, ya no me gusta hacer planes. Antes los hacía, pero todos salieron mal. Ya para qué.

—¡Nicolás! ¡Tanto tiempo! Uy, trajiste más chelitas, perfecto. ¡Ya nos las estábamos acabando!

—Hola, Pedro. Sí, Brenda me envió un mensaje, así que traje más. ¡Sofía! Hola, gracias por invitarnos. Qué lindo el depa.

—Gracias, Pedro. Siéntate, y gracias por las chelas. Dámelas, que las pongo en la refri. ¿Te abro una?

—¡Sí, gracias! Amor, hola. ¿Está alguien sentado aquí?

—Nadie. Ven; reservado para ti.

¿No les gustó el tamaño de los espejos en los cambiadores? En los detalles en que se fijan. Ahí se ve otra vez cómo mi jefa apunta todo sin cuestionar. Total, para ella es solo un punto más en la lista; quien se encarga soy yo. Esta semana no tengo paciencia. La traqueteada que me han dado hoy para los exámenes en la clínica no me gustó nadita. Bueno, pero ya está hecho. El viernes me darán los resultados. Serán espejos hasta abajo, no les voy a discutir. Hay que escoger las batallas. Otro punto menos. He estado desde el lunes preocupada por el examen de hoy y ahora voy a estar preocupada hasta el viernes a la espera de los resultados. ¿Qué más quieren cambiar? *Baño adicional*. ¿Otro más? Parece que lo han apuntado dos veces. Sí, duplicado. Qué desorden. Definitivamente mi jefa no revisa nada. En fin, sigue disminuyendo la lista. No debo tener nada, estoy preocupándome por

gusto. No es la primera vez que tengo estos fastidios. Claro que esta vez no paraban y por eso fui al médico. Y sigo preocupada, porque, en lugar de calmarme, el ginecólogo me mandó pruebas. No, no va a ser nada.

Sigamos, que quedan todavía dieciséis. *Mover zona de ofertas al fondo de la tienda*. Quieren que la ponga justo donde había puesto el baño adicional. Qué fastidio. Estamos retrocediendo. Ahora son diecisiete de nuevo; voy a tener que mover otra vez el baño. Encima sigo con esta ansiedad que no se me va. No sé de dónde me ha venido. No es solo lo de las pruebas, es algo más. Tampoco es por esta lista de pendientes; la chamba nunca me afecta así. Me siento rara por otra cosa. Un vacío extraño en el estómago, y no es por hambre. A concentrarme. ¿Ahora dónde pongo el baño? Creo que no hay que moverlo, igual entra todo. Baño adicional al lado de la zona de ofertas. Solo hay que mover la puerta. Listo, así queda. No, otra vez se me llenó de tachones y borrones el plano. Tengo que imprimir otro. Así está mi vida también, llena de tachones y borrones. Ojalá pudiera imprimirla también de nuevo. Qué dramática me pongo. Tampoco es para tanto. Creo que mejor hago directamente los cambios en la computadora y ya. Si no, me voy a quedar sin tinta y sin papel.

No he querido aceptarlo, pero creo que desde ese encuentro tan forzado el otro día con el huevón de Alonso y su nueva pareja me siento así. No por él, que se puede ir a la misma mierda. Lo que me afectó fue verla a ella. Me llevó a una época más inocente, cuando tenía todos mis planes hechos y creía que todo me iba a salir bien. Ya, baño adicional y zona de ofertas reordenadas. Me gusta cómo quedó. Estrellita para mí. Me merezco un descanso. Voy a hacerme un té. Todavía me quedan esos tés de manzana que me trajo mi viejo de Turquía. ¿Cómo se llamaba la pobre? Ni recuerdo, Alonso me dijo su nombre, pero lo borré. Me chocó mal verla tan sonriente, tan ilusionada. Talvez ella tenga más suerte. Quizá la vida que se está armando en su cabeza con Alonso sí se haga realidad. O puede que sus planes sean otros. Para ser honesta, le deseo lo mejor. Ya está el agua. Unos minutos para que se haga bien. Sí, por más que he superado a Alonso, no he logrado superar cómo era yo cuando estaba con él. Soy tan diferente ahora. Qué rico huele este té.

—Disculpen la demora, no pude salir temprano de la chamba, como quería. En fin, aquí estoy. Listo, ahora sí, para la rumba. ¿El agasajado no llegó?

—Nicolás, tómate tu chela rápido, para que no vuelvas a decir «agasajado». ¡Salud! Es verdad que Julio se está tomando su tiempo. ¿Saben algo de él, chicas? No ha llamado, ¿no?

—Nada, Pedro, me dijo que de repente se venía caminando, no está

lejos. Ya saben lo fácil que se distrae Julio. Así que el agasajado debe de estar por ahí mirando cómo cambian las luces de algún semáforo. Aquí te traje una chela, Nico. ¡Salud!

—¡Salud, Sofi! Gracias. Qué buena colección de chelas vacías veo. Tengo que ponerme al día rápido. ¿Qué tanto me perdí?

—Te cuento, Nico, que las chicas han querido emborracharme, y ya lo estaban logrando, hasta que Sofi se aburrió. Bren, cuéntale. Soy una víctima.

—¡Cómo hablas, Pedro! Nada, amor, recordé ese juego de preguntas para tomar que nos enseñó tu primo. Pensé que les iba a gustar, pero creo que Sofi no está de humor para jueguitos.

—Ya, Bren, no la fastidies a Sofi. Acepta que tu estratagema para emborracharme no funcionó.

—No tienes que defenderme, Pedro. ¿No puede una estar medio bajoneada un día? Ya olvídense. Voy a abrirme otra chela. Les advertí que hoy acabo en el piso.

—¡Salud por eso! Pero no te molestes conmigo, Sofi…

—Ya, Pedro, párala. Nadie está molesto contigo. El mundo no gira alrededor de ti. Pásame una chela y tráete otra, que tú sí tienes mucho para celebrar. ¿Cuándo es que nos vas a pasear en tu carro nuevo?

—Tus deseos son órdenes, mi Sofi, ya te abro una chela. ¿Alguien más quiere una?

—Para mí también, Pedro, otra chelita.

—Salen tres chelas, Bren. ¿Tú, Nico? ¿También otra chelita?

—Yo estoy bien por ahora, gracias. Pero cuéntame, Pedro, ¿qué tanto tienes para celebrar? Por lo pronto, carro nuevo, según escucho.

—Carro nuevo, chamba nueva, vida nueva, Nico. Es verdad, tengo mucho para celebrar. Hoy yo también acabo en el piso, como Sofi. Bren, toma tu chelita. Sofi, acá está la tuya.

—¡Salud por eso, entonces! Nosotros también tenemos motivo para celebrar, ¿no, amor?

—Ahí me perdí, Nico. ¿Qué celebramos nosotros?

—¿Ya no te acuerdas? Una pista: quedamos en no volver más a ese restaurante.

—No me digas que hoy son ya… ¿seis meses? ¡Sí, seis meses de cuando me invitaste a almorzar por primera vez! Nico, ya sabes cómo soy con las fechas.

—¡Beso! ¡Beso! ¡Beso! Vamos, Nico. Queremos ver un chape de «mesversario».

—Ya, Pedro, no metas carbón. ¿Qué es ese invento de «mesversario»? No importa, no les vamos a hacer *show*.

—Amor, un besito no nos hace mal tampoco.

—Beso para las tribunas, entonces. Te pasas.

—Las tribunas querían chape, Bren, no piquito. ¡Un gran salud por

esos seis meses! Ya saben, mirándose a los ojos. Si no, todos se van a quedar en piquitos.

—Ay, Pedro, ya déjalos ser. ¡Salud, Nico! ¡Salud, Bren! Por muchos meses más.

—¿Para mí no hay salud, Sofi? A ver, con chinchín. Eso.

—Salud, Pedro, que me alegro mucho por lo bien que te está yendo.

¿Qué sigue? *Pasillos continuos*. ¿Eso qué quiere decir? Yo los veo continuos. Esa gente que lo quiere todo ordenado y cuadriculado debe de ser como era yo cuando acabé la universidad y todavía estaba con Alonso. Ya entendí. Quieren todo recto, cual supermercado. Qué horrible. Esta tiene que ser una tienda para perderse, no para buscar los frejoles en el pasillo ocho. Así me gustaba a mí todo antes: ordenado y sin sorpresas. Cada cosa en su lugar. No, este cambio no se los voy a aceptar. Ya me vino ese vacío en el estómago de nuevo. Estoy por acabar mi té y sigo sintiéndome rara. De repente sí es hambre. ¿Y si me pido una *pizza*? En un rato. Tengo que avanzar con esto primero. No les voy a poner ningún pasillo continuo. Ya, Sofía, no nos podemos pelear tampoco. Algún término medio tiene que haber. Esta vez no. Siempre acabo cediendo. Y fue por ceder tanto que me quedé sin planes. No, eso no es verdad. Los planes me explosionaron en la cara. Quizá si no cedía tanto, me hubiera dado cuenta antes. Basta. Estamos diseñando una tienda, no mi vida. Ya sé, vamos a redistribuir y poner algunos pasillos rectos sin que se pierda la sorpresa. Por acá puede ir uno. Esto mejor lo dibujo primero. ¿Dónde dejé mis lápices? Acá están. Hagamos una estrella de pasillos, con la caja al medio. Va a quedar bien. Estos son los planes que me gusta hacer, donde tengo el control de todo, donde no hay sorpresas ni nada oculto. Se diseña para un fin, se construye según el diseño y después se usa para lo que se construyó. Para mí, estos son los únicos planes que funcionan. Cualquier otro es una pérdida de tiempo. Sí, las cosas hay que tomarlas como vayan viniendo. Cuando me aburra de mi chamba, buscaré otra. Cuando me guste alguien, iré viendo cómo funciona, sin ilusiones. Sí, creo que es el hambre lo que me tiene así. Pediré una *pizza* de una vez. ¿Salame o carne? Será la que esté en oferta. Acabo con esto y llamo.

Va quedando bien; otra estrellita para mí. Nada me da más orgullo que un trabajo bien hecho. Mi lado pragmático se ha impuesto. Antes me ponía orgullosa de lo que quería conseguir. Ya no. Ahora me pongo orgullosa de las cosas que voy logrando. A ver, ¿qué sigue? *Falta señalética*. Claro que falta, este es solo un plano de diseño general. Recuerdo las cosas que me emocionaban antes y me da vergüenza. No, vergüenza no, me hace darme cuenta de lo inmadura

que era y de cuánto he cambiado. No tiene por qué darme vergüenza. Qué fastidio, sigo con esta sensación de ansiedad. Como si algo malo fuera a pasar en cualquier momento. Antes de la *pizza* podría tomar otro té para ver si consigo relajarme un poco. Mejor una manzanilla. ¿Cómo les explico lo de la señalética? Ya sé. Les pongo que se desarrollará después de aprobado el diseño final. Otro punto menos. ¿Cuántos quedan? Menos de quince ya, creo. Igual son un montón. Lo peor es que avanzo, pero no me calmo. Verdad, mi manzanilla. Creo que me relaja más el proceso de hacerla que tomarla. El sonido del agua hirviendo cayendo en la taza me encanta. Solo recordar lo emocionada que me ponía pensando en mis planes con Alonso me afecta. Nos íbamos a ir a estudiar juntos a Italia. Él haría una maestría en Negocios, yo quería especializarme en Restauración de Edificios. Regresaríamos a Lima, él a trabajar en *marketing*, y yo para montar mi propio estudio dedicado a recuperar casas antiguas. Vivía para el futuro. No sé de dónde he sacado este gusto por las infusiones. Creo que es porque prepararlas me da un un momento para mí, dejando todo de lado. Y mi viejo colabora trayéndome tés de sus viajes. Alonso no entendía cuando me veía preparándome un té a media tarde. Me miraba raro. Dejé de hacerlo mientras estaba con él. Dejé de hacer tantas cosas. No hacía nada que pudiera afectar mis planes. Me emocionaba pensar cómo sería mi vida de casada con Alonso, cómo sería el depa que compraríamos juntos, los hijos que tendríamos. Así era, me la pasaba pensando en planes para el futuro. Qué cojuda.

Sigamos con esta lista. *Revisar iluminación*. ¿Qué quiere decir eso? Obvio que ya está todo revisado. En fin, revisaremos de nuevo. *Revisar*. Esa palabra no me gusta. Me hace sentir peor. Así fue que me di cuenta de cómo me engañaba Alonso. A ver: luces fuertes para las vitrinas, luces para las góndolas, luces en las cajas. Están todas. Quería comprarle un regalo sorpresa por Navidad. Había visto unos organizadores de escritorio que pensé que le podían gustar. También hay luces en los cambiadores; cada uno tiene su foco. También están. La iluminación está completa. Un día en que estaba en su oficina, me senté en su escritorio mientras esperaba que saliera de una reunión. Aproveché para revisar los cajones: quería ver qué cosas guardaba ahí y así asegurarme de que el regalo le sirviera. No le siento el sabor a esta manzanilla, ya no quiero tomarla. En uno de los cajones había una caja grande que estaba llena de tarjetas y sobres. Pensé, ilusa, que eran de la chamba y que se las podía ordenar mejor. No veo problemas con la iluminación, todo cuadra. Quedará como está. Qué horrible, siento calambres en el estómago. Hasta náuseas me han dado. Qué sorpresa fue ver que las tarjetas no eran de la chamba: eran de esas que se usan para dejar un agradecimiento o un saludo. Todas de mujeres. Una colección. Se me revuelve todo de recordarlo. Al

principio lo excusé. *Qué sentimental*, pensé, *guarda recuerdos de sus ex*. Pero no eran ex, eran actuales. Al menos la que abrí para leer: «Sé que soy la única que te entiende», le ponía. «Cuando quieras nos vemos de nuevo. Besos». No quise ver más. Tiré la caja al piso y me fui. Sí, me estoy sintiendo mucho peor ahora; hasta tengo escalofríos. Ya no me voy a pedir ninguna *pizza*. Alonso debe de haber pensado que las leí todas. Tampoco soy masoquista. Fue a buscarme a mi casa. «Tengo mis admiradoras», me decía. «No es mi culpa que me envíen tarjetas y regalos; no significan nada para mí. Solo es sexo, y ni siquiera con todas. Mi vida la quiero hacer contigo». Pelotudo. Este punto de la iluminación lo voy a marcar como hecho, que expliquen mejor qué es lo que quieren. Y así fue como los planes me explotaron en la cara. Renuncié a la chamba, me encerré en mi cuarto. No quería hacer nada. Mejor voy al baño a echarme agua en la cara. Una refrescada me va a caer bien. No necesito esta manzanilla.

—Gente, atención, que quiero decir algo.

—Pedro, qué solemne. Habla nomás, nadie te interrumpe.

—No, Bren, esto es serio. Quería decirle a Nico que nunca te habíamos visto tan feliz. Yo creo que hablo por Sofi también. ¡Que sean muchos meses más!

—Pedro, ¿cuántas chelas te has tomado? Creo que me vas ganando. Vas a acabar en el piso antes que yo.

—Sofi, ¿tú acaso no estás feliz de verlos juntos? Vengan, un abrazo a los dos.

—Gracias, Pedro, me da gusto escuchar lo que dices. Brenda también sabe lo feliz que me hace.

—Sofi, ¿y esa cara? ¿Quieres que abra la ventana de nuevo?

—Nada, Pedro, ya te dije que ando medio rara hoy. Ya pasa. Suéltalo ya a Nico, acaba de llegar y no lo dejas tranquilo.

—Pero, Sofi, ya sabes que siempre digo lo que pienso. En verdad, me da gusto ver tan feliz a Bren.

—Yo no lo tomo a mal, Sofía. Me parece sincero. Amor, ¿por qué estás tan calladita? ¿Te molestó algo?

—Nada, amor. Pedro ha venido emocionado y no deja hablar a nadie. ¿Adónde nos vas a llevar de paseo en tu carro nuevo, Pedro? Seguro Nico también se apunta.

—¡El paseo era solo para las chicas! Pero, bueno, seguro que entramos todos. ¿Y si nos vamos a Paracas? ¿O muy lejos? Podemos ir por un día.

—Paracas me parece una buenísima idea. Yo voy feliz. ¿Ustedes? ¿Qué opinas, Bren? ¿Nico?

—Hace tiempo que no voy a Paracas. Amor, ¿qué dices? Tendría que ser un fin de semana. Salimos temprano un sábado y podemos

regresar esa misma noche.

—Vamos, Nico, ¡vámonos a Paracas! ¡Anímate! Podría ser dentro de dos sábados. Seguro que para ese momento ya me entregaron el auto.

—Seguro, Pedro, vamos. Si Brenda y Sofi ya confirmaron, yo también me apunto. A mí me queda perfecto de acá a dos sábados.

¿A ti, amor?

—Por mí también está perfecto. Podemos hacer algunas paradas en el camino, ¿no?

—No quiero ser aguafiestas, pero yo justo, dentro de dos sábados, no puedo. ¿Pueden moverlo para la siguiente semana?

—Claro, Sofi, lo movemos. Me sorprende tanta planificación de tu parte, agendando con tres semanas de anticipación. ¿Qué pasa en dos sábados? ¿Ya tenemos plan con algún galán?

—Nada, Bren. Cómo te gusta inventarme historias. Estoy complicada ese sábado. Nada de qué preocuparse, ya les contaré.

—Qué misteriosa, Sofi. Pero no hay problema. Reservemos ese fin de semana. ¿Todos pueden? ¿Amor?

—Sí, claro. Queda agendado. Ya esa semana nos organizamos bien. ¿Cómo va la chamba, Sofi? ¿Han avanzado con el proyecto que nos contaste?

—Una locura, Nico. Deberíamos estar en la construcción y en los acabados, pero seguimos con cambios de los clientes. A pesar de eso, igual va bien. Quedará hermoso ese proyecto. Ya los invitaré a la inauguración. No sé cuando sea, pero, desde ya, están invitados. ¡Les aviso!

Basta. Me estoy cargando demasiado. Esto de los resultados de los exámenes. Estos recuerdos de alguien que ya no soy. No sé qué me pasa, de pronto todo se me junta. Estaba tan tranquila. A trabajar, mejor. ¿Qué sigue? *Falta depósito de limpieza*. Ya hay un depósito para todo. No entiendo para qué quieren uno que sea solo de limpieza. Ponen un armario en el depósito y ya. Quiero acabar con esta lista para poder salir a almorzar algo y ventilarme un poco. No voy a almorzar de nuevo aquí, encerrada, y menos *pizza*. ¿Cuántas faltan? Más de diez todavía. Me faltó comentar esta última: «Hay que usar el depósito general». Listo. Cómo odio cuando me siento así, preocupada sin poder saber por qué. Hace tiempo que no me sentía así, ni cuando terminé con Julio. Eso fue diferente. Ya me puse a dibujar figurines. Cuando me pongo tensa comienzo a dibujarlos sin querer. Julio me decía que debía hacer algo con ellos. No sé, cuando los acabo, los arrugo y los boto. Va a estar bueno verlos a todos el viernes. Creo que por eso le dije a Julio para juntarnos, estaba buscando una excusa para vernos. Aunque no sé si la excusa era para verlos a todos o para

ver a Julio. Raro, porque estas últimas semanas no he tenido ganas de ver a nadie. Desde ese encuentro en el supermercado con Alonso, como que me aislé. Vuelvo a lo mismo, no entiendo por qué me afectó tanto. Yo ya no soy así, ya no soy como esa chica. ¿Pero qué soy, entonces? Talvez por eso he planeado esta reunión: me gustaba cómo era cuando estaba con él. Me gustaba estar con él. Creo que el problema fue que no estaba lista para estar con nadie. Y él tampoco. Me ha quedado lindo este figurín. Parece un juglar. No me voy a hacer ideas con Julio; ha pasado mucho tiempo. Pero sí tengo muchas ganas de verlo. Me estoy distrayendo; así no voy a acabar nunca. Me arrepiento de no haberle dicho a Brenda para almorzar. Ya fue. Aquí al lado hacen un sancochado buenazo los miércoles. Iré sola. No me molesta ir sola.

Brenda sí sabe lo que quiere. No se queda quieta. Yo prefiero esperar a ver cómo vienen las cosas. ¿Será que ya me cansé de quedarme quieta? Mejor avanzo, que quedan como diez pendientes más. Seguro que casi todos son como el último: comentarios que mi jefa apunta sin discutir. Qué manera de hacerme perder el tiempo. Debería decírselo en su cara. Tengo hambre, me va a caer bien ese sancochado. Sí, de pronto me siento mejor. A ver: *Letrero externo más grande*. Dale con la señalética. «Ver punto anterior sobre señalética», ahí está mi comentario. Listo. ¿Qué hago con mi juglar? Me da pena botarlo. Lo pondré aquí, en mi pizarra. Haré mi mural de figurines. Se ve bonito. Hasta me dan ganas de dibujar otro. No más distracciones. ¡No he grabado los últimos cambios! Solo me falta que se vaya la luz y pierda todos los cambios. Ya quedó guardado. Mejor al final imprimo todos los planos de nuevo, no vaya a necesitar hacer más cambios. Ya me siento más tranquila. Otro figurín, otro juglar. Probemos con color rojo para ver cómo queda. Creo que debería hacer algunos ejemplos de cartelería, así se quedan más tranquilos con su señalética. No me cuesta mucho hacerlos; dos o tres ejemplos, y el letrero de la puerta. Ahora son dos juglares para mi mural. Parece que bailan entre ellos. No, no voy a dedicarle más tiempo a este punto; basta de ceder. La señalética se hace después y es un costo extra. Esta es la Sofía que me gusta, decidida. Me han encantado mis figurines.

Sí, me siento más tranquila. Aunque no del todo. Me costó tanto estar tranquila después del desastre con Alonso, que me pongo nerviosa cada vez que pierdo la serenidad. Quedan como nueve apuntes en la lista de cambios. A darle duro para salir de esto. *Marcar espacios para maniquíes*. Esto sí lo podemos hacer. Tenía todo tan atado a Alonso que terminar con él fue la parte fácil. Fue duro, sí, pero no fue lo más difícil de superar. Lo más difícil fue decidir qué hacer sobre Italia, sobre el posgrado, sobre mi estudio, sobre el depa que íbamos a comprar. Durante meses no hice nada. Brenda me ayudó a salir del

hoyo. Brenda y mis viejos. Vamos a marcar lugares para los maniquíes en las vitrinas. Entran tres en cada una. Uno al medio de cada zona y uno a la entrada de los cambiadores. Brenda me hizo el pare. Entró en modo intervención y se lo agradezco. Me ayudó a ordenarme. Mis viejos también me apoyaron. Al final decidí que lo mejor era no hacer planes nuevos. Tomar las cosas como vinieran e ir viendo. Maniquíes listos. Voy a marcarlos de una vez en la compu, así cierro este punto. Mi viejo me pasó el contacto para esta chamba, un amigo suyo que estaba montando un equipo para nuevos proyectos. Tomé la oportunidad. Sí, mi viejo me ayudó, pero me la terminé de ganar sola, a punta de trabajo. Mi vieja y Brenda se turnaban para obligarme a salir. Se aparecían con alguna excusa tonta para que las acompañara a algún lado. Obvio que me daba cuenta, pero aceptaba feliz. Así, de a pocos, recobré el equilibrio. Me asusta perderlo de nuevo.

—¿Estos dibujos de quién son, Sofi? ¿Los compró tu vieja? Le encanta el arte, ¿no?

—¿Qué dibujos, Pedro? Ah, esos. Son míos. Déjalos ahí. Los saqué para regalárselos a Julio. Hacía tiempo que no me ponía a dibujar así.

—¿Estás dibujando de nuevo, Sofi?

—Solo me relaja hacerlos, Bren. Siempre los botaba, pero recordé que Julio me dijo que debería guardarlos. Lo estoy pensando.

—¿Puedo verlos, Sofi? ¿Qué son?

—No me hagan roche. No era para que los vean todos. Pero sí, dale, Nico, son unos juglares.

—Lindos. Trazos limpios. Le doy la razón a Julio: deberías guardarlos. Hasta podrías venderlos. Un marco bonito y listo, para alguna galería de Barranco.

—No es para tanto tampoco. Pero gracias por los comentarios. ¿No quieren mirar más bien álbumes de fotos? Ahí puse algunos. Y no te preocupes, Bren, que no hay ninguna foto comprometedora.

—Ay, Sofi, cómo hablas. Como si tuviera una colección de fotos prohibidas. A ver, Nico, pásanos el de más arriba. ¿De cuándo son las fotos?

—Hay de todo: algunas de la universidad, otras más recientes. No sé cuál agarraste.

—¡Mira, Pedro! Esta foto debe de ser de algún cumpleaños tuyo. ¿Recuerdas dónde fue?

—A ver. ¡Uy, chibolazo! ¿Qué año habrá sido eso? Debe ser de hace cuatro años por lo menos. Recién salidos de la universidad. Cuando me hicieron roche cantándome «Feliz cumpleaños» en la pizzería a la que fuimos. No veo a Julio en la foto. No recuerdo por qué no fue.

—Déjame ver, Pedro. ¡Sí! Esa foto la tomé yo. Me tuve que parar en una silla para que salieran todos. Ahí te veo bien abrazado de…

¿Cómo se llamaba? Creo que solo la llevaste ese día, ¿no?

—Se molestó conmigo, Sofi, porque les hacía más caso a ustedes que a ella. No me hagan recordar que me dejaron el día de mi cumpleaños. Así es la vida del artista.

—No me digas que se ponían celosas de nosotras. ¿Nos vas a echar la culpa ahora de tu soltería? ¿Te espantamos a las novias?

—Nunca, Bren, nunca les voy a echar la culpa de nada. ¿No hay fotos de cuando nos fuimos a Máncora? Fue también ese año, creo. En ese mismo álbum deberías tenerlas.

—Creo que sí. Ahí deben de estar. A ver, pásamelo de nuevo, Bren. Yo las encuentro.

—Toma, Sofi. Yo empiezo este otro álbum, a ver qué encuentro. Quiero ver si hay alguna foto de la universidad.

—Miren, aquí están las fotos de Máncora. Aquí está Julio también. Nico, mira, tú que no lo conoces. En esa época estábamos saliendo. ¿Te contó Bren?

—Aquí me estoy enterando de todo, Sofi. Después me lo pasas. ¿Las fotos de este álbum que tiene Brenda están cortadas o me parece? Mira esta: se ve una mano nomás, como sobrando.

—Si he cortado alguna foto, es porque no era nadie importante.

—Pásame ese álbum mejor, para ver las de Máncora.

Equilibrio. Bonita palabra. Importante sobre todo cuando has tenido la experiencia de lo fácil que es perderlo. ¿Cuántos puntos me quedan en la lista? Nueve. Menos de la mitad. Creo que sí los voy a acabar antes de salir a almorzar. *Bases para rumas*. Ya no solo quieren las góndolas; ahora también quieren rumas. No es mala idea. Estás últimas semanas he podido mantener el equilibrio estando sola. No he querido ver a nadie por miedo de cualquier comentario que me pueda hacer perderlo. Creo que podría cambiarse una góndola de cada zona por una base para rumas, para poner ahí las novedades o las tendencias. Podría funcionar bien. Creo que a los demás les molesta verme sola mucho más de lo que puede molestarme a mí. Su problema. No se ve mal el plano con las rumas marcadas. Después de almorzar, me preparo otra manzanilla. O quizás otro té. Ya veremos. Así, sin planes, que las cosas vayan pasando. Creo que en realidad me estoy engañando. Ya no estoy tranquila esperando que las cosas pasen; ya no me gusta. Listo, guardado en la compu. Otro punto menos. No puedo seguir quedándome quieta, pero me asusta perder mi equilibrio.

Es que últimamente no me funciona bien dejar que las cosas pasen solas. Como esa vez que nos invitó Brenda al chifa a Pedro y a mí para presentarnos a Nico. Ya me distraje haciendo figurines de nuevo. Estos ya no parecen juglares. Sean lo que sean, están quedando bonitos. Esa noche dejé que las cosas pasen. Entre los tragos, las ganas que tenía de

tirar y Pedro que se me mandaba, terminamos en un hostal. Más que juglares, parecen unos casca nueces, como los del *ballet*. Nunca se me hubiera ocurrido tener nada con Pedro, pero pasó. Bueno, lo dejé pasar. Pedro se fue del hostal todo apurado. Primero pensé que le había pegado mal el trago. Me lo imaginé vomitando abajo, en la vereda. Pero creo que sintió que se había aprovechado de mí o algo así. No me preocupa en todo caso, ya estamos grandecitos. Yo me dormí tranquila, que era lo que necesitaba. Solo espero que no se me ponga meloso ahora. Otra vez me puse a divagar y a distraerme en lugar de avanzar con la chamba. No sé qué me pasa, yo no soy así. Mi jefa se sorprendería de verme haciendo otra cosa que no sea chamba. De repente, hasta me aplaudiría. Siempre me dice que necesito abrirme a cosas nuevas. Nunca le he hecho caso, pero puede que tenga razón. Como sea, basta de figurines. Los pongo en la pizarra y de vuelta a mi lista.

—¿Saben que nunca he ido a Máncora?

—¿Nunca, Nico? Aprovecha para ir en cuanto puedas; está cambiando mucho. Siento que en unos años ya no la voy a reconocer.

—Todo está cambiando, Sofi, no solo Máncora. Pero no es mala idea. ¿Qué opinas, amor? ¿Cuándo nos escapamos a Máncora?

—No sé, Nico, tengo tanta chamba ahora; no creo que pueda pedir vacaciones. De repente me cambio de área en el banco y voy a estar complicada.

—¿Vas a cambiar de área, Bren? Parece que Pedro no es el único con cambios.

—Todavía, Sofi. Lo estoy pensando. Tengo ganas de aprender cosas nuevas.

—No me habías contado nada, amor. Pensé que estabas feliz con tus proyectos.

—Ay, Nico, es que casi no hemos hablado esta semana con toda la chamba que he tenido. No sé, acabé el proyecto y no sé si quiero meterme otra vez en lo mismo. Ya, para qué hablé. El próximo mes vemos cómo vamos.

—¡Gente! Lamento informarles que se acabó la chela. Esta es para Nico, que lo veo calentando la botella. Esta otra es para mí. Y solo queda esta última. ¿Quién le hace el honor?

—Pásamela, Pedro. Ya que me hicieron recordar lo de la chamba, me toca a mí la última.

—Se la iba a dar a Sofi, porque parece que la necesita más, pero dale, Bren, aquí está.

—Ay, Pedro, ¿por qué asumes qué es lo que necesito? Creo que tienes un problema ahí; andas asumiendo que sabes qué es lo que las mujeres quieren.

—Me mataste, Sofi. Mal. Nico, ayúdame, sácame este puñal que me acaban de clavar en la espalda.

—Ya, Pedro, no seas dramático y pásale la chela a Bren. Algún día agradecerás mis comentarios… cuando los entiendas.

—Sofi, voy al toque a comprar unas cuantas chelas más en la bodega de la vuelta.

—No te preocupes, Nico. Así no haya más chelas, trago no va a faltar. Cuando se terminen, sacamos un *whisky* o un ron de mi viejo, lo que prefieran.

—¡Unos roncitos, Sofi! ¡Con su Coca-Cola! Buenazos. Me acabo mi chela y yo los preparo. Eso sí, ya me cambian la música. Necesito inspiración.

—*Okay*, Pedro, nos rendimos. Pon lo que quieras. Si no te dejamos cambiar la música, nos vas a tener locos toda la noche.

—Sí, Sofi, déjenmelo a mí. Música y ron y les armo la fiesta. ¡Van a terminar todos bailando en la mesa!

—¿Esta foto también es de Máncora? Parece otra playa. Aparte, solo sales tú, Sofi.

—A ver, Nico. No, no es de Máncora. Esas me las tomé en Punta Cana. Qué buen viaje fue ese. Hasta me hice trencitas. Fui sola por culpa de Bren.

—¡Cómo hablas, Sofi! Como si te hubiera abandonado. Tú te querías ir de viaje y yo te sugerí Punta Cana. Yo no podía; la chamba no me dejaba.

—Lo sé, no debería hablar así. Regresé renovada.

—Parece que la chamba no te deja viajar mucho, amor.

—Ay, Nico. Y tú sabes, Sofi, que acá estoy siempre para ti.

—No sabes cuánto me has ayudado ya.

—Listo, gente. A ver si con esta música se animan. Ya salen los roncitos. Ni pregunto quién quiere, porque todos van a tomar por lo menos uno.

—Dale, Pedro. El bar y la música son tuyos. Puedes hacer lo que quieras, menos hablar de Fujimori.

—Sofi, ni se lo menciones, que no para.

—Ya, Bren, no necesito otra puñalada. Con la de Sofi fue suficiente. Todavía sigo sangrando.

Definir piso. Preguntan cada cosa. ¿Qué piensan que vamos a poner? ¿Mármol? Paciencia. Este ir y venir con cambios me ha desgastado un montón. No es solo la chamba; son muchas cosas juntas. En realidad, la chamba es lo que me tranquiliza. Creo que necesito desconectar un poco antes de comenzar un proyecto nuevo. Darme un espacio. Talvez debería irme de viaje. Ir a Punta Cana me funcionó bien. Devolví mis pasajes a Italia y me compré un paquete a Punta Cana. Brenda me

animó. Podría hacerlo de nuevo. Les pondré que es un piso de alto tráfico y con eso espero que les quede claro. ¿O querrán saber el color? Estoy sintiéndome igual de cargada que como estaba antes de ese viaje. Estoy sensible a todo. Llego a mi casa y no quiero ni ver a mis viejos. Ni siquiera televisión. Las noticias me agobian. Encima Fujimori y su propaganda están por todos lados. Omnipresente, metido en todo. Me gusta sentirme libre y me carga sentir que si quisiera desahogarme y salir al parque y gritar «¡Fujimori asesino!», terminaría en la cárcel. Lo peor es que a la mayoría de gente no le importa. En fin. Porcelanato. Eso le voy a poner: «El piso será de porcelanato, color por definir». Uno de los recuerdos que tengo más marcados es del día del autogolpe. Yo estaba tranquila viendo televisión cuando interrumpieron todo porque Fujimori no quiso más oposición y cerró el Congreso. La gente, al día siguiente, celebrando. Yo no. Si podía cerrar el Congreso, podía hacer lo que le diera la gana. Ya, tranquilidad. Esta ansiedad viene y va.

En Punta Cana me sentí libre. Sentí que yo podía hacer lo quisiera. Y prácticamente lo hice, hasta me bañé calata en el mar. Total, nadie me conocía. Necesito sentir de nuevo esa libertad. Quedan pocos puntos pendientes. ¿Cuántos? ¿Seis? A ver: no, solo cinco. *Marcar salidas de emergencia*. ¡Hay una sola salida y da al centro comercial! Ya me entró la duda, mejor reviso. Punta Cana me ayudó un montón. Tengo que volver a hacer algo así. Nunca había viajado sola, pero con el paquete de todo incluido fue fácil escaparme. Así me convenció Brenda: «Lo peor que puede pasar es que te pases unos días sola en el Caribe tomando sol y olvidándote de todo», me dijo. Y fue mejor que eso. Recién llegada, sin planearlo, en el bus al hotel, conocí a un grupo de argentinos y me pasé toda la semana con ellos. Me olvidé de todo. O de casi todo: hay traumas que llevamos a todas partes. Me chocó darme cuenta de lo traumada que estaba por el terrorismo. En un momento estábamos comiendo en uno de los restaurantes y hubo un ruido fuerte. Yo automáticamente grité «¡Bomba!». Todos me miraron mal, y hasta se rieron. «¿Cómo que bomba, che?», me decían. Claro, no tenían la experiencia de tirarse al suelo ante cualquier sonido extraño. Pero solo había sido una puerta cerrándose de golpe por el viento. No quise dar explicaciones, me disculpé y me fui a mi cuarto. A pesar de todo, fue el único momento en que me sentí mal. Parece que sí hay salida de emergencia y no la había marcado. Está aquí, atrás. La marco. Tomé, comí y bailé esa semana hasta cansarme. También hubo sexo, era inevitable. En el fondo creo que fui para eso. Dicen que un clavo saca otro clavo. Fueron varios clavos nuevos. Qué vulgar me pongo… Regresé liberada después de una semana sin planes. Preparada para tomar las cosas como vengan.

—Te quedaron buenazos los roncitos, Pedro. No te conocía esas habilidades.

—Estoy lleno de sorpresas, Sofi. Tú lo sabes.

—Eres incorregible. Y todos estamos llenos de sorpresas. Mira a Bren; calladita estaba viendo cómo cambiarse de chamba. ¿Tú, Nico, qué sorpresas tienes? Te toca.

—Nada, no creo que tenga sorpresas. Tenía ganas de conocer Máncora, pero ya me las quitaron.

—Yo sí quiero irme de viaje. No me importa mucho adónde, pero sí me quiero escapar un rato. Así que, Nico, si llegan a ir a Máncora y no les molesta, me apunto con ustedes.

—¡Sofi! ¡Ya tenemos agendado Paracas!

—No es lo mismo, Pedro. Paracas va a ser un día genial. Yo quiero largarme una semana al menos.

—Claro, Sofi, si nos animamos, te avisamos de todas maneras. Pero no creo que sea este mes. Quizás el próximo. Tengo varias cosas que cerrar antes de planificar viajes.

—No te preocupes, Bren, de repente me voy sola de nuevo. Hace tiempo que quiero conocer Salvador de Bahía. Unos días en Brasil me podrían caer muy bien.

—Yo estuve allá hace un par de años. Aproveché un viaje de la oficina y me pasé un fin de semana adicional.

—¿Ves que sí tenías sorpresas? No sabía que te gustaba viajar.

—Cada vez que puedo, me escapo. Generalmente me quedo el fin de semana cuando viajo a algún lado por negocios. En un par de meses me toca ir a Buenos Aires. Vamos a ver si Brenda se apunta y me da el alcance el fin de semana.

—¡Esa sí que es una sorpresa! Vamos a ver cómo estamos de aquí a dos meses.

—Amor, hay tiempo; ya lo vamos viendo.

—Ya no sé si irme a Salvador o a Buenos Aires. Veremos. Primero tengo que acabar con este proyecto que me tiene loca, después ya veré. La próxima semana comenzamos con la construcción.

—Pedro, ahora sí te acepto uno de tus roncitos. Ya me quedé sin chela.

—Dale, Nico, te paso uno. ¿A quién más le falta? Aquí me queda todavía uno sin dueño.

—Creo que todos tenemos, Pedro, pero feliz te acepto otro.

—¡Esa es mi Sofi! Ahí te lo paso. Creo que voy preparando otra ronda.

—¡Pedro! Quien nos quiere emborrachar ahora eres tú. Julio va a llegar y nos va a encontrar en el suelo.

—¡Sería perfecto, Bren! ¡Así va a ver que no hemos cambiado nada! Debe de haber fotos de algunas de esas juergas en los álbumes.

—Seguro está todo documentado. Busquen a ver si hay fotos de la fiesta que hizo Sofi por su cumpleaños hace… ¿tres años? Sí, y fue aquí mismo. Quiero ver fotos, porque de la fiesta no recuerdo mucho. ¡Borré todo!

—Fue un juergón. Ya las busco. Creo que están en este otro álbum.

No puedo creer que estoy por acabar con los cambios. Después tendré que supervisar la construcción, pero eso ya es otro tema. Esta parte de la planificación es la que más me cuesta. La construcción, en cambio, la manejo más fácil. Creo que hacer las cosas es más fácil que planificarlas. ¿Cómo hubiera sido mi vida si no hubiera descubierto esa dichosa cajita en el escritorio de Alonso? ¿Estaría diseñando tiendas de todas formas? ¿Hubiera llegado a poner mi estudio de arquitectura? Quién sabe. Lo único de lo que estoy segura es que el desengaño hubiera llegado tarde o temprano. *Marcar ubicación de imágenes de marca*. Sí, esto falta. No sé si debería ser parte del trabajo de diseño, pero la podemos marcar. Detrás de las cajas se necesita un gráfico grande. Pensar que podría estar planificando la remodelación de una casona antigua en lugar de una tienda de ropa… Aunque ahora hay casonas antiguas que se están volviendo tiendas de ropa. Talvez al final hubiera sido lo mismo. Creo que en estas paredes también pueden ir gráficos, todos mirando hacia el centro de la tienda. Queda perfecto. Pronto acabo. Quiero salir de esta oficina. Ese sancochado me está esperando.

Se ven lindos mis figurines. Le dan vida a esta oficina tan gris. Nunca me he preocupado de decorarla. Siempre la he visto como un lugar temporal, de paso. Pero ya llevo aquí casi tres años. Tres años desde que me quedé sin ilusiones. Me sigo engañando. Tengo que aceptar que el golpe me ayudó a madurar, aunque no sé si maduré realmente. Creo que al menos me enseñó a vivir en el presente y no de ilusiones futuras. O quizá solo me enseñó a tener miedo de ilusionarme. De repente hubiera sido mejor desengañarme de Alonso a nuestro regreso en Lima, con mi estudio armado.

Talvez me hubieran servido unos años más de ilusión, disfrutar de Italia y caer en la realidad de las cosas después, cuando estuviera más asentada. Hasta podría haber tenido hijos con Alonso, y sin enterarme de nada. Hijos. Ya volé mal. No estoy avanzando nada por pensar en huevadas. Pasó y punto. Estoy aquí, haciendo los últimos ajustes de diseño para una tienda que debe abrir en poco más de un mes. No debo distraerme con tonterías. Otra vez me olvidé de grabar todos los cambios en la compu y solo me faltaría eso: tener que comenzar de nuevo con esta lista, porque se borró todo. Otra vez esa ansiedad. A ratos siento que tengo todo bajo control y, de pronto, que me hundo. Hasta el hambre se me va. Hijos…

—¡Pedro, bájate de la mesa! ¡Te vas a caer!

—No, Bren, ¡súbete también tú! Ya me hicieron recordar esa fiesta de Sofi. Así acabamos todos, bailando sobre la mesa. ¿Es la misma mesa, Sofi?

—Cuidado, Pedro, que pisas los sánguches. ¡Cuánta emoción! Sí, es la misma mesa. Por ahí, todavía debe de estar la quiñada que se hizo cuando se le cayó la hielera a Julio por treparse a bailar usándola como tambor. Un desastre.

—Eso pasa por no dejarnos espacio para bailar, pues, Sofi. Si algún día te mudas sola, piensa en todos y déjanos un espacio para expresarnos. Aquí solo nos queda subirnos a la mesa.

—Ya, Pedro. Eso va a ser lo más importante cuando me mude: dejarte un espacio para que puedas bailar. A ver si te mudas tú primero, mejor.

—También viene, Sofi, también viene. Espero mudarme pronto.

—La música está para ponerse a bailar de todas maneras. ¿Son tus cedés, Sofi?

—Sí, Nico, son de ella. Me costó encontrar música decente ahí, pero la mezcladora hace lo suyo. Trépate, Nico, vamos a hacerles un *show* a las chicas.

—De repente después del siguiente ron, recién estoy calentando. Aparte, no creo que sea bueno para un *show* de baile.

—Nico, borrachos, todos somos bailarines de campeonato. Ya, me bajo, pero después de una ronda más me subo de nuevo.

—Aquí encontré las fotos. Estamos igualitos, ah.

—A ver, Sofi. Esta foto lo cuenta todo: están todos trepados en la mesa.

—¿Ves, Nico? Solo nos falta ron, porque las ganas de juerga están.

—Ya, Pedro, tranquilo. Si acabamos bailando, acabamos bailando. No nos presiones.

—Sofi, ya te estás molestando conmigo de nuevo.

—Pedro, ya cállate con esa cantaleta, mejor tráenos más rones.

—Sí que estás sensible hoy, Sofi. ¿Tan estresada te tiene la chamba? ¿Cuándo dices que comienza la construcción?

—La próxima semana tengo que supervisar la compra de materiales y ya la siguiente debemos estar armando todo. Pero no es eso, Bren, sino que se me junta todo. Olvídalo. Pedro, ¿necesitas ayuda?

—Tranquila, Sofi, yo me encargo. Ahí voy con todo. ¡Salud, chicos! Aquí tienen. Dejo estos dos y voy por los que faltan. Nico, ya te vi, deja ese ron; las chicas primero. Ya te traigo el tuyo.

—Solo se lo estoy pasando a Brenda. Toma, amor, yo espero el siguiente. Si no, Pedro me grita.

—¡Listos! Un salud con todos. ¡Por que siempre tengamos motivos de juerga! Mirándose a los ojos todos. Eso. ¡Salud!

—¡Salud, Pedro! ¡Salud, Sofi! ¡Salud, amor! Mirándome a los ojos, que ya sabes el castigo.

—Ya, Nico, como si te estuviera ignorando. ¡Salud!

—¿Creen que cuando tengamos hijos les vamos a contar de las borracheras que nos metíamos?

—Qué ideas, Pedro. ¿Por qué estás tan obsesionado con los hijos hoy? Ahora sí estoy lista para treparme a la mesa para bailar. ¿Quién más se anima?

Dos más. Solo dos puntos más. Quiero acabar con esto para dejárselo en su oficina a mi jefa antes de irme a almorzar, y así dedico la tarde a revisar lo que se necesita para empezar la obra. Pero estoy segura de que esta ansiedad, o lo que sea que tenga, no se me va a ir. Espero que, para el viernes se me haya ido: que recibir los resultados de mis exámenes el viernes se lleve esta sensación de incertidumbre y pueda disfrutar de la reunión en mi casa. No quiero que me vean estresada, huraña ni nada de eso. Quiero que vean a la Sofía con quien siempre se iban de rumba cuando Julio todavía estaba en Lima. Yo misma quiero ver a esa Sofía de nuevo. Ya me puse a dibujar otra vez. Me pongo a divagar y mis manos se lanzan a dibujar. Ya falta poco para acabar, no más distracciones. Sigamos. *Aire condicionado*. Así, sin comentar nada más. Estos últimos apuntes parece que los hicieron sin ganas, con las mismas pocas ganas que tengo yo ahora de leerlos. Qué ganas, en cambio, de seguir dibujando, pensando en nada, relajada. Pero no se puede. A meterle fuerza, que falta poco. Obvio que el local tiene aire acondicionado, pero lo ponen ellos después. ¿Querrán que también lo pongamos nosotros? No, en eso no me voy a meter: después falla algo y nos están llamando a nosotros. Les aclaro que no es parte del proyecto y listo. Solo falta que mi jefa quiera que igual lo vea. A esta hora ya debe estar abierto el restaurante. No sé si me conviene llamar y reservar sitio. Los miércoles de sancochado se llena temprano. Pero si no hay sitio, me voy a otro lado. Al regreso tengo que hablar con mi jefa. Sí, en lugar de dejarle todo, mejor me junto con ella para chequear los puntos que debió filtrar. Que haga su chamba también ella.

Ya vi que el jueves por la noche no voy a dormir nada. Me voy a quedar en la cama dando vueltas, pensando lo peor. Por gusto, estoy segura de que no es nada. Último punto: *Trámites municipales*. Tampoco hay explicación. No puedo creer que también quieran que les veamos los permisos con la municipalidad. Son capaces. Otra vez siento náuseas. Otra vez este mareo extraño. Que ya sea viernes y que no tenga nada. Es que, con lo que me dijo el doctor en la cita, me puso más nerviosa. Más hablaba para calmarme, más me preocupaba. «No hay mayor riesgo, pero es solo para estar tranquilos», me dijo. «Por tu

edad, no debe de ser nada, pero hay que estar seguros de que no vaya a ser una endometriosis». Esos *peros*, y también esa palabra tan complicada, me preocupaban más. Tengo que hablar con mi jefa de todas maneras. Hablar de este proyecto y hablar sobre cómo trabajar mejor con los clientes; no quiero terminar haciendo trámites municipales. «El riesgo mayor es no hacer nada», me insistía. «Lo peor que puede pasar es que necesites una operación menor. Entras y sales el mismo día, pero necesitamos los resultados de los exámenes para tomar la mejor decisión». Tantos *peros*. Les voy a anotar que podemos recomendarles un tramitador para que los ayude. Que quede claro que lo tienen que ver ellos. El doctor seguía, y yo ya no quería saber más. «Si no hacemos nada, puedes tener problemas para quedar embarazada. No queremos eso, ¿no?». Hablaba como si todo le pasara a él y no a mí. Asumía lo que yo quiero hacer. Igual que mi jefa, que asume que estoy feliz con toda la chamba que me pasa. ¿Qué idea podría tener el doctor de si quiero o no quiero tener hijos? La realidad es que no sé. Tengo otras cosas que pensar primero. ¿Y qué idea puede tener mi jefa de si estoy feliz con la entrevista de la radio que me pasó o con los proyectos que me encarga? Yo tampoco sé lo que quiero o no quiero hacer. ¿Por qué me tienen que obligar a pensar en cosas en las que no quiero pensar todavía? No es culpa del doctor tampoco; estoy haciéndome un mundo por algo que no es tan grave. Me estoy cargando sola a pesar de todas las explicaciones que me dio. Me estoy engañando de nuevo. No importan tanto los resultados del viernes, no importa si puedo o si quiero tener hijos o no; no importa si acabo o no acabo este proyecto. Nada de eso me va a quitar esta ansiedad.

—¡Eso, Sofi! Esa es la Sofía que quería ver. Ya me estás dando ganas de treparme a bailar también.

—Vente, Bren, a ver si nos inventamos un pasito nuevo.

—Ya me hiciste recordar de cuando nos inventábamos pasos en las discotecas y la gente nos seguía, pensando que era la coreografía de la canción.

—Dale, a ver cómo sale. Eso. ¡Cuidado que te caes!

—Chicas, háganme sitio. ¿Cómo es? Estos aeróbicos no los hacía hace tiempo. ¡Nico! Vamos, ven baila con nosotros. Aquí no hay vergüenzas.

—Ya voy. Termino este ron y se me acaban las vergüenzas.

—Sofi, ¿te parece si mejor acomodamos los sánguches en una de las sillas? También podríamos quitar la mesa. ¿Me ayudas, Nico?

—Dale, Pedro. Tú dinos, Sofi, ¿movemos la mesa o solo los sánguches?

—No sé. No quiero decidir nada ahora. Hagan lo que quieran.

Planos cambiados en la compu. Comentarios añadidos en cada punto. Todo grabado. Listo para imprimir. Qué hambre. Cómo demora esta impresora. Paciencia, que estos fastidios no se me van a ir. Lo que sea que me moleste, no estoy lista para enfrentarlo. Eso es lo que pasa. No quiero planes, pero tampoco quiero que me impongan nada. Mejor le dejo una nota a mi jefa en su escritorio; no se vaya a ir y tengo que mostrarle esto. Ahí aprovecho para pedirle el viernes libre. Total, mañana queda el plan listo. Poco a poco encontraré mi camino. Y siento que el viernes voy a comenzar a encontrarlo.

Entrevista candente

—Buenos días, estimados oyentes de Radio Principal, la radio que los escucha, y bienvenidos nuevamente a otro programa especial por el aniversario de nuestra ciudad. Con ustedes, Manuel Santibáñez, junto con Jorge Ramírez, desde la cabina, continuamos hoy con el segmento «Lima al 2000», esta vez para hablar sobre la planificación del desarrollo urbano.

—Así es, Jorge, nuestra ciudad está creciendo a un ritmo acelerado. Nuevos edificios, nuevos parques, nuevos centros comerciales. Uno de los retos de nuestra ciudad es planificar adecuadamente el crecimiento. Nuestras autoridades tienen un plan de desarrollo urbano para Lima. Queda preguntarnos si los limeños se están adecuando a ese plan.

—No lo sé, Manuel. Para mí la pregunta es si la ciudad está considerando las preferencias y necesidades de los limeños en sus planes. ¿Qué hacemos con la Costa Verde? ¿Qué hacemos con los valles agrícolas que están siendo urbanizados?

—Pues, Jorge, como ya te he dicho, necesitamos recomendaciones y no preguntas tan generales. Hoy vamos a discutir estos temas con nuestros oyentes y, más adelante, tendremos entrevistas en vivo directamente desde los puntos de la ciudad con mayor cantidad de proyectos. Además, hacia el final del programa, hablaremos con Sofía Delgado, que trabaja en una de las firmas de arquitectura más importantes del país y que ha estado involucrada en varios de estos nuevos proyectos urbanos, para darnos una visión amplia sobre la planificación de este desarrollo.

—Bueno, Manuel. Queridos oyentes, ya tenemos las líneas abiertas para recibir sus llamadas.

Sofía en la radio. Qué semanita para extraña. Ayer Brenda y hoy, Sofía. Nunca hubiera pensado que un día escucharía a Sofía en una entrevista por la radio, tan metida siempre en su mundito ideal. Tengo

que colocar con urgencia nuevas órdenes de compra de juguetes. Acaban de llegar el lunes y hoy ya tenemos pedidos nuevos. Carajo, ya vi que no voy a poder concentrarme hoy en la chamba; eso me pasa siempre con Sofía. Como la otra vez que me la encontré en el supermercado. Me quedé hecho un huevón y no atinaba a nada. Encima estaba con Chichi, que no entendía nada. «¿Quién era?», me preguntó después. «Una amiga de la universidad», le dije. Debo concentrarme. Tengo que colocar esa orden en el sistema antes de las diez para que la procesen esta misma semana. Cómo me cagó Sofía.

—Nos comunican de Producción que tenemos una primera llamada. Buenos días, dinos tu nombre y de dónde nos llamas.

—Buenos días, Manuel, ¡segunda vez que entra mi llamada esta semana! Lo saluda nuevamente Flor Peña, ahora sí, llamando desde mi oficina. Llamé el lunes desde mi casa, porque estaba malita. Mis amigas quedaron felices por los saludos. Aquí están todas, oyendo conmigo la radio. Seguro su programa del lunes sirvió para mejorar el tráfico de la ciudad. ¿Qué hicieron en concreto al respecto, Manuel?

—Buenos días, Flor. Gracias por llamar nuevamente y qué bueno que ya te encuentres mejor de salud. Le agradeceré, Flor, que nos enfoquemos en nuestro tema de hoy: ¿qué opinas sobre cómo está creciendo la ciudad?

—Depende de dónde uno esté, Manuel. Hay lugares que ya no reconozco porque ahora están repletos de edificios, pero hay otras zonas donde todo sigue igual. Aquí por mi trabajo no se ve mucha diferencia.

—Excelente tu comentario, Flor. Gracias por llamarnos. Es un aspecto que toca comentar también, la desigualdad en el desarrollo, con zonas que crecen y zonas que se quedan.

—Así es, Jorge. Hay personas que buscan superarse y colaboran con el desarrollo de sus barrios, y otras a las que, lamentablemente, no les interesa y prefieren seguir como siempre. Interesante punto por considerar.

—Creo, Manuel, que va más allá de una decisión personal, pero dejemos esta discusión pendiente, ya que tenemos otra llamada. Buenos días, ¿con quién tengo el gusto?

—Buenas tardes, Jorge. Buenas tardes, Manuel. Mi nombre es Juan Cáceres y soy vecino de aquí, de Los Olivos, de hace años. Como comentan, se han visto muchos cambios en los últimos años: más construcciones, más viviendas, más comercios. ¿Pero saben lo que no ha crecido? El orden. Todo es cada vez más caótico, como el tráfico. Sería bueno que pudieran ayudar a hacer algo por el tráfico. Porque nos hacen comentar a los oyentes, pero no ayudan a resolver nada…

—Entiendo, Juan, gracias por tu llamada. Jorge, creo que nos toca

pasar a comerciales.

—Sí, y lo hacemos en un momento. Creo, como dijo Juan, que uno de los problemas de Lima es cómo ordenar este crecimiento y hacerlo beneficioso para todos. Completamente de acuerdo con que nos falta más planificación para una ciudad más inclusiva. Manuel, ahora sí nos vamos a comerciales. Volvemos en unos minutos.

Van tres veces que intento colocar el pedido y, cada vez que reviso, encuentro errores. O me falta un número o lo pongo mal. Basta, no me puedo dejar afectar así. La verdad es que la cagué con Sofía, pero tampoco era para que me dejara así. ¿Qué tiene de malo guardar las tarjetas de agradecimiento que me envían mis clientas? No tengo la culpa de que todas sean mujeres. Carajo, otra vez me equivoqué. Me confundí de línea y puse las cantidades que no eran. A concentrarme. No sé por qué Sofía pensaba que me las había tirado a todas. Se armó una historia en la cabeza y no hubo cómo sacársela. Pensaba que usaba mi oficina de bulín. No era así tampoco.

—Para continuar con nuestra programación, estamos ahora a la espera de noticias por parte de nuestra reportera, Yuridia Ramos, que estará entrevistando en las zonas con más proyectos de construcción de la ciudad para escuchar la opinión de los ciudadanos sobre cómo está creciendo Lima. Me avisan de Producción que ya estamos conectados. Adelante, Yuridia, te escuchamos.

—Gracias, Manuel, buenos días. Efectivamente, estoy en estos momentos en la entrada del centro comercial más moderno del país, intentando entrevistar a algunos de sus clientes para que nos comenten sobre este tema. Buenos días, señor, lo saluda Yuridia Ramos, en vivo para Radio Principal.

—Buenos días, no tengo tiempo ahora, lamentablemente. Me están esperando. En otra oportunidad, encantado.

—Gracias, no se preocupe. Buenos días, señorita, la saluda Yuridia Ramos, en vivo para Radio Principal.

—Estoy apurada, señorita, lo siento.

—Bueno, Manuel, Jorge, como escuchan, hay mucho movimiento por aquí, mucha gente yendo y viniendo, sin tiempo para responder preguntas a esta hora.

—Increíble cómo tenemos a personas que no se preocupan por participar, con su opinión, en temas tan importantes como el desarrollo de nuestra ciudad. Como se dice, lo urgente deja de lado lo importante.

—Manuel, no seamos tan duros. Es una mañana agitada, los estamos interrumpiendo en mal momento. Yuridia, gracias por tu reporte, sabemos que pones tu mejor esfuerzo y todos los oyentes te lo agradecen. Talvez podrías plantearles unas preguntas directas a los

transeúntes para saber con qué frecuencia visitan este nuevo centro comercial. Es importante entender en qué medida se ha convertido en parte de la vida diaria de las personas este lugar.

—De acuerdo, Jorge, insistiremos averiguando cuántas veces a la semana vienen a este centro comercial. Aquí llega alguien. Buenos días, señorita, para Radio Principal, por favor, coméntenos si visita con frecuencia este centro comercial.

—Buenos días, vengo todos los días al supermercado que está aquí. Hoy quiero hacer un arroz con pollo y he visto que justo hay ofertas. Disculpe el apuro.

—Muchas gracias por contestar. Buenos días, señor, para Radio Principal, ¿con qué frecuencia visita este centro comercial?

—Vengo todos los días; trabajo aquí. Y disculpe, que voy tarde.

—Muchas gracias por sus comentarios. Manuel, Jorge, hora de mucho movimiento, todos están apurados. Déjenme intentar una vez más. Buenos días, señora, para Radio Principal, ¿podría comentarnos con qué frecuencia visita este centro comercial?

—Buenos días, por supuesto. Siempre escucho Radio Principal. He venido a pasear, a mirar tiendas. Vengo una vez a la semana, a relajarme, a pasar el rato.

—¿Qué es lo que más le gusta de venir aquí?

—Me gustan todas las opciones que tiene. Vivo en La Victoria, y no es tan lejos, pero por mi casa no hay ningún centro comercial igual a este.

—¿A qué se refiere? ¿Qué la motiva a venir aquí y no ir a las tiendas que tiene más cerca?

—Uy, señorita, tantas cosas que no tenemos. Gamarra ha crecido un montón; ojalá se ordene nomás. Sería bueno tener más supermercados, por ejemplo. Es verdad que se habla mucho de que el país crece, que Lima se desarrolla, pero aparte de Gamarra, yo la verdad no veo mucho crecimiento en La Victoria. No como aquí.

—Gracias, muchas gracias de corazón por sus comentarios. Manuel, Jorge, creo que nos hemos quedado cortos de tiempo, me piden ya trasladarme a una nueva ubicación. Los dejo por unos minutos y me comunico nuevamente.

—Gracias por tus aportes, Yuridia. Quedamos pendientes de tu próxima comunicación. Mientras, vamos a abrir nuestras líneas para escuchar más comentarios de nuestros oyentes. Esperamos sus llamadas después de un breve corte.

¿Cómo no le van a hacer caso a Yuridia cuando los entrevista? Increíble. Pero ni escuchar a Yuridia me ayuda ahora, ni imaginándome que me entrevista a mí. Hoy no estoy para juegos. Tengo que aceptar que Sofía me sigue afectando, por cómo me dejó,

por lo injusto que fue eso. No me lo merecía. ¿Qué tiene de malo que tenga fantasías con Yuridia, por ejemplo? A mi Chichi no creo que le moleste, mientras nunca pase nada, claro. Obvio que nunca va a pasar nada. Era igual con todas las que me enviaban esas notas de agradecimiento. Había varias con las que me hubiera encantado tener algo, pero eran puras fantasías. Carajo, se colgó el sistema. Cuando finalmente consigo completar el pedido, se cae el sistema. Estoy de malas. Bueno, habrán sido máximo dos con las que en verdad tuve algo. Okay, tres.

—Manuel, hemos visto que hay mucho movimiento en el nuevo centro comercial. Se ve el impacto en la ciudad y cómo gente de diferentes distritos lo aprovecha, pero eso, al mismo tiempo, nos indica la ausencia de un desarrollo mejor distribuido por toda la ciudad.

—No sé qué decirte, Jorge. Me parecen caprichos. La ciudad está creciendo y hay zonas que se prestan más que otras para crecer. No hay nadie decidiendo dónde crecer o dónde no, y tampoco debe haberlo.

—Al contrario, Manuel, creo que sí debería verse estratégicamente dónde se debe crecer y dónde no, y también cómo. Me avisan de Producción que tenemos una nueva llamada. Buenos días, dinos tu nombre y de dónde nos llamas.

—Hola, Manuel. Hola, Jorge. Estaba escuchando el programa y me pareció interesantísimo el tema. Perdón, ¡me olvidé! Mi nombre es Rosario Suárez y llamo de Jesús María. No me había dado cuenta hasta oírlos de lo desordenada que ha crecido Lima y de todo lo que falta por hacer. Aquí, por mi barrio, no se ven muchos desarrollos nuevos. Bueno, hay algunos nuevos edificios, pero ahí queda. Ni siquiera reparan las pistas. Me ha desilusionado el programa de hoy. Sentía que el país crecía, pero creo que lo que crece es el caos. Creo que este programa solo sirve para desilusionar. No creo que contribuya a arreglar nada.

—Gracias por tus comentarios, Rosario. Tenemos que entender nuestros problemas para resolverlos. El objetivo no es desilusionar, sino más bien entender cómo avanzamos. Y desde Radio Principal, queremos ayudar a que nuestra ciudad avance. Con Manuel, buscamos brindar ideas que ayuden a llevar a nuestra ciudad hacia adelante. Estoy seguro de que, en este tema, Manuel tiene una opinión similar.

—Por supuesto que sí, queremos que personas como tú, preocupadas por su ciudad, puedan entender mejor cómo enfrentar los retos que nos quedan por resolver; para que personas como tú puedan poner de su parte para que nuestra ciudad continúe desarrollándose.

—Gracias, nuevamente, por tu llamada, Rosario. Compartimos tus

sentimientos y, desde aquí tienes nuestro compromiso de seguir dando a conocer los problemas de nuestra ciudad y de nuestro país, para poder resolverlos. Somos Radio Principal, la radio que los escucha. Me avisan que tenemos otra llamada entrante. Buenos días, dinos tu nombre y de dónde nos llamas.

—Buenos días, Jorge. Qué bueno que entró mi llamada. Estoy intentando llamar desde el lunes y no lograba comunicarme. Soy Juan del Carpio y llamo desde Surco. Tengo mucho que comentar: he estado siguiendo estos programas especiales desde el primer día, y cada vez me ha puesto de peor humor escucharlos.

—Buenos días, Juan. Gracias por comunicarte con nosotros. Cuéntanos, ¿qué es lo que te ha puesto de mal humor? ¿Las opiniones de nuestros oyentes? Es verdad que algunos comentarios sugieren que hay gente que no quiere colaborar con mejorar el país, pero tampoco es para ponerse de mal humor…

—No, Manuel, no estoy de acuerdo contigo. Tengo todo el derecho de ponerme de mal humor y de tener mi propia reacción frente al programa. Me parece desatinada la manera como responden a los oyentes. No pareciera que los escuchen como tanto prometen.

—Por supuesto que los escuchamos, Juan, como te estamos escuchando ahora. Gracias por tu llamada. Pasamos ahora a una breve pausa comercial y continuamos con una entrevista telefónica a Sofía Delgado, que ya nos está esperando en línea para contarnos sobre su experiencia en proyectos de desarrollo inmobiliario en nuestra ciudad.

—Manuel, creo que nos queda pendiente responder a los comentarios de Juan. Lo haremos después de la pausa.

—Jorge, hay comentarios que no merecen respuesta. Volvemos en unos minutos.

Sí, tiré con tres de ellas. Y fue acá, en mi oficina. Pero no significó nada para mí. Era eso: tirar. ¿Acaso tenía planeado irme a estudiar fuera con alguna de las tres? ¿Acaso hacíamos planes sobre qué departamento comprar o cuántos hijos tener? Nada. Solo era sexo. Sofía no me entendía. Y sigue sin entenderme. Canceló todos nuestros planes, esos planes que yo no tenía con nadie más que con ella, y que no quería hacer con nadie más. Dicho sea de paso, eran planes de los que ni siquiera estaba convencido. Lo único de lo que estaba convencido era de que cualquier plan quería hacerlo con Sofía. Me cagó.

—Buenos días, nuevamente, queridos oyentes de Radio Principal, la radio que los escucha. Aquí, Manuel Santibáñez, junto con Jorge Ramírez, continuamos con una entrevista que nos permitirá entender mejor cómo se planifican estos nuevos desarrollos inmobiliarios que

vemos por toda Lima. Buenos días, Sofía. Gracias por conectarte con nosotros.

—Gracias, Manuel, y gracias, Jorge, por invitarnos a su programa. No escucho mucho la radio, pero hoy he estado sintonizando el programa desde el inicio y he podido oír los comentarios de las personas que han llamado. Interesantes también las entrevistas de Yuridia.

—Estupendo, Sofía, qué bueno que nos has estado escuchando. Como debes haber oído, hay un gran interés de parte del público sobre cómo se planifican y llevan a cabo estos nuevos proyectos. ¿Tendrás alguna anécdota que nos puedas contar sobre el tema? ¿Y en qué proyecto estás trabajando ahora?

—Lo que les puedo contar es que yo me involucro en los detalles de ejecución, no en la definición de cada proyecto. Trabajo en darle forma al producto final, a cómo van a ser las tiendas, oficinas o departamentos que son parte de un proyecto, para hacer que sean fáciles de habitar, de usar. A mí me llegan los proyectos ya definidos.

—¿Qué crees que deberían conocer nuestros oyentes sobre cómo se manejan estos proyectos? ¿Cómo es el proceso?

—Creo, Manuel, que es importante que sepan que hay mucho trabajo y de muchas personas en definir cada detalle de los proyectos, para que satisfagan lo mejor posible las necesidades de los futuros clientes.

—Excelente, Sofía, excelente explicación. Es bueno informar sobre esto a nuestros oyentes. Ya los has oído hoy, tienen muchas inquietudes.

—Así es, Manuel, muchas inquietudes, pero me quedó la impresión de que sus oyentes no reciben las respuestas que necesitan, como que sus inquietudes se mantienen, no los ayudan en realidad con sus problemas.

—Aquí, en Radio Principal, nos preocupamos por escuchar a nuestros oyentes, nuestras líneas siempre están abiertas para ellos.

—Pero parece que no estuvieran abiertas para responderles. Es muy fácil decir que escuchan si después no hacen nada para resolver sus inquietudes. Yo me sentiría frustrada si hubiera esperado un montón para comunicarme y después quedarme sin respuestas. ¿Tú que opinas, Jorge?

—Creo que nos estamos saliendo un poco del tema, pero sí tengo que rescatar que en la radio ponemos nuestro mayor esfuerzo para estar del lado de nuestros oyentes, y les pedimos disculpas si alguna respuesta queda pendiente. En relación con ese punto, ¿qué les puedes decir a quienes piensan que el crecimiento de la ciudad es caótico?

—Yo diría que hay diferentes niveles de planificación. Los proyectos en los que he participado no han sido nada caóticos; toda la

ejecución ha estado planificada al detalle. Dónde se hacen los proyectos y quién los autoriza es otra historia. Y en ese aspecto creo que sí nos falta una mejor planificación a nivel ciudad.

—Me parece que es un asunto de percepciones. No podemos culpar a las autoridades por el explosivo crecimiento de la ciudad. Y es natural que algunos temas se puedan escapar. Nuestras autoridades hacen todo lo posible por mantener un orden, pero hay muchas personas que no respetan nada. Ese es el problema.

—Manuel, pareciera que estás insinuando que son empresas como en la que yo trabajo las responsables del caos. ¿Es esa la posición de la radio? Llamar «percepciones» al evidente desorden en la ciudad me parece…

—Gracias por tu participación, Sofía. Abrimos nuevamente las líneas a nuestros oyentes.

—Manuel, ¿me vas a colgar sin responderme? ¿Vas a abrir las líneas a los oyentes para tampoco responderles? Me parece muy mal que nos inviten a colaborar con un programa y después se insinúe que no hacemos un buen trabajo sin dar motivo alguno.

—Lamentablemente estamos cortos de tiempo y tenemos que terminar esta llamada. Pasamos a unos breves avisos y regresamos para responder sus llamadas.

Qué cagona es Sofía. Lo cagó a Manuel como me cagó a mí. Bueno, no exactamente igual, pero es la misma idea. Todo lo toma demasiado en serio. Creo que está más cuadriculada que nunca. Si no encajas en su manera de ver las cosas, ya no quiere saber nada contigo. Mi Chichi no es así: sabe que la quiero, ella no me dejaría por un asunto tonto. Con ella sí puedo ser transparente, no tengo que ocultar nada. Estoy seguro de que si le contara de Sofía, se pondría de mi lado. Ella sí me entiende. Colocado el pedido, justo a tiempo. En buena hora me dejó Sofía, ahora que lo pienso. No hubiéramos durado juntos, no necesitaba esa vida que me armaba, no necesitaba esa maestría. Estoy bien con mi Chichi. Con ella sí me voy a largar de este país. Aquí solo tengo malos recuerdos.

—Buenos días nuevamente, estimados oyentes. Aquí, Manuel Santibáñez, junto con Jorge Ramírez, continuamos con nuestra programación de hoy, abriendo nuevamente nuestras líneas para sus comentarios y consultas.

—Agradecemos todas sus llamadas y comentarios y estamos listos para escucharlos y resolver sus inquietudes aquí, en Radio Principal, la radio que los escucha.

—Jorge, me comunican de Producción que ya tenemos otra llamada. ¿Todavía? Bueno. Queridos oyentes, esperamos sus llamadas

entonces.

—Mientras, queremos agradecerles nuevamente por ser parte de la gran familia de Radio Principal y recordarles que este sábado estaremos transmitiendo en vivo las celebraciones por el aniversario de nuestra ciudad, directamente desde la Plaza de Armas. ¿Tenemos ya alguna llamada?

—No, Jorge. No entiendo; un tema de tanto impacto. ¿Qué pasa con nuestros oyentes? ¿No hay interés por comentar sobre los retos de nuestra ciudad? ¿Ese es el nivel de ciudadanía que tenemos? Indignante. De no creerse. No hay respeto por el trabajo periodístico que venimos realizando. No es posible que…

—Disculpa la interrupción, Manuel. Me comunican de Producción que tenemos que interrumpir nuestro programa para realizar una transmisión en vivo desde la Plaza de Armas, para comentar sobre los preparativos para las celebraciones de este sábado. Damos pase a nuestros reporteros y nos despedimos de ustedes hasta mañana.

Nicolás no quiere esperar

No me puedo molestar porque ya sabía que esto iba a pasar. No sirvió de nada llamar temprano para reconfirmar la hora de la reunión. Cuando llegué, de todos modos me pidieron que esperara, que estaban acabando otra reunión. Siempre es así. Y ya van quince minutos. ¡Para allá no! Otra vez fallé. Se me fue contra el borde. Por ponerme de mal humor, me distraje. Creo que tengo dedos muy grandes para este celular. Y nunca he sido bueno para estos juegos. Lo peor es que, por más que ya sé que estas demoras ocurren siempre, nunca vengo preparado. Podría haber traído la novela que estoy leyendo para distraerme mientras espero. Por lo menos avanzaba un par de capítulos. Ahora solo tengo el celular para entretenerme. A ver si paso al siguiente nivel. Carajo, otra vez se me fue de largo. Ya perdí. Realmente no soy bueno para estos juegos. Si supieran en la oficina que el celular lo uso sobre todo para jugar al gusanito que para llamar a los clientes, se reirían. Nico, el que tanto empujó para que compraran celulares para todo el equipo de ventas, lo usa más como Game Boy que como teléfono. Bueno, eso es cuando espero a los clientes. Con lo que odio esperar. ¿Dónde habrá quedado mi Atari? Hace tanto tiempo de esos juegos de cartuchos. El control del Atari era más fácil de usar que estos botones del celular. Al menos veo que no soy el único esperando. Dos, cuatro, cinco conmigo. Pero soy quien más rato ha estado aquí. Todos han llegado después que yo. Ahí llega otro. Tiene suerte de que todavía queden sillas. No, no tuvo que sentarse a esperar, pasó directo. A él sí lo estaban esperando. Es que así debería ser. ¿Por qué a mí nunca me pasa eso? Siempre soy quien espera.

Basta de juegos por un rato. ¿En qué estará Brenda? No la veo desde el domingo. Anda tan ocupada esta semana que casi no he podido hablar con ella. No quiere saber nada de nadie. La entiendo. Cuando estoy estresado, yo también me molesto si me distraen. Qué diferentes las actitudes de todos en esta salita. Uno se puede

entretener observando cómo espera la gente. ¿Qué tanto estará apuntando esa chica? Escribe y escribe en su cuaderno desde que llegó. Me preocupé cuando Brenda me contó lo del asalto. A pesar de que me dijo que no le pasó nada más allá del susto, la sentía diferente. No he querido preguntarle más, trato de darle su espacio. También estoy tratando de no llamarla tanto. Por más que me provoque hablar con ella y saber cómo está, me contengo. Ya he sido acusado antes de posesivo, de no dejar respirar, de ahogar. Eso fue lo que me dijo cuando rompió conmigo mi novia anterior. Por eso trato de no ser tan intenso con Brenda, no quiero que eso me vuelva a pasar. Le están avisando a la chica del cuaderno que ya puede entrar a su reunión y ella ni caso. Sigue ahí, concentrada, apuntando. Parece que quien no estaba lista era ella. Me cuesta no saber cómo le va a Brenda; si ya está más tranquila, si pudo arreglar su auto, si va avanzando bien con la chamba. Mejor le envío un mensaje. Ya pasó la del cuaderno. Ojalá que el siguiente sea yo. Qué complicado es mandar mensajes con el celular. A quién se le habrá ocurrido esto de presionar hasta tres veces cada tecla para poder poner una letra. Ni provoca corregir errores; como salga nomás. Listo, ya le conté que ando aburrido esperando una reunión. Talvez tiene tiempo para hablar ahora. Si me responde, la llamo. Por mientras, será gusanito de nuevo. Este juego es un reto constante: cada vez que paso de nivel, quiero seguir hasta el siguiente. Parece que, esta vez sí la hago; un par de movidas más y lo paso. Brenda no me contesta, debe de seguir ocupada. Carajo, ahora se me fue a otro lado. Perdí otra vez. No me voy rendir tan fácil. Vamos de nuevo.

—¿Me parece o están tocando la puerta? No escucho bien con la música tan alta. Pedro, párala un ratito, porfa.

—Ya, Sofi. Parece que sí, alguien toca. ¿Algún vecino quejándose? No estaba tan alto el volumen, ¿no?

—Qué roche. Mejor abre tú, Sofi.

—Ahí voy. ¿Hola? ¿Quién es?

—¡Sofi, hola! ¡Ábreme!

—¡Julio! ¡Pasa!

—¡Sofi! ¡Tanto tiempo! ¿En qué andan? Estuve abajo tocando como diez minutos y nadie contestaba. Por suerte entró uno de tus vecinos y me colé. ¡Qué gusto verlos!

—¡Ese Julio! ¡Vente por un abrazo! ¡Qué gusto verte!

—¡No has cambiado nada, Julio! Estás igualito.

—¿Creíste que me iba a comer todas las papas fritas, Bren? ¿O qué se me iba a terminar de caer el pelo? Dos años nomás, ¿qué tanto iba a cambiar? Tú debes ser Nicolás. ¡Hola! Un gusto conocerte.

—Igualmente, Julio. Qué pena que hayas esperado. Con la música

no escuchamos nada. Bienvenido.

—Ay, Nico, tan formal. Parece que no hubieras tomado nada todavía.

—Ay, Sofi, me olvidé de las chelas que iba a traer. Por salir apurado, las dejé en el depa.

—No te preocupes, Julio. Aquí Pedro está de barman hoy. Nos está embriagando a punta de ron.

—Ya veo que hasta la mesa la han vuelto pista de baile. Qué recuerdos.

—Así es, nadie nos quita lo bailado. Ya les traigo otra ronda de tragos a todos. Primero pongo música de nuevo.

¡Pasé de nivel! A seguir que estamos con viada. Pensar que si tuviera mi novela acá, de seguro la estaría terminando. Es lo que hay. A ver si consigo no perder hasta que me hagan pasar. ¡Me contestó Brenda! «Entrando a una reunión». Eso es todo lo que me dice. Al menos le va mejor con las reuniones que a mí. ¡Perdí de nuevo! Ahora sí, no más juegos, mejor guardo el celular. Me molestan esas respuestas cortas. Me hacen sentir que no me da importancia. Me preocupa que no se esté tomando las cosas tan en serio como yo. ¿Brenda habrá leído a Jane Austen? Debería prestarle *Orgullo y prejuicio* para ver si así me entiende mejor. ¿Cómo era? «Es universalmente aceptado que un hombre soltero, con buena fortuna, debe estar buscando esposa». Parece que me van a llamar, la chica de recepción está mirando para acá. No, miraba a alguien más. Otro que entra antes que yo. Tampoco es que yo sea tal cual un personaje de Jane Austen. No estoy desesperadamente buscando casarme, pero sí estoy listo para hacerlo. Es que con lo que me ha costado conseguir lo que tengo, finalmente me siento listo para formar una familia. Qué frío suena. Al final, creo que sí suena como el argumento casamentero de una novela de Jane Austen. Me desespera seguir aquí sentado, esperando, sin hacer nada productivo. Lo peor es que la reunión es para hablar sobre un *software* que los ayude a mejorar las eficiencias en manejo de tiempos. Y se ve que lo necesitan.

Me inquieta sentir a Brenda tan lejana. Solo espero que también esté buscando lo mismo que yo: alguien con quien poder formar una familia. Me estoy adelantando mal. Esta semana recién vamos a cumplir seis meses desde que comenzamos a salir y yo ya estoy pensando en matrimonio. Pero justo por eso quisiera saber desde ya qué planes tiene. ¿Dónde está mi celular? Ah, aquí, en mi bolsillo. Me estoy haciendo una novela de esta historia. No puedo controlarlo todo, menos a Brenda. No puedo forzarla en mi guion. Increíble lo que se demoran en hacernos pasar. Igual apuesto a que el siguiente no voy a ser yo. Lo que pasa es que después de cuatro años trabajando en la

empresa, finalmente siento que encontré algo que me gusta. Me siento cómodo y creo que se sienten cómodos conmigo. Mis ventas van creciendo; yo también estoy creciendo. Siento que es un capítulo de mi historia que se cierra y estoy listo para escribir el siguiente, uno nuevo, y quisiera escribirlo junto a Brenda. Gané la apuesta: no fui yo el siguiente en entrar. Pasó quien tenía la cara de estar más aburrido. ¿Será que eso ayuda? Quizá si pongo cara de aburrido, me ve la recepcionista, le da lástima e insiste para que pase. Ya estoy volando. Encima, hago apuestas estúpidas. Es que estas esperas no van conmigo.

No me ha sido fácil llegar a esta chamba. Esta es la cuarta empresa en la que he trabajado para finalmente sentirme cómodo. Tuve que renunciar a mi primer trabajo para apoyar en el taller de mi viejo, que al final quebró. Conseguí trabajo de nuevo, pero no le puse las ganas que debía y me despidieron. Fue duro. Creo que mejor ya no llamo a Brenda. Le escribo después de salir de la reunión, para ver si nos vemos más tarde. No creo que ella pueda, pero mejor le pregunto por si acaso. Fueron seis meses buscando chamba hasta que conseguí entrar en ventas de *software*. Y me gustó. Era una empresa pequeña, pero conseguí mucho, tanto así que me llamaron de una empresa más grande. Acepté y aquí estoy. Parece que estuviera escribiendo mi currículum. Creo que así es como me entiendo. ¿Estará bien que uno se identifique con su historial laboral? Es que siento que eso es lo que soy. No, no puede ser que solo me defina por mi chamba. Creo que por eso quiero tener una familia. No puedo ser solamente una lista de chambas. Mejor voy a insistir para que consulten si van a poder poder recibirme hoy o no. No quiero esperar por gusto.

—¡Julio! Todavía no puedo creer que ya estés de vuelta. Yo pensaba que no te volveríamos a ver por acá, que solo vendrías de visita.

—No, Brenda, pero todo tiene su momento. Estuvo bueno escaparme un par de años, pero la tierra llama. Los valses no mienten: todos vuelven.

—Ya comenzaste a filosofar mal. No todos vuelven, Julio. Mejor tómate este roncito para que te dejes de huevadas. Aquí traje para todos. Que cada uno agarre el suyo. Hay para todos; no se peleen.

—Gracias, Pedro. Está buenazo. No todos vuelven, es cierto, pero yo volví. Se dieron muchas cosas: chamba, nostalgia, cansancio. Las estrellas se alinearon.

—¿Verdad que te viniste caminando hasta acá? No sabía que eras de caminatas. ¿Qué otras nuevas costumbres has traído?

—Solo me dieron ganas de caminar un poco, Sofi. Recordé que era cerca y quise aprovechar para ver un rato Lima, de a pie. He estado

moviéndome en taxis, y no es lo mismo. No se llega a ver la ciudad. Qué buenos los sánguches. ¿Tú los hiciste?

—¡Julio! No. Yo no he cambiado tanto en dos años. Me encantaría decir que los hice, pero nadie acá me creería. Los trajo Bren, que tampoco los hizo.

—Es cierto, Sofi, a mí también me sorprendieron los sánguches. Yo venía preparado para comer papitas fritas. ¡Gracias, Bren, por la intervención!

—Cómo hablas, Pedro. ¡Nunca haría eso! Si los invito, los invito bien. Y sí, gracias, Bren, por encargarte. Esta semana se me complicó todo. Ya traigo más sanguchitos, que todavía quedan.

—Amor, ¿me pasas uno que ya Julio me antojó? Están buenazos en verdad. Entonces, Julio, ¿vienes directamente a chambear?

—Más o menos. Pedí unos días para organizarme, pero ya el lunes comienzo. Tengo que armar un área nueva, así que no tenían problema en darme la primera semana libre. Ya después sí voy a estar lleno de chamba.

—Como todos, Julio, como todos. Mientras uno haga lo que le gusta hacer, todo bien. ¿No, amor?

—Ya mucho de mí, yo también quiero saber de ustedes. ¿Cómo vas tú, Bren? ¿Sigues en el banco?

—Así es, Julio, ahí sigo. Llena de chamba también, como dice Nico. Justo les contaba ahora que estoy viendo la posibilidad de cambiarme de área. Ya mucho tiempo haciendo lo mismo. Hasta estaba pensando en buscar una maestría fuera. Ya me contarás si para ti valió la pena.

—¿Una maestría afuera, amor?

«Espere que ya le avisamos». Es todo lo que me dicen, sin hacer ninguna llamada para preguntar. Paciencia. Espero que por lo menos salga una buena venta. No quiero ni sacar el celular; después me pego jugando. Tranquilo. He superado suficientes retos como para alterarme por una simple demora. Calma. Esta venta la voy a cerrar. Sí he pasado épocas complicadas. Creo que una de las más difíciles fue cuando tuve que renunciar a mi primera chamba para apoyar a mi viejo. Ya no entra más gente en esta salita; al menos, no sentada. Se llenó por completo. Odiaba el taller de autos de mi viejo. Odiaba los autos. Era el taller que nos había sustentado toda la vida, el que pagó educación, comida y algún pequeño lujo, pero igual lo odiaba. No era lo que quería para mí. Otro que sacó un cuaderno para apuntar. No, está dibujando. Qué facilidad para el trazo tiene, qué envidia. Nunca he podido dibujar bien, mi creatividad va por otro lado, definitivamente. Mi viejo manejó bien el taller hasta que un día dejó de hacerlo. El trago le ganó. Nunca entendí bien qué pasó. Creo que fue ocurriendo de a pocos. Algo se quebró en él. Puedo especular, pero

nunca sabré qué fue. Ya me dio sed. Esa es otra cosa que debería llevar siempre en mi maletín: una botellita de agua. Un libro y mi botellita de agua. A mi viejo siempre le gustó tomar, disfrutaba sus cervezas, sobre todo viendo tele los domingos, pero no pasaba de eso. Poco a poco, el trago pasó a ser asunto de todos los días. Siempre había botellas vacías acumulándose junto al basurero. Llegó el momento en que ya no se podía levantar para ir a trabajar al taller. «No pasa nada», nos decía, «el taller se maneja solo». Debería aprovechar el tiempo para revisar mi presentación, por lo menos así me sentiría productivo. Tendría que sacar la computadora. Sería por gusto, está todo listo. No, el taller no se manejaba solo. Se quebró el orden. En el taller y en la casa comenzó a reinar el caos. Se me dio por leer a Tennessee Williams en esa época. Me impactó cómo todas sus obras están llenas de alcohol, de gente que se escapa de la realidad con el alcohol, como mi viejo, como alguna vez hice yo, pero no con el alcohol. Y ya no lo hago. Sentía que mi viejo se había convertido en Kowalski, el de *Un tranvía llamado Deseo*. Me sentía el hijo de Kowalski y de Stella, el hijo que, por suerte, nunca tuvieron.

Antes de eso, el taller siempre estaba lleno. Clientes no le faltaban. Y él se pasaba ahí el día entero. Saludaba personalmente a todos los que venían a dejar su auto. Se encargaba de que se fueran tranquilos y confiados. Nunca les fallaba. Está repleta esta salita. Increíble que ya haya gente esperando de pie. Me da pena esa señora que acaba de entrar. Tremenda bolsa que trae y, encima, no tiene dónde sentarse. Nadie se mueve. Debería dejarle mi sitio. Si no la hacen pasar rápido, me paro. Cuando mi viejo comenzó a descuidar el taller, no nos dimos cuenta. Cada vez llegaba más tarde a la casa y nosotros pensábamos que era por la chamba. Me enteré tarde la verdadera causa de sus demoras. Había un bar que quedaba a la vuelta del taller al que se iba antes de regresar a la casa. Creo que mejor me levanto y le doy mi sitio a esa señora. El problema es que ni mira para acá como para ofrecerle mi sitio con señas. Yo ya había acabado la universidad. Estaba en mi primera chamba. Un día que salí temprano fui a buscarlo al taller. No le avisé que iría, pensando en darle una sorpresa. El sorprendido fui yo cuando me dijeron que ya se había ido. Me pareció raro, porque siempre llegaba tarde a la casa, tan tarde que casi no lo veía. Insistí queriendo saber dónde estaba. Uno de los chicos se animó a responderme y me dijo que lo buscara en el bar. Que a veces iba para allá, añadió. Solo después me enteré de que iba todos los días. Esa vez, ahí fue donde lo encontré, en la barra, tomando una cerveza. Esa imagen, sentado, solo, con la mirada ida, no se me va a ir nunca. ¿Habrá acabado ya Brenda su reunión? No sé por qué, a Brenda no le he contado de mi viejo ni de cuando tuve que hacerme cargo del taller. No ha salido el tema, y quizá me cuesta abordarlo. Talvez me

preocupa hablarle mal de mi viejo cuando ella perdió al suyo. Cuando mi viejo se dio cuenta de que yo estaba a su lado, pareció feliz de verme. Enseguida me presentó con todos. «Este es mi hijo. Ya acabó la universidad», les decía. Después se puso hosco. «Ya nos vemos más tarde en la casa», me dijo. Y me fui. No le conté a mi vieja, no le di importancia al asunto. Hasta que fue tarde. La señora ya se pudo sentar. ¿Cuánto tiempo llevo esperando? Media hora, por lo menos. No quiero caer pesado, pero si no me avisan para pasar pronto, voy a pedir que llamen para preguntar por qué se demoran.

Talvez no quería enfrentar el hecho de que mi viejo era alcohólico, o realmente no me di cuenta de que lo era. En cualquier caso, era difícil ignorar que algo le pasaba, como esa vez que llegó a casa al borde de la medianoche, exigiendo a gritos que le prepararan la comida. Tanto vociferaba que mi vieja terminó por levantarse para calentarle unos fideos. Después explotó en un ataque de ira porque, según decía, estaban mal hechos y no le gustaban. Tiró el plato al piso y se fue a dormir. Era Kowalski. Basta de malos recuerdos. Esperar sin tener nada que hacer tiene eso de malo: mi cabeza vuela hacia lugares oscuros. Esa noche yo escuchaba todo desde mi habitación, y no me quise meter. Y lo mismo hice en otros episodios similares. Pero quizá por no meterme todo fue para peor. Nunca lo enfrenté. Nunca intenté hacerle ver cómo el trago lo estaba hundiendo. Ni siquiera cuando pasó a tomar en la casa como si estuviera en el bar. Hundió todo alrededor de sí. Comenzó a perder clientes en el taller, porque los trabajos no se cumplían. Cada quien trabajaba por su cuenta, como podía, sin orden. Ningún mensaje en mi celular. Basta, no estoy para inseguridades, no tiene nada que ver conmigo, no es que Brenda no quiera responderme. La chamba la absorbe y se olvida de todo. Ya me avisará cuando pueda. En determinado momento, mi viejo tocó fondo y, finalmente, pidió ayuda. Se la dimos. Ahí fue que tuve que renunciar a mi chamba. Logré que el taller sobreviviera unos meses más, pero los clientes perdidos no volvieron. Si no soy el siguiente en pasar, me paro a insistir de nuevo. Que al menos pregunten a qué hora me podrán recibir. No quiero esperar más y que después me muevan la reunión para otro día. El taller resultó insalvable, tuvimos que vender todo: máquinas, repuestos, herramientas, incluso el local. Creo que ahora funciona ahí mismo un gimnasio. Pagamos deudas, liquidaciones y quedó poco. Me aburrí de estar sentado, mejor me paro un rato. Me siento sofocado. Mi viejo, bastante recuperado, trabaja ahora en un concesionario de autos, justo a cargo del taller. Y yo tuve que salir a buscar chamba de nuevo. Fueron meses duros. Sin querer cambié de rumbo, y creo que para bien. Ya me cansé. Voy a ver si me van a recibir o no.

—Nico, siempre tuve ganas de estudiar fuera. Si no lo hago ahora, no lo voy a hacer nunca.

—¡Bren! ¿Nos estás diciendo que todos estamos casi ancianos? Qué exagerada eres, tenemos todo por delante. Relájate. Vamos, acaba tu roncito, cómete otro sanguchito, que Pedro nos va a poner a bailar a todos de nuevo.

—Ya, Sofi. No se puede comentar nada acá. Pero lo que digo es verdad. Y lo que pasa es que yo no soy tan relajada como tú. A mí sí me gusta tener planes claros.

—¿Y por qué asumes que yo no tengo claro lo que quiero? Mejor no acabes ese vaso. Creo que ya fue mucho trago.

—Lodo, traigan lodo que esta bronca se va a poner buena.

—¡Pedro, te pasas! Cambiemos de tema. Nada de planes hoy. Vivamos el momento. No hemos hecho un salud con Julio. ¡Bienvenido de vuelta, Julio!

—Sofi, te olvidaste de recordarnos lo de mirarse a los ojos. Pedro va a reclamar de nuevo.

—Ya no, Bren, ya he tomado tanto trago que ya ni sé para dónde miro, así que brindemos como salga. No reclamo nada. ¡Bienvenido, Julio!

—Gracias, Pedro. Gracias a todos. Extrañaba esto, juntarme con gente con la que no tengo que explicarme, que ya me conoce.

—¡Qué filosófico te nos pones, Julio! Ya me había olvidado de tus salidas de predicador. ¿Cómo las llamábamos, chicas?

—¡Verdad! Era «La palabra de Julio». No había televangelista que le ganara en audiencia.

—Ya comenzaron con la jodedera. Bueno, Sofi, para eso también regresé. Como dicen, para qué me dan trago si ya saben cómo me pongo.

—¡Qué buena canción! Creo que llegó la hora de bailar de nuevo.

—Estamos conversando, Pedro, déjanos un rato. En un rato subes el volumen y no me importa si se quejan los vecinos.

—Nico, ¿qué pasó? ¿Por qué tan calladito? Ya te dejamos fuera con tantas historias del pasado. Ese vaso creo está pidiendo más trago.

—Nada, Sofi, los escucho atento. Se ve que la han pasado bien juntos. Me voy a servir otro ron. No te preocupes, Pedro, yo me lo preparo.

—Yo me encargo, Nico, no me quites la chamba. Ya pronto sale otra ronda para todos. Espero que quede limón todavía.

—Gracias, Pedro. Te pasaste. Me están cayendo bien esos tragos.

—¿Sabes, Nico? Creo que yo te conozco de algún lado.

—No me digas, Julio. ¿De dónde?

—Creo que hemos trabajado juntos y ni lo recuerdas. Yo era practicante, o sea que ni pintaba. Seguro, por eso no te acuerdas de

mí. ¿Tú trabajaste en ventas por teléfono? Estoy seguro de que eras uno de los vendedores.

—Hace años sí, ya no me recuerdo mucho. Odié ese trabajo.

—¿Ves? ¡Sí te conocía! Yo trabajaba en el *software* de reportes de llamadas. Y yo también odié esa chamba.

—¡No sabía, Nico! No te hacía de vendedor por teléfono.

—No duré mucho ahí, amor. Estuve pocos meses.

«La reunión anterior se alargó más de lo esperado», esa es la excusa. Que me avisan cuando pueda pasar. No sé si creerles, pero tendré que seguir esperando. Brenda sigue sin responderme. Parece que también se le alargó su reunión. Me doy cuenta de que Brenda no me conoce tanto, y es por culpa mía. Tengo que acordarme de contarle cómo alguna vez terminé a cargo de un taller de autos. Ya me puse de nuevo con el gusanito. No sé en qué momento saqué el celular y me metí al juego, pero aquí estoy otra vez. Es que necesito distraerme, escapar de esta salita de alguna manera. Tampoco le he contado a Brenda de la vez en que me despidieron de la chamba, aunque eso no estoy seguro de querer contárselo. Años complicados. Primero fue renunciar a una chamba que me gustaba para hacerme cargo del taller de mi viejo. Segundo, poco después, quedarme sin chamba de nuevo. Andaba perdido, me movía por inercia y acepté lo primero que me ofrecieron. Cuando comencé, no me molestaba la idea de hacer ventas por teléfono. Después no pude con lo impersonal que resultaba todo. No era para mí. Creo que por fin dominé estos botones del celular. Nunca había llegado a un puntaje tan alto. Ahora sí nadie me para. No me asustaba tener que hacer llamadas y agarrar a los clientes en frío, pero hablar día tras día sin conocer cara a cara a quién le estaba vendiendo era difícil para mí. Me estoy engañando otra vez: no importaba qué chamba fuera, no habría podido manejarla. Estaba en otra, perdido, sin rumbo. Carajo, se me fue el dedo. Uf, la salvé. Sigo sumando puntos. No sabía qué quería. Estaba decepcionado de mi viejo, decepcionado de mí por no haber podido impedir la quiebra del taller. Ahora me da miedo también decepcionar a Brenda, pero sí quiero contarle de esos años, son parte de lo que soy. Da para tener una larga conversación. Tengo que encontrar el momento. Carajo, no me hizo caso el botón. Ya perdí.

Un nuevo juego. No me importa arrancar de cero. Prefiero ver la pantalla del celular que las caras largas de todos en esta salita, la misma cara que debo de haber tenido yo cuando llamaba a los clientes para ver si les vendía algo. Salía de la chamba y me iba directo a mi casa. Buscaba cómo huir de mi realidad, igual que mi viejo. Me ponía a leer en mi cuarto, a escuchar música. Me metía en mi mundo. ¿Quién habrá inventado este juego de un gusano que da vueltas por

una pantalla? Suena tonto, pero al final funciona, distrae. Una noche, en una reunión en la que caí sin querer, me ofrecieron una distracción. Estaba en una librería, a punto de irme, cuando me invitaron a quedarme para su celebración de aniversario, que estaba por comenzar. Había trago, había pasabocas, y había hierba. Nunca había probado. Aproveché la oportunidad. Ya soy un maestro en este juego, casi recupero mi puntaje. Le agarré el truco a las teclas. Nunca me voy a olvidar de esa primera fumada. Esa sensación de que nada importaba tanto no la había sentido nunca. Encontré lo que, sin saber, estaba buscando. Se volvió parte de mis noches. Leer o escuchar música con la cabeza relajada me transportaba, me liberaba. Es la primera vez que llego a este nivel con el gusanito. Ahora va más rápido, pero todo bajo control. Pensar en regresar a mi casa a prender un troncho se convirtió en mi motivación para aguantar el día. En la oficina hacía mis llamadas, vendía lo que podía, y no me molestaba si me colgaban o me respondían feo. No era el mejor vendedor, pero tampoco me iba mal. Va demasiado rápido esto; mis dedos casi no pueden seguir el ritmo. En cualquier momento se me va. Pero no pude mantener separadas mis noches de relajo de mis días de rutina. Llegaba a la oficina cada vez más tarde. No me concentraba. Cayeron mis ventas. Me ponía tenso. Probé relajarme prendiendo un troncho antes de ir a la oficina. Fue peor. Se notaba que mi cabeza estaba en otro lado. Un día me llamó mi jefe a preguntarme qué pensaba que estaba haciendo. Carajo, ya perdí. Pero este es el puntaje más alto que he alcanzado, me superé a mí mismo. Ahora sí me da flojera empezar de nuevo, de cero.

Soy el único que queda en la salita y ni cuenta me había dado. Espero que no me hayan llamado mientras estaba distraído, jugando. Celular al bolsillo, mejor. Basta de juegos. Atento, que seguro me llaman pronto. Tengo que reconocer que el despido me ayudó. Tampoco lo puedo llamar «despido». Técnicamente renuncié. «Mejor piensa bien si quieres trabajar acá o no», me dijo mi jefa. «Deberías hacer lo correcto y renunciar». Nunca regresé. No le conté a nadie que estaba sin chamba. Igual salía de mi casa por la mañana y no regresaba hasta la noche. Llegó alguien más para acompañarme en la salita. Y otro más, se comenzó a llenar de nuevo. La gente llega y sale, y soy el único que sigue esperando. Brenda tampoco me responde aún. Así me tienen todos, esperando. Salía de mi casa porque no quería estar más en mi cuarto; necesitaba cambiar de rutina. Debería llamar a Brenda, quizá no ha visto mi mensaje. Caminaba y después me sentaba en algún parque. Veía a la gente pasar mientras buscaba avisos de chamba en el diario. Me ponía a leer. Mejor no la llamo; si me avisan para pasar, tendría que colgarle. Mejor lo hago al salir. Leí *Conversación en La Catedral*, recuerdo. Era el libro que necesitaba en

ese momento. Entre mi exjefa y Vargas Llosa, comencé a verme de un modo distinto. Ya la había cagado dos veces, no quería ser como Zavalita, que se la pasaba cagándola y después se preguntaba en qué momento se había jodido, como este país. Yo no me iba a joder. No iba a ser como tantos que se la pasan buscando el momento pasado en que se jodieron, mientras la siguen cagando en el presente. Me enfoqué en conseguir una buena chamba. Dejé de fumar hierba. Bueno, de vez en cuando me prendo un tronchito, pero ya el plan es otro. Eso sí, dejé de huir de la realidad, como hizo mi viejo. Tampoco le he dicho nunca a Brenda para fumarnos un porrito. ¿Habrá fumado Brenda alguna vez? Sí, falta conocernos más. Sería bueno tener esa conversación pendiente con hierba de por medio. ¿Cómo le habrá ido en su reunión?

—Recuerdo que llegabas todo serio a la chamba, concentrado en agarrar tu teléfono y vender. No me hubiera imaginado que no te gustaba.

—No era mi tipo de chamba, Julio. Me demoré en darme cuenta.

—Y yo que pensaba Y*o quiero ser así de apasionado con mi chamba*. Por eso me acuerdo de ti. Por eso renuncié. No veía que yo tuviera esa pasión que te veía.

—Qué bueno que al final te sirvió renunciar, porque, si no, estaría ahora sintiéndome culpable.

—Fue de las mejores decisiones que tomé. ¿Cómo van esos tragos, Pedro? ¿Necesitas ayuda?

—Ya salen, Julio, ya salen. ¡Ahí los llevo!

—Julio, creo que te has sentado encima de los dibujos de Sofi.

—¿Qué dibujos? Uy, sí. ¡Disculpa, Sofi! ¡No los vi! ¿Son del nuevo proyecto de tiendas que nos comentaste?

—No, Julio. Ábrelos y mira para ver si recuerdas.

—Sofi, con la memoria que tiene Julio, ¿tú crees que se va a olvidar de algo? Más bien si te dice que no recuerda, no le creas.

—No voy a negar que es difícil que me olvide de algo, pero tampoco voy a mentir sobre eso. Veamos qué sorpresa tenemos acá. ¡No lo puedo creer! ¿Cómo así volvieron tus figurines? Nunca debiste dejar de hacerlos.

—Estaba almorzando en la oficina, me puse a dibujar y salieron. Dejé un par en la oficina y me traje estos. Me gustó cómo quedaron y me vino bien la distracción.

—Ya te he dicho que podrían ser más que una distracción. Podrías enmarcarlos y venderlos.

—Lo mismo le dije yo, Julio, que los veo fácilmente en alguna tienda en Barranco. Yo los compraría.

—¿Me puedo quedar con estos, Sofi?

—¡Claro, Julio! Voy a pensar en eso de enmarcarlos, como dice Nico. Te debo unos, pero enmarcados.

—¿Qué te parecen, amor? ¿No crees que se verían bien en la entrada del depa?

—Están lindos, Nico. Como dices, merecen un marco. No sé si yo los pondría en la entrada. Los veo para la sala, detrás del sofá. Pero ponlos donde quieras. Es tu depa.

—¿Me distraigo unos minutos con el trago y ya están decorando su depa juntos? ¡Qué lindos! Aquí se los dejo, cada uno puede servirse.

—Ya, Pedro, no inventes. Parece que Nico quiere contratarme de decoradora. No he podido ni convencer a mi mamá de cambiar la alfombra, y voy a estar decorando depa ajeno.

—Amor, ya sabes que todo lo mío es tuyo.

—¡Bren! ¡Aprovecha! Cámbiale de auto. Hoy te vas manejando una 4x4.

—Creo que me conviene más llevarme su cafetera. Ya le he echado el ojo. Hace un expreso buenazo. Ya, fuera de bromas, Nico, hay otras cosas que cambiaría en tu depa antes de pensar dónde poner dos cuadros.

—¿Ves, amor, cómo sí necesito contratarte de decoradora?

—Ay, no sé si me conviene ese contrato.

¿Qué? Pensé que estaba en otra reunión en su oficina. Pero no, simplemente no estaba y acaba de llegar. Así pasa siempre, se comprometen a varias cosas a la misma hora y después no pueden manejarlo. ¿Por qué no me dicen de frente que mejor quedamos para otro día? Esperemos que ahora sí no demoren en avisarme para pasar. Quiero acabar aquí para llamar a Brenda. Voy decirle para que vaya a mi depa ahora, al salir de la oficina, para terminar la tarde y quedarnos hasta la noche juntos. Alquilo una película, pedimos una *pizza*, tiramos, le invito un tronchito, y conversamos tranquilos. Aprovecho para contarle más de mí, para que me entienda mejor. Espero animarla a que también me cuente más de ella, y así ver si estamos apuntando a lo mismo. Sí, siento que no hemos sido del todo claros entre nosotros. No creo que haya sido a propósito, es que no nos hemos dado el tiempo. En realidad, cada vez que quiero ponerme serio, me evade el tema, terminamos tirando y después ya no hablamos nada. Por más que estoy mirando fijo a la recepcionista para ver si me dice algo, nada, ni caso… No creo que Brenda lo haga a propósito, pero comenzamos con el sexo y me olvido de todo. Talvez un tronchito nos ayude a soltarnos más. Voy a tener que pararme a preguntar de nuevo. Medio feo confrontar de nuevo a la recepcionista, pero no me queda otra.

Qué rico es tirar con Brenda. Como dice Henry Miller, «El sexo es

una de las nueve razones para la reencarnación, las otras ocho no son importantes». Cuánta razón tiene. Pero Brenda es más que Miller. Para mí, siempre tiene que haber pasión, porque, para tener sexo mecánico, mejor un pajazo. Y siento que con Brenda hay pasión. Es más que cualquier *Trópico*. Hay una entrega total. Es Bukowski, es *La máquina de follar*, más bien. No hay límites entre nosotros. A pensar en otra cosa mejor, porque, si no, no me voy a poder parar cuando me llamen.

—Que bacán que ya tengas tu depa, Nico. Yo también espero tener el mío pronto. No te conté todavía, Julio, pero justo estoy cambiándome de chamba. Con eso espero poder mudarme solo.

—No entiendo ese afán de querer mudarse. Yo estoy tan cómoda aquí. Pagar luz, teléfono, agua, limpiar, lavar, cocinar. No, todavía no me mando. ¿Para qué?

—Ay, Sofi, para tener tu espacio, ser independiente, no tener que estar dando cuenta de horarios ni de nada. Sobre todo eso. Yo odio escuchar cómo mis viejos apagan la luz después de que llego.

—Ya, Pedro, confiesa: quieres mudarte para tener adónde llevarte a todas tus novias sin pagar telo.

—¡Qué tal puñalada, Bren! Dolió. Nada de novias, así, en plural. Ni en singular tampoco por ahora. Pero cuando tenga, va a ser así, solo una.

—¿Por qué nadie te cree, Pedro? Yo no he estado por acá, así que no puedo opinar mucho. ¿Pero tú que piensas, Sofi? ¿También crees que Pedrito tiene su tarjeta de millas en telos?

—¡¿Qué voy a saber yo?! Si Pedro dice que no, habrá que creerle.

—¡Como te sonrojas, Sofi! Ya estamos grandecitos como para ponernos así cuando hablamos de sexo, ¿no?

—Ya, Bren, no la molestes a Sofi, que me está dando la razón. Hoy me están dando duro. Recibo puñaladas por todos lados. No me termino de recuperar de una y, zas, me cae otra. Qué bueno que el ron lo cura todo.

—¿Y tú, Julio? Llevas dos años viviendo solo. ¿Ya sabes lavar la ropa sin que las camisetas blancas te queden rosadas?

—No te pases, Bren, hace rato que sé usar la lavadora y la secadora. No puedo negar que encogí algún polo, pero ya soy experto. Lo que más me costaba eran la aspirada y la limpiada de baños. La lavada no tanto.

—Imagino la de fiestas que habrás armado allá en tu depa.

—No, creas, Pedro, alguna que otra nomás. Más nos íbamos de bares. Y llamarlo «depa» es una exageración; era un cuarto en la universidad misma. Aquí sí estoy buscando un depa.

—¿Y cómo va esa búsqueda? ¿Ya tienes pensado algo?

—No. Todavía no me ubico bien, Bren. Lima ha cambiado un

montón. Tampoco sé si buscar cerca de la chamba o cerca de los bares.

—¡Obvio, cerca de los bares, Julio! Así te vas caminando y no tienes que manejar borracho de regreso. Nico, ¿tú que opinas? Tú eres el que lleva más tiempo viviendo solo.

—Depende, Pedro, depende. Yo busqué mudarme cerca de mis viejos. Quería poder ir a visitarlos seguido, saber cómo van.

—Uy, yo al revés; cuánto más lejos pueda estar de mis viejos, mejor.

—Por eso digo que depende de cada uno, Pedro. Si tú también estás pensando en mudarte pronto, ¿por qué no vas con Julio a ver depas? Lo puedes poner al día acerca de dónde está ahora la rumba y, de paso, vas viendo si tú también te decides a mudarte.

—¡Qué buena idea, Nico! Sería buenísimo. ¿Qué dices, Pedro? ¿Hacemos *tour* de depas mañana sábado? Puede ser tarde de depas y noche de bares. ¿Se animan, chicas, para la noche de bares? ¿Y tú, Nico?

Sigo aquí, esperando. Increíble. Me ha molestado que el cliente no estuviera en su oficina, como me dijeron. Reclamo, y lo único que me dicen es «Mil disculpas». La gente en la salita me mira como si hubiera roto alguna regla no escrita. Espero no haberme excedido en mi reclamo; quizás hablé muy fuerte. No creo, debe ser que les parece raro que alguien se pare a reclamar. Nos tienen acostumbrados a esperar sin quejarnos. ¿Tendré algún mensaje de Brenda? Nada. Celular al bolsillo, antes de que me ponga otra vez a perder el tiempo jugando; tengo que encontrar algo más productivo para hacer. Al menos ya nadie me mira, volvieron a su espera tranquila. Lo único bueno es que me han dicho que están muy interesados en ver mi propuesta, que ya me reciben en unos minutos. Mientras uno sepa que vale la pena la espera, se puede tener paciencia. Me quedaré un rato más.

Por lo menos deberían tener periódicos y revistas para los que esperan. No me importaría que no fuesen de hoy. Me gusta curiosear publicaciones pasadas y ver cuáles eran los titulares de esos días. De haber sabido que esperaría tanto, hubiera salido a comprar alguna revista. Ya fue. Ya vi que voy a terminar sacando de nuevo mi celular para jugar gusanito. No sé qué otra cosa hacer. Lo peor es que para cuando salga será tarde para decirle a Brenda sobre vernos hoy. Se complica todo. No nos veremos hasta mañana, donde Sofía. Ese señor que está leyendo un diario seguro él mismo lo trajo. Eso debería haber hecho: a falta de un libro, al menos un diario. Quería tener un tiempo a solas con Brenda, pero con la reunión donde Sofía, que ya es mañana, no lo tendremos hasta el sábado. Toca vernos primero con

sus amigos.

No me caen mal sus amigos; al contrario, me parecen bacanes. También me parece bacán que Brenda tenga amigos así, de tantos años. Yo no los tengo, no sé bien por qué. ¿Será que crecí más rápido que mis amigos y me fui separando? Puede ser. También puede ser que no sepa conservar una amistad. Sin querer me quedé mirando a otro que espera mientras ordenaba su maletín, y ahora me está mirando de vuelta. Ya volteé, mejor. Qué pena, talvez pensó que lo conocía o lo quería saludar. No me gusta hablar con extraños. Odio cuando se ponen a hablarme sobre cualquier tema para matar el tiempo. Una vez que comienzan no hay cómo pararlos. He tenido épocas en que incluso no quería ver a nadie y rechazaba invitaciones de quienes podrían haber sido buenos amigos. ¿Cuántos me habrán llamado para pedir consejo, ayuda, o quizá simplemente compartir un rato y no les he hecho caso? La amistad es de dos lados. Habrá que darles una oportunidad a los amigos de Brenda.

Mañana también estará Pedro. No los he visto ni a él ni a Sofía desde esa vez en el chifa. Me cayeron súper. Se ve que se conocen bien entre ellos. Parece que se formó una parejita aquí en la salita. Ya los veía haciéndose ojitos hace rato y ahora se han sentado juntos. Le he dicho a Brenda que estoy seguro de que Pedro y Sofía están tirando. Me lo niega. «Son solo amigos», insiste. Pero a mí me pareció otra cosa en el chifa. Si no están tirando, deberían hacerlo. Llamaron a uno de la parejita; parece que les aguaron el plan. Ah, no. Le está dejando su número. Rápida la chica. Para mí es como escribió Kazantzakis en *Zorba el griego*, «Si una mujer duerme sola es culpa de todos los hombres». Sofía no debería estar sola y Pedro tiene parte de culpa. ¿Por qué me meto en historias ajenas cuando todavía tengo que arreglar la mía? Por eso tengo que decirle a Brenda para vernos el sábado. Tenemos que reservar el sábado solo para nosotros.

—Nosotros no podemos, Julio. Ya tenemos planes con Brenda para mañana. ¿No, amor?

—Ay, Nico, vamos. Podemos mover nuestros planes para otro día. ¿Qué apuro hay? Vamos, hay que llevarlo de rumba a Julio.

—Dale, Bren, si prefieres, los movemos para otro día.

—Gente, ¿cuándo fue la última vez que nos fuimos juntos de bares?

—No sé, Pedro, pero de seguro estábamos tan borrachos que no lo vamos a recordar.

—No te hagas el loco de nuevo, Julio. Estoy segura de que sí recuerdas.

—De verdad, Bren, no recuerdo.

—Parece que estos dos años te han afectado la memoria. ¿No te acuerdas cuando fuimos a ese bar donde había alguien cantando pero

al pobre nadie lo escuchaba? Nos dio pena y nos pusimos a cantar con él para que la gente le hiciera caso.

—¿Cuándo fue eso, Sofi? ¿Segura de que yo estaba?

—Claro que estabas. Sin saber, fue tu despedida, porque después no sé por qué tuviste que adelantar vuelos y ya no llegamos a vernos de nuevo. Fuiste con esa chica que también se iba a la misma universidad que tú.

—Con razón recuerdas tan bien, Sofi. Los ataques de celos no se te olvidan. ¿«Esa chica» no tenía un nombre?

—Ya, Bren, bien que tú también te acuerdas. Lo que yo recuerdo de «esa chica» es cómo la criticabas tú después por no dejar de hablar de cuánto iba a extrañar a su perrito.

—Tienes razón, Sofi. Esas semanas antes de irme fueron tan intensas que ni lo recordaba. La despedida quedó en nada porque me pidieron que fuera antes para no recuerdo qué seminario. Me movieron todos los planes.

—¿Y qué fue de «esa chica», Julio? Cuéntalo todo. ¿Te preparaba tu lomo saltado cuando se juntaban a estudiar?

—¿Sabes, que al final no la vi más, Pedro? Creo que la espantaron esa noche. Me la crucé algunas veces en la universidad, pero no nos vimos mucho.

—¿De dónde salió eso del lomo saltado, Pedro? Qué machista tu comentario, ah. ¿O es una fantasía tuya?

—Claro, pues, Bren. ¿Nunca le has hecho lomo saltado a Nico? Nico, te has quedado calladito de nuevo.

—No lo molestes a Nico, Pedro. No vayas a espantarlo igual que a «esa chica».

—No te preocupes, Sofi. Va a hacer falta mucho más que eso para espantarme de Bren. No recuerdo si he probado su lomo saltado, pero de lo que he probado no tengo quejas.

—Ya déjense de lomos saltados que no me gusta para dónde está yendo esta conversación.

—No tienes que decírmelo, amor. Ya sé que te encanta evitar conversaciones.

Qué buena gente ese señor. Me dejó su diario cuando lo llamaron. Debe de haberse fijado en cómo lo miraba, con envidia. Claro que no sé si esto se puede llamar «diario». Más bien sería un pasquín. No voy a leer la parte de política; son solo chismes. Buscaré espectáculos y deportes; sirven para pasar el rato. ¿Será de hoy? Sí, fecha de hoy. Los titulares de política son de espanto. Parecen de la sección de farándula. No puedo quejarme de este gobierno. Tiene sus excesos, como estos pasquines por ejemplo, pero se manejan las cosas con acierto. Me ha ido bien con Fujimori. Ahora me miran con envidia a mí, porque me dejaron algo para distraerme. Se lo tendré que dejar yo

también a alguien cuando me llamen. Solidaridad de clase. Pese a eso, no votaría de nuevo por el Chino. Ya debería retirarse. Se ha quedado sin ideas. Todo bien con el crecimiento, pero no es igual para todos. Hay mucha falta de solidaridad también, y me incluyo.

Sin duda soy parte de una generación privilegiada. Nos ha servido el nuevo sistema, pero no nos preocupa cómo le va al resto. ¿Qué dan en el cine? Ningún estreno esta semana. Hay una comedia romántica, pero esas no son para mí. Sí, somos una generación que piensa que el país es solo lo que escuchamos por la radio. Vivimos desentendidos de la realidad del resto del país, mientras no nos afecté el bolsillo. No hay nada que ver en el teatro tampoco; nada que me interese por lo menos. Aunque me ha ido bien, también pienso que si dejamos que las cosas sigan así, en unos años miraremos esta época arrepintiéndonos de no haber hecho nada para encaminar mejor las cosas. Ni me canso revisando si hay algo bueno en la tele. Los canales locales me aburren.

No me han faltado dificultades, pero igual pienso que me la he llevado relativamente fácil. Mi historia no es una historia tan triste. Ahora soy más consciente de los privilegios que he tenido después de todo y que me han permitido lograr ciertas cosas. Uno va madurando, sin duda. A ver mi horóscopo. No les creo nada, pero me divierte lo bien escrito que está, tan general que siempre atina en algo. Una forma de darte cuenta de tu nivel de madurez es releer *El guardián en el centeno*. Si lo lees de nuevo y Holden Caulfield te sigue pareciendo un rebelde incomprendido, es porque sigues siendo un inmaduro. Lo leí cuando estaba en la universidad y hace poco me provocó volver a leerlo. Quería reencontrarme con ese Holden impaciente con el mundo; quería recuperar en mí esa energía y ganas de luchar. En lugar de eso encontré a un chiquillo privilegiado que no sabe lo fácil que la tiene y que se porta como un niño engreído. Aquí está. Según mi signo, hoy me conviene aprovechar para resolver asuntos pendientes. ¿Quién no tiene asuntos pendientes? Ya me aburrió este diario. Voy a ver a quién se lo paso.

—Gente, ¿quién quiere más trago? Estoy viendo muchos vasos vacíos. No avisan ustedes. Aprovechen también los últimos sanguchitos, ya no quedan más.

—Pedro, si nos sigues emborrachando así, nadie podrá bailar. Acabemos con los sánguches. Yo quiero uno. Aquí les paso.

—Al contrario, Sofi. Les subo el volumen y vas a ver cómo todos saltan a la mesa.

—Qué bueno que quedamos en ir a ver depas mañana por la tarde. Ya vi que la mañana me la voy a pasar durmiendo.

—Ya, Julio, no te nos hagas ahora el desacostumbrado. Las buenas trasnochadas que te debes de haber dado allá.

—Ni tanto, Sofi, ni tanto. Al menos no todos los fines de semana. Las trasnochadas han sido más bien leyendo. Quizás por eso extrañaba esto. En parte es como si no me hubiera ido nunca, pero al mismo tiempo siento que si no me hubiera ido, no estaría disfrutando tanto de estar aquí.

—Atención, interrumpimos nuestra programación para un nuevo episodio de «La palabra de Julio». Hoy tocaremos el tema de la nostalgia.

—Ya, Pedro, déjalo ser. ¿Tú no te sientes un poco raro por estar todos juntos después de tanto tiempo?

—Déjalo, Sofi, ya sabes cómo es Pedro. Tiene cualquier salida con tal de no mostrarse sentimental.

—Bren, esa puñalada dolió más que todas las otras juntas. Mejor voy a hacer más tragos y a curar mis heridas con alcohol.

—Bueno, me van a tener que aguantar lo sentimental, no me importa que se burlen.

—Aquí estamos todos sentimentales, Julio. Hasta Nico, aunque no diga nada.

—Me quedo calladito porque no les quiero cortar la conversa. Pero entiendo a Julio. Dos años fuera y volver no debe de ser fácil.

—No es que sea difícil, es sentir que pese a todas las historias que tengo para contar de estos dos últimos años, aquí sigo teniendo más historias. Mejor paro con esta onda, que si no comienzan a joderme de nuevo con lo de predicador de tele. ¿Te ayudo con los tragos, Pedro?

—Ya van, ya van, no se impacienten. Tranquilos que ya salen.

—Tú, Nico, ¿nunca pensaste en estudiar fuera?

—No, Julio, yo tengo mis planes por acá. O al menos creo que los tengo.

He estado tan distraído con el diario que ni me fijé en cuánto tiempo ha pasado desde que me dijeron que me llamarían pronto. ¿Diez minutos? ¿Más? No creo que haya sido más, porque en la salita sigue la misma gente. Estar en esta salita es como estar en el limbo, donde el tiempo no transcurre. Tampoco me voy a poner religioso. Es como estar en un agujero negro, una singularidad en el espacio tiempo. Volando de nuevo. Ya dejaron el diario en la mesa. Nadie lo quiere leer. No me sorprende. La percepción del tiempo a veces puede ser extraña. Hay ratos, como ahora, en los que parece que el tiempo no avanza. Hay otros en los que siento que se me juntan pasado y presente de una manera extraña. Como si no hubiera un pasado. Por ejemplo, estoy con Brenda, y le comento algo que recuerdo haberle comentado igual a mi novia anterior, y entonces siento que estoy repitiendo el pasado, riéndome de las mismas bromas, o cometiendo los mismos errores. Ese de ahí agarró el diario. Lo cogió con miedo,

mirando a todos lados, por si era de alguien. Parece que sí lo va a leer. Estoy acá ahora, en esta salita, esperando para una reunión y recuerdo esa otra vez en que estuve esperando en el banco para ver si me aprobaban un préstamo para el taller. ¿Será que las sensaciones son las mismas? No me aprobaron el préstamo, a pesar de que estuve más de dos horas llenando formularios y esperando respuesta. Hoy no va a ser igual, hoy no estoy esperando por gusto.

Los fracasos de antes me pesan como si los estuviera viviendo otra vez. Talvez no son fracasos, sino traumas que me han generado un miedo al fracaso. ¿Será que tendemos a repetir los mismos errores por culpa del miedo de volver a cometerlos? Ya no sé qué más hacer para distraerme y dejar de pensar en tonterías. Recuerdo cuando, de chico, camino al colegio, me distraía en el auto contando escarabajos Volkswagen. Podría hacer algo parecido ahora. A ver, cuántos celulares veo: cuatro. No hay mucho para contar acá. Tengo la sensación de que percibo el tiempo como los trafalmadorians de *Matadero cinco*, de Kurt Vonnegut, que veían pasado, presente y futuro al mismo tiempo. Lapiceros. Esos debe de haber más: dos, cuatro, siete, nueve. Me inquieta no saber qué esperar de mi relación con Brenda, y a la vez me inquieta el no haber sabido qué esperar de mi relación anterior. Dos lapiceros más: once. Traigo una carga de pesimismo que no sé cómo quitarme. Lo único que puedo hacer es tratar de ignorarla, ir para adelante, sin pensar en nada más. Por fin salen a recibirme. Viene para acá. Mejor me voy parando para entrar.

—Gente, listos los tragos. Se acabó el ron, así que cambiamos a *whisky*, cortesía del papá de Sofi. No le voy a decir «viejo» porque nos estamos tomando su trago. Aquí los dejo. Julio, toma, a ti sí te doy el tuyo porque veo tu vaso vacío hace mucho rato.

—Gracias, Pedro, no lo voy a rechazar.

—Pásale también uno a Nico, para ver si se nos alegra un poco.

—Lo mío no se arregla con trago, amor. Ya no más trago para mí. Gracias, Pedro.

—¿Qué pasó, Nico? No me digas que no nos puedes llevar el ritmo. Yo pensaba que nos ibas a ver cayendo uno por uno. Si mañana me levantaba con una barba pintada en la cara, hubiera sospechado que fuiste tú.

—No es la primera vez que me dicen eso, Pedro. No sé por qué la gente piensa que puedo tomar sin límites.

—Yo sí necesito otro trago. Dije que acababa en el piso y no he cambiado de opinión.

—Sofi, qué decidida. Toma el tuyo. Después puedes seguir con el de Nico. ¿Bren? Terminé repartiéndoles a todos.

—A mí sí dame uno. Creo que quien se va a tomar el de Nico soy

yo. Total, ya me dijo que todo lo suyo es mío. ¿Qué hacemos contigo, Nico? A ver si subes la música, Pedro, y lo ponemos a bailar.

—Justamente ese es el problema, Brenda: que no sepas qué hacer conmigo.

No van a poder recibirme. Se les complicó la agenda y las otras personas que iban a participar en la reunión ya no pueden estar.

Dicen que mejor lo dejamos para otro día. «Claro, no hay problema», ¿qué más puedo decir? Ya quedamos para la próxima semana. No sé cómo tomarlo. No sé si ha sido una tarde tirada al hoyo o si ha sido bien aprovechada. Una historia más para contar, de cómo me tuvieron toda una tarde esperando por gusto. ¿A quién le podrá interesar una historia así? Tengo que escribir algún día una novela sobre todo esto. Quién sabe, quizá por ahí vaya mi lado creativo. Bueno, ya puedo llamar a Brenda. Vamos a armar ese plan para el sábado. Vamos a terminar de cerrar esa historia. No se puede esperar más.

Eterno retorno

—Buenas tardes, estimados oyentes de Radio Principal, la radio que los escucha, y bienvenidos a nuestro último programa especial por el aniversario de nuestra ciudad. Aquí, Jorge Ramírez, junto con Yuridia Ramos, continuamos hoy viernes con nuestro segmento «Lima al 2000» referido a otro de los grandes problemas de Lima: la puntualidad y el respeto a los horarios.

—Gracias, Jorge, por la presentación. Hoy los acompaño desde la cabina en reemplazo de nuestro amigo Manuel Santibáñez, quien ha pedido licencia por unos días. No tendremos entrevistas en las calles, pero sí abriremos las líneas para recibir sus llamadas. Además, nos acompañará un invitado especial aquí en cabina, para recomendarnos algunas maneras efectivas de mejorar la puntualidad y los horarios usando la tecnología. Pasamos a mensajes de nuestros auspiciadores y volvemos con ustedes. ¿Estás seguro de que este es el tema de hoy, Jorge? ¿Acaso este es uno de los grandes problemas de Lima? ¿No íbamos a cerrar el segmento hablando sobre los servicios de agua? Yo lo tenía apuntado así al menos.

—Efectivamente, Yuridia, como hemos anunciado, hoy conversaremos sobre la puntualidad, y te recuerdo que debes apagar tu micrófono después de pasar a comerciales. Aquí, mira, con este botón. Ya volvemos, amables oyentes de Radio Principal.

Yuridia en la cabina, no lo puedo creer. Se nota que está emocionada y nerviosa de estar ahí. La pobre no sabe ni cómo manejar los equipos. Más emocionado estoy yo, que no voy a tener que esperar a sus entrevistas para escucharla. Justo esta mañana que necesito que me levanten el ánimo. Es que ayer casi termino con mi Chichi. Le conté que había escuchado en la radio a Sofía; le conté que fue mi novia y cómo y por qué me dejó. Pensé que iba a entenderme, necesitaba sentir que me entendía, pero no: casi me manda a la mierda. Encima se molestó más conmigo por decirle siempre Chichi. Yo pensaba que le gustaba. No me puedo concentrar hoy. No he

avanzado nada de la chamba. Por suerte no tengo pedidos pendientes ni asuntos urgentes. «Ya entendí», me dijo. «Finalmente entendí por qué me dices siempre Chichi en lugar de llamarme por mi nombre». Es que ella también se llama Sofía. Me chocó cuando me enteré: me lo dijo cuando la dejé en su casa el día en que la conocí en la disco. Por la coincidencia y porque ya me sentía más cómodo diciéndole Chichi, así se quedó. Es viernes, me merezco un descanso. He chambeado harto esta semana. Necesito pensar.

—Bueno, Yuridia, ya estamos de vuelta y listos para recibir sus comentarios acerca de este tema tan importante. Si no comenzamos por respetar los horarios, no podemos pretender que nuestra ciudad enfrente los retos del nuevo milenio. Aquí estamos atentos a los teléfonos. Me comunican de Producción que tenemos ya una primera llamada. Buenos días, dinos tu nombre y de dónde nos llamas.

—Buenos días, Jorge. Buenos días Yuridia, qué sorpresa. ¡No pensé que iba a entrar mi llamada! Qué pena que no está Manuel en la radio. ¿Qué le pasó? De seguro se puso mal por la entrevista de ayer con esa niña toda alzada, toda faltosa. Mis mejores deseos de pronta mejoría para Manuel. Él siempre con la respuesta precisa. Disculpen, no me presenté. Soy David Ugarte y llamo desde Pueblo Libre.

—Gracias por llamar, David. Le haremos llegar tus saludos a Manuel. Cuéntanos cómo ves el tema de la puntualidad en nuestra ciudad. ¿Te has visto afectado por la impuntualidad?

—Disculpa, Yuridia, yo también pensaba que el tema de hoy sería el agua, como habían anunciado, y llamaba preparado para comentar sobre eso. ¿Qué pasó que lo cambiaron? Bueno, si se trata de puntualidad, les puedo contar que la semana pasada fui al cine, y casi me quedo sin entrada porque había una cola gigante cuando ya estaba por comenzar la película. No entiendo por qué todos compraban sus entradas a última hora.

—Gracias por tu llamada, David. Es una realidad: si no se respeta las horas, si no se toma en cuenta la puntualidad, es muy poco lo que se puede avanzar en desarrollo. Necesitamos educar a nuestros ciudadanos para que sean más respetuosos de los horarios. Creo que debemos comentar que Manuel no está con nosotros por una decisión personal, para tomarse un descanso. No tiene relación alguna con la entrevista de ayer. Nuestro amigo se ha tomado unos días para reflexionar sobre su futuro profesional; de seguro pronto nos tendrá novedades.

—Me comunican que tenemos otra llamada, Jorge. Buenos días, ¿con quién tengo el gusto?

—Buenos días, Yuridia, qué gusto poder hablar contigo en cabina. Estarás feliz de no tener que estar corriendo en zapatillas por toda la

ciudad. Ya te puedes poner tus tacos de nuevo. Aquí te saluda Rosario Saldaña, desde Barranco. ¿No les parece irónico que el día en que se toca el tema de la puntualidad justo no aparezca Manuel? Él, que siempre estaba pidiendo a la gente que asuma sus responsabilidades. Qué pena que su carrera en la radio haya acabado así.

—Rosario, gracias por tu llamada. Así es, ya no más zapatillas. No me adelantaría a comentar sobre la carrera de Manuel. Mejor enfoquémonos en el tema de hoy. ¿Cómo te ha afectado la impuntualidad en tu día a día, Rosario?

—Uy, Yuridia, ¿por dónde comenzar? Aquí a una la tienen esperando siempre. Nunca cumplen con los horarios de atención. Es de todos los días.

—Gracias por tus comentarios, Rosario. En realidad es increíble la falta de respeto por el tiempo de los demás. Cuando nadie cumple con su hora, se desordena todo, y después se tiene que esperar. No se puede organizar una agenda si los tiempos no se cumplen. Necesitamos más educación en la ciudadanía.

—Jorge, ¿puedo enviar unos saludos antes de colgar? Mi mamá siempre escucha la radio. De seguro que está atenta hoy, porque ella siempre se queja de la impuntualidad. ¡Sobre todo de la mía! ¡Saludos, mamita!

—Gracias, nuevamente, Rosario. Y un saludo también de nuestra parte para tu señora madre. ¿Tenemos otra llamada? ¿No? Pasamos entonces a unos mensajes de nuestros auspiciadores y volvemos con nuestra entrevista especial.

No pienso contestar el teléfono hoy. Ya avisé que no estoy para nadie, que estoy ocupado revisando el plan del trimestre. En realidad estoy ocupado pensando en qué hacer. Ya no se qué quiero. Bueno, sí sé: quiero largarme y comenzar de nuevo. El problema es que no quiero irme solo. Anoche le dije a Chichi «A fin de año que acabas tu carrera nos vamos. Podemos irnos a España. Con mi experiencia en almacén, seguro consigo un trabajo rápido. Mientras, tú puedes estudiar alguna especialidad, y así nos vamos acomodando y después nos casamos». Sí, Chichi. No me sale decirle Sofía; no puedo. Carajo cómo suena este teléfono, no lo voy a contestar, cánsense. Me cuadró en una. Que por qué hago tantos planes y asumo que ella va a seguirme sin cuestionar, que por qué creo que eso es lo que ella quiere. Pensé que se iba a alegrar con mi propuesta, pero no, quedó más molesta todavía, sobre todo porque, por más que me propuse llamarla por su nombre, seguí diciéndole Chichi. Ella tendría que comprenderme. No terminó de mandarme a la mierda solo porque le aseguré que la quería, que estaba más seguro que nunca de que no podría estar con nadie más. Quedamos en calmarnos y en vernos hoy

por la noche. Voy a contestar nomás. Ya vi que si no contesto, no va dejar de sonar este teléfono.

—Buenos días, nuevamente, estimados oyentes. Aquí, Jorge Ramírez, junto con Yuridia Ramos, continuamos la programación de hoy con una interesantísima entrevista a Nicolás Sánchez, experto en *software* de gestión, quien nos va a comentar sobre diferentes maneras en las que podemos manejar mejor nuestras agendas para evitar ser impuntuales.

—Así es, Jorge, sería bueno que más instituciones y empresas utilicen *software* de este tipo para organizar mejor sus reuniones o sus citas con clientes.

—La gente tiene que aprender a organizarse para evitar afectar a los otros con su impuntualidad, Yuridia. Respetos guardan respetos. Aquí estamos ya en cabina en compañía de Nicolás Sánchez. Bienvenido, Nicolás, a Radio Principal, la radio que los escucha. Gracias por venir a compartir tu experiencia con nuestros oyentes. Y disculpa por avisarte con tan poca anticipación, pero, ya sabes, así funciona la radio.

—Buenos días, Jorge. Buenos días, Yuridia. Gracias a ustedes por la invitación. Por suerte no tenía nada agendado para hoy, así que estoy feliz de acompañarlos hoy.

—Déjame decirte que tienes voz como para ser locutor, y qué buena dicción. ¿Has trabajado en radio alguna vez? Si te aburres del *software*, ahí puedes tener una carrera.

—Ya me lo han comentado antes, Yuridia, pero la radio no es lo mío. Me quedo mejor con la tecnología.

—Bueno, Nicolás, como ya sabes, nuestro tema de hoy es la puntualidad y el respeto a los demás. ¿Qué nos puedes comentar sobre el uso de la tecnología para este fin?

—La tecnología, Jorge, nos ayuda a trabajar mejor en todos los aspectos, y el manejo de los tiempos es uno de ellos. Pero yo iría un paso más atrás, a cómo manejamos los tiempos en nuestra cabeza, culturalmente, y cómo podemos ordenarnos con la tecnología.

—Es lo que siempre he comentado: las personas tienen que aprender a ordenarse para evitar ser impuntuales. Cuéntanos, Nicolás, ¿cómo lo hacemos?

—Creo, Jorge, que hay una base cultural. Aquí solemos organizarnos con una lista de pendientes con muchas cosas por hacer, y las vamos haciendo según podemos, no importa si llegamos tarde a un sitio o nos vamos temprano de otro, mientras que cumplamos la lista de pendientes. Lo que termina pasando es que llegamos tarde a todos lados.

—Debe de ser por eso que siempre quedo para más de una fiesta un

viernes y después llego tarde a una, y me escapo temprano para llegar, también tarde, a otra. ¡Quiero hacerlo todo!

—Así es, Yuridia, queremos hacerlo todo. En otras culturas, las personas están más acostumbradas a definir qué hacer en cada periodo de tiempo: solo una cosa a la vez, para así no comprometerse con lo que realmente no tendrán tiempo de hacer. Así se evita estar llegando tarde. Hay plataformas de *software* que te ayudan a encontrar el punto medio ideal, a organizar las tareas como pendientes y también como agenda ordenada.

—Muy interesante, Nicolás. Eso es lo que necesitamos, que las personas asuman sus responsabilidades y dejen de esperar que alguien haga todo por ellas. Me avisan que tenemos que pasar ya a una pausa comercial. Volvemos en unos minutos para recibir sus llamadas.

Para qué contesté. Era mi jefe. Casi renuncio, casi le digo que me voy a largar a España y ya no quiero trabajar aquí. Me llamaba por un pedido nuevo urgente, que necesita que lo ayude a ver cuándo llegará. Me disculpé, le expliqué que me siento mal, que he tenido un problema personal. Comprensivo el putas encima, me dijo que me podía tomar el día, pero que el lunes temprano lo ayude con este nuevo pedido. No va a ser tan comprensivo cuando el lunes le diga que me largo, que no aguanto más esta chamba mal pagada. Sí, ya lo pensé, eso le voy a decir a mi Chichi hoy: que la entiendo, que no voy a hacer planes por ella, pero que me voy yo; que nos tomemos estos meses, y que me dé el alcance a fin de año, que celebremos juntos el Año Nuevo en Madrid. No, ya no más Chichi: Sofía, tengo que acostumbrame a decirle Sofía y terminar de borrar esa otra historia triste de mi cabeza.

—Buenos días, nuevamente, estimados oyentes. Aquí, Jorge Ramírez, junto con Yuridia Ramos, continuamos con nuestra programación de hoy. Estaremos en breves momentos abriendo nuestras líneas para recibir sus llamadas. Yuridia, ¿qué nos podrías comentar tú sobre el tema del día? ¿Has tenido problemas con la puntualidad de la gente cuando has estado haciendo entrevistas por la ciudad?

—Uy, Jorge, por supuesto. Todo el tiempo. Reuniones con funcionarios públicos o privados que me hacen esperar horas no faltan. La verdad es que existe poca conciencia sobre cumplir con las horas comprometidas. Es muy importante este tema. Ahora entiendo por qué lo cambiamos. Es mucho más importante que el agua.

—Así debe ser, Yuridia. Como ya he comentado, es porque la gente no cumple con llegar en su hora que todo se retrasa. Las personas tienen que ser responsables y llegar a la hora debida para evitar

afectar la atención de los demás.

—No sé, Jorge. Muchas veces he tenido la primera cita del día en una oficina, pero igual me han atendido tarde, pese a que no había nadie esperando antes que yo. Me ha pasado muchas veces cuando he sacado citas médicas también, o cuando he ido a hacer reclamos por los cortes de agua… Pero no me quiero salir del tema.

—Así es, Yuridia, centrémonos en el tema de hoy. De seguro los retrasos se dieron porque tuvieron alguna demora previa por culpa de terceros; alguien que interrumpió o llamó por teléfono cuando no debía.

—Jorge, creo que estás dándoles excusas a los abusivos, que la dejan a una esperando. Por supuesto que es culpa de ellos. Tenemos ya una primera llamada. Buenos días, ¿con quién tengo el gusto y desde dónde nos llamas?

—Buenos días, Yuridia. Buenos días, Jorge. Un gusto poder hablar con ustedes. Nunca había llamado a la radio, primera vez que intento y me conecté rápido. ¡Una suerte! Mi nombre es Adrián Seminario y llamo desde aquí, de Magdalena. Felicitaciones por los programas. He estado atento toda la semana y han estado muy interesantes los temas y las entrevistas, aunque también hubiera preferido que hablen sobre el agua. Igual me gustó mucho la entrevista de hoy. Deberían contratar a… ¿cómo se llamaba? ¡Nicolás! Deberían contratar a Nicolás para la radio: tiene buen voz y se le entendía todo clarito. Sabe explicar. Me gustó su presentación. Creo que sería un buen reemplazo de Manuel.

—Gracias por tu llamada, Adrián, pero, por favor, no lo estén reemplazando a Manuel, que solo ha tomado un pequeño descanso. ¿Tenemos otra llamada, Yuridia?

—Efectivamente, Jorge. Buenos días, ¿con quién tengo el gusto y desde dónde nos llamas?

—¡Buenos días, Yuridia! Les habla Marjorie Vega y llamo desde Miraflores. Quería comentarles que hoy, aunque el programa está bueno, se siente la falta de Manuel. Sin embargo, al mismo tiempo, todo suena igual. ¿Qué pasó, Jorge? Tú siempre le llevabas la contra a Manuel y le reclamabas todo, y ahora hablas como él. ¿Entonces era un rol nomás?

—Buenos días, Marjorie, gracias por tu llamada. Nos halaga que te guste el programa de hoy. Aquí estamos esforzándonos para que, a pesar de lo alta que nos deja la valla Manuel, mantengamos la calidad de siempre.

—Creo, Jorge, que Marjorie tiene algo de razón. Parece que has asumido otro rol. ¿Ya no cuestionas todo como antes o me parece? Me sorprende que estés tan feliz de que nos hayan cambiado el tema de hoy y que eso no te moleste.

—Yuridia, son percepciones. La gente escucha lo que quiere escuchar. Hay que aprender a escuchar. Me avisan de Producción que tenemos otra llamada. Buenos días, dinos tu nombre y desde dónde nos llamas.

—¡Buenos días, Jorge! ¡Buenos días, Yuridia! Aquí les habla Manuel Santibáñez, sintiéndome un poco raro por ser yo quien llama ahora por teléfono a la radio. Felicitaciones por el programa, lo están llevando muy bien. No podía dejar de llamarlos para felicitarlos.

—Gracias, Manuel, por tu llamada y tus palabras. Como comenté en la llamada anterior, nos dejaste una valla muy alta, pero espero que, con el apoyo de Yuridia, lo logremos. ¿Tú cómo estás?

—Muy bien. Llamaba para confirmarles a ustedes y a todos los oyentes mi decisión de retirarme de la radio. Ayer me percaté de que ser locutor ya no va conmigo y que es momento de ceder la posta. Veo que ese rol lo estás llevando muy bien, Jorge, como escuché comentar en la anterior llamada.

—No le llamemos «rol», Manuel. Podemos llamarlo «función» en todo caso. Una función de apoyo a nuestros oyentes, escuchándolos, y llevándoles las noticias y comentarios sobre los temas de actualidad que más les interesan.

—Rol, finalmente, mi querido Jorge. Nunca había escuchado una mejor manera de llamarlo. El programa y las llamadas de ayer fueron demasiado para mí. Ya no puedo seguir llevando, llamémosla como sugeriste, esta función. Lo mío va por otro lado ahora. Quizá esté con ustedes en cabina pronto, pero como entrevistado.

—Bueno, Manuel, nuestros mejores deseos para tus próximos proyectos. Estoy segura de que te irá muy bien.

—Gracias, Yuridia. Y gracias, Jorge. Hasta pronto.

—Hasta pronto, Manuel. Qué gusto que hayas llamado. Creo, Yuridia, que tenemos que pasar a unos avisos de nuestros auspiciadores. Estamos de vuelta con ustedes en breves instantes.

Me tiene harto este programa; me tienen harto esta radio y este país, con tanta hipocresía. ¿Impuntualidad? ¿Cómo mierda hacen un programa sobre la impuntualidad habiendo tantos problemas más importantes? Si mi novia no se va conmigo ahora, es porque no se ha dado cuenta de lo mierda que es vivir aquí. Bueno, también está su universidad. Mejor me calmo. En eso quedamos, en calmarnos. Hoy vamos a hablar y voy a ser totalmente sincero con ella. Tan sincero tampoco. No le voy a contar de mi escapada de la semana pasada con la nueva chica de Contabilidad. No tengo por qué contarle; fue puro sexo, nada más. O sea, no afecta lo nuestro. Y no tiene cómo enterarse. Ya no guardo notitas de nadie. Lo importante es que la quiero. Lo nuestro es diferente. Carajo, anoche no quería saber nada

más de mí. Qué bueno que la convencí de vernos ahora. Hoy la enamoro de vuelta. Estoy seguro de que el Año Nuevo lo vamos a recibir juntos en Madrid.

—Buenos días, nuevamente, estimados oyentes. Aquí, Jorge Ramírez, junto con Yuridia Ramos, queremos, antes de finalizar este programa y, con él, esta serie de programas especiales por el aniversario de nuestra ciudad, agradecerles nuevamente por escucharnos, por llamarnos y por responder a nuestras entrevistas. Es con la colaboración de todos que conseguiremos que Lima sea capaz de enfrentar los retos del nuevo milenio.

—Efectivamente, Jorge, nuestra radio se debe a los oyentes, y aquí estamos para mantenerlos informados y para que puedan formar su propia opinión sobre el acontecer nacional, en este caso sobre las acciones que deben tomar nuestras autoridades para resolver los grandes problemas que enfrenta la ciudad, a punto de entrar al nuevo milenio.

—Así es, Yuridia. Nos despedimos entonces recordándoles que necesitamos apoyar los cambios que necesita nuestra ciudad y hacerlo todos. Depende de nosotros educarnos mejor para aprender a convivir con lo demás. Que tengan todos un buen fin de semana. Nos encontramos el próximo lunes.

—Jorge, has estado insoportable hoy. ¿De dónde has sacado esa pose? ¿Cómo puedes defender que nos hagan hacer un programa de un tema tan, no sé ni cómo llamarlo, tan..

—Yuridia, tu micro sigue encendido otra vez.

Julio no se ubica

¿Es idea mía o han cambiado esta vereda? Parece más ancha ahora. No puedo echarle la culpa a la vereda por cómo me siento al estar caminando por aquí otra vez. Es como si no reconociera esta avenida, como si fuera otra, a pesar de todas las veces que he caminado antes por aquí. Quizá la veo con otros ojos, más atentos a los detalles. Este semáforo sí es nuevo. Antes aquí no había semáforo. Por esta avenida salía a pasear en triciclo cuando era chico, con mis viejos. Por esta misma avenida caminaba para tomar el bus hacia la universidad. También regresaba por aquí, muchas veces borracho, después de salir de rumba por las noches. No puede haber cambiado tanto como para que la sienta así, tan diferente. Ahí veo que cerró la pastelería donde vendían las orejas de chancho que tanto me gustaban. Ahora hay una peluquería. Hace por lo menos un par de años que no pasaba por aquí. Sí, sin duda han ampliado la vereda, hasta le han puesto unas bancas que no tenía. Quedó bien. Qué fijación la mía con los cambios. No sé qué esperaba. Es obvio que no todo seguiría igual. Tampoco sé por qué escogí esta zona para quedarme mientras buscaba depa, cuando fue justo para alejarme de toda esta comodidad que me fui a estudiar fuera.

Sí, aquí estamos de nuevo como dice la canción, «en la misma ciudad y con la misma gente». No lo tenía planeado así. Tampoco estoy seguro de si yo decidí regresar o si, simplemente, dejé que pasara. Veo más gente con celulares. En Chicago era igual. No es que Lima sea diferente a otros lugares en eso. Es solo que no estuve por aquí para ver ese cambio de manera paulatina. Acá los llevan igual que en Chicago, colgados de la cintura, como si fuesen pistolas listas para desenfundar. Me fui porque aquí no me ubicaba. No sentía que estuviera haciendo algo que me gustara y tampoco encontraba dónde poder hacerlo. Recuerdo bien el día en que terminé de decidirlo. Estaba en la chamba, frustrado, tratando de armar reportes en un sistema que no me daba muchas opciones para ordenar la data. Mierda, estiró la mano ahí, en la mitad de la cuadra, y el ómnibus paró a recogerlo. Hay cosas que no han cambiado. Al regresar de

recoger unas impresiones, y pasar por el área de Ventas, me quedé pegado escuchando cómo uno de los teleoperadores trataba de vender nuestros productos, con una pasión que yo nunca había tenido en ninguna chamba. Lo escuché hasta que cerró su venta, colgó y, con la misma emoción, empezó otra llamada. Me di cuenta de que yo necesitaba una pasión así.

Pude haberme quedado en Chicago. Tuve ofertas de chamba para trabajar allá y también para Houston. Incluso me entrevistaron para irme a Singapur. Al final, no acepté ninguna de esas propuestas. Carajo, tremendo hueco en la vereda. La habrán ampliado pero no le taparon los huecos, o volvieron a abrirse. Por poco y me voy de cara por andar distraído, fijándome en otras cosas. Tengo que ver bien por dónde camino, no puedo andar así, jugando a las diferencias. Nunca busqué una chamba que me trajera de regreso a Lima. Pasó por casualidad. No pensé que encontraría aquí algo que me interesase. Una de las empresas con las que me entrevisté, y que yo creía que buscaba contratar un gerente de Ventas en Estados Unidos, en realidad me había contactado porque quería a alguien en Lima, a alguien que conociera el mercado peruano, para abrir una oficina aquí. Otro hueco. Esta vez sí lo vi a tiempo. Ya me voy acostumbrando de nuevo a moverme por esta ciudad. Cuando me preguntaron si estaba dispuesto a volver, me sorprendió que me emocionara esa posibilidad. No estoy seguro de dónde vino esa emoción. Puede que haya sido porque se me quedó dando vueltas el comentario que hizo un peruano que conocí allá, que trabajaba en la universidad: «Cásate con una peruana», me dijo, así, en español, para que su esposa no entendiera. Creo que también fue porque nunca llegué a sentirme cómodo como inmigrante, y sabía que igual algún día regresaría. Y tengo que aceptar que estoy feliz por estar de vuelta. Lo único que no me deja alegrarme del todo es no saber si finalmente voy a conseguir esa pasión que buscaba, esa que vi en aquel vendedor telefónico.

—Bueno gente, ahora sí llegó de nuevo la hora del baile. Ya no quiero excusas. Quien no quiera bailar, se toma otro *whisky* y después otro hasta que se anime. ¡He dicho!

—Pedro, te pasas. Creo que quien debería dejar de tomar eres tú. Tranquilo que la rumba ya viene. Cuando menos lo esperes, vamos a estar trepados bailando otra vez.

—Todos menos yo, Sofía, que más bien ya me voy despidiendo. Tengo que terminar unos temas mañana temprano y, si me quedo más rato, no me levanto. ¿Tú te quedas todavía, Brenda, no?

—Sí, Nico, dale nomás; yo aún me quedo. Esto recién empieza. Qué pena que no te puedas quedar más rato. No sabía que tenías algo mañana.

—Si casi ni hemos hablado, Brenda, ¿en qué momento podría haberte contado? Chau, chicos, un gusto verlos de nuevo.

—Chau, Nico, un gusto conocerte. Bueno, verte de nuevo, debería decir. Gracias otra vez por ese ejemplo de emoción que me diste hace tiempo. Nos vemos mañana, ¿no?

—Me alegra que haya podido motivar a alguien sin saberlo. No sé si llegue mañana, ya le aviso a Brenda. Depende de cómo avance mañana.

—¿No vas a poder ir, entonces, Nico?

—No sé, Brenda. Mañana hablamos. A ver con qué ánimos quedo.

Dos años parecen un montón de tiempo, pero pasan volando. Han sido dos años intensos, eso sí. Este edificio no estaba acá cuando me fui, es nuevo. Se ve altísimo, al menos para Lima. De cierta manera, la ciudad es otra porque yo también soy otro. Soy yo quien la ve de otra manera. Me fijo en las cosas que han cambiado aquí, pero en realidad yo he cambiado más que esta ciudad. No recuerdo qué cosa había aquí antes de este edificio; un caserón, de seguro. Es innegable que la imagen de la ciudad ha cambiado, tiene una modernidad nueva. También ha cambiado, e incluso más que la ciudad, la imagen que tengo de mí mismo. Me conozco mejor. ¿Será esto a lo que se llama «madurar»? Ya recordé: era una casa que habían convertido en restaurante. Ya no hay casa ni restaurante. ¿Cómo será la vista desde el último piso? Puros techos planos, feos. Eso no debe haber cambiado. Sí, siento que he madurado en aspectos en los que talvez no lo hubiera hecho si me quedaba en Lima.

Otro edificio nuevo, no tan alto pero sí moderno, puro vidrio. ¿Cómo será el edificio de mi nueva oficina? Ya lo veré el lunes. Un nuevo comienzo. ¿Será eso, lo de comenzar de nuevo, lo que me tiene pendiente de todo, como a la defensiva? ¿Un miedo de no saber si estoy listo para el nuevo comienzo? No, de todo lo que pasa por mi cabeza, eso es lo que menos me preocupa. ¿Tengo que doblar en esta cuadra o es todavía en la siguiente? Siempre me guiaba por la casa roja que había en la esquina, pero ya no la veo. Me siento como un turista en mi propia ciudad. Tanto cambio junto me tiene con el cerebro a mil, buscando cómo entenderme, cómo explicarme. Para algo he cambiado; si de algo sirve sentirse más maduro es para no darle tantas vueltas a todo. ¿Me han favorecido estos cambios? No lo sé. Creo que madurar es darse cuenta de más cosas, y a veces la ignorancia es una ventaja. No veo la casa roja. Mejor regreso una cuadra; de repente ya la pasé. No sé ni cómo preguntar. ¿Qué digo? «¿Recuerda dónde estaba la casa roja que quedaba por aquí?». Ando recontra desubicado.

Quizá me he equivocado de lado y la esquina donde tengo que

doblar queda al frente, cruzando la calle. ¿Habré madurado yo más que los amigos que dejé en Lima? Es medio pedante pensar así. Cada uno tiene sus procesos. ¿Haber vivido fuera me hace diferente? No estoy seguro. Creo que uno madura a punta de golpes, a punta de trastazos, y yo no he tenido tantos. Mi golpe más grande lo tuve apenas llegué a Chicago. Tampoco veo ninguna casa roja por acá. Tiene que estar de este lado. ¿Será en la siguiente cuadra? Llegué a Chicago sintiéndome un ciudadano del mundo, preparado para triunfar. Terminé dándome cuenta de que no era más que un inmigrante del montón, todos con las mismas ganas de destacar. Creo que ya no existe la casa roja. Aquí era donde quedaba. Parece que la convirtieron en esta tienda de muebles. Doblaré por acá. Eso era: un peruano emigrante más. Porque por más ciudadano del mundo que uno se sienta, lo peruano no te lo quita nadie. No es que me moleste lo peruano, después de estos años lo siento más parte de mí que nunca, pero ya sé que no importa adónde vaya, el adjetivo de *peruano* irá conmigo. Talvez también por eso regresé. Voy a tener que caminar más rápido; estoy tardísimo. Estoy más emocionado de lo que pensé de juntarme con todos de nuevo. ¿Habrán seguido viéndose entre ellos como nos veíamos antes? Imagino que sí. Qué bien la pasábamos, qué buenas juergas. Las bromas repetidas mil veces, que igual nos seguían sacando carcajadas. Este colegio no lo reconozco. Este no era el camino, no había ningún colegio hacia el depa de Sofi. Por algún lado tengo apuntada la dirección. Mejor regreso a la avenida y le pregunto a alguien cómo llegar.

—¿Pasó algo, Bren? Qué raro que Nico se fuera así.

—Ni idea, Sofi. Está preocupado por la chamba. Es solo eso.

—Yo que tú lo llamaría para asegurarme. ¿No le habrán dado una mala noticia? Lo he visto distraído con el celular. Por ahí que se enteró de algo y no nos quiso contar a todos.

—Nada, Pedro, así es Nico. Se pone intenso, a veces.

—Parece que estamos todos más preocupados que tú. Bueno, tú lo conoces más. Si todo está bien, sigamos con el *whisky*, y si se acaba, vemos qué más encontramos. ¡Salud, Bren! Un gusto verte tan feliz en pareja.

—¡Salud, Julio! ¿Y tú? ¿Cuántos corazones rotos has dejado en Chicago?

—Lo que pasa en Chicago queda en Chicago.

—Ya, Julio, eso es en Las Vegas, así que no tienes excusas. Cuenta, pues.

—Nada, Pedro, no les voy a negar que sí la he pasado bien, y que tengo mis historias, pero no llegué a conectar con nadie. Nada que valga la pena contar. Más bien cuenten ustedes. ¿Qué corazones han

roto por acá? Tú, Sofi, ¿por qué te sonrojas? ¿Qué travesuras has hecho?

—Nada que valga la pena contar tampoco, Julio. Creo que me pasa lo mismo: no he llegado a conectar con nadie. Y ya no sé si me interesa conectar. Denme otro trago, por favor.

—Pedro, ¡despierta! ¿Adónde te fuiste? ¿Le pasas otro trago a Sofi o ya renunciaste a ser barman?

—¿Ah? Disculpen, sí, me fui. Nunca renunciaré a emborracharlos, Bren. Ya les paso.

—¿Qué pasó, Pedro? ¿Recordaste algún corazón roto?

—Ya muchas puñaladas hoy, Julio. Solo eso. Ya voy por otra ronda.

—Han pasado dos años y seguimos hablando como colegiales. Ya ves, Julio, que por aquí seguimos igual de niños. Nadie ha madurado.

—No creas, Bren. Yo sí los veo diferentes.

No iba a llegar nunca por allá. Era por la siguiente calle. La casa roja sigue ahí, pero no la había visto. Cinco cuadras hacia adelante, luego dos a la derecha y, pasando el parque, ahí es. Ese parque. Debería llegar fácil. Un perro suelto. Echado frente a una puerta. Hace tiempo que no veía perros callejeros. Parece tranquilo. Espero que se quede así. Ya deben de haber llegado todos donde Sofi. Seguro Brenda fue quien llegó primero, ella siempre es puntual. Estoy seguro de que Pedro también ya llegó y quiere poner su música. De seguro, Sofía no lo deja. Ya me los imagino a todos. Tranquilo, perrito, solo quiero pasar. Eso, quédate ahí, donde estás. No se van a sorprender de que yo sea el último en llegar. Son muchos años de conocernos, ya sabemos bien de qué pie cojea cada uno. No puedo decir que hemos crecido juntos, porque los conozco desde la universidad, pero es como si los conociera desde siempre. Muy bien, perrito. Sigue mirando la puerta, no mires para acá. Cómo se habría reído Pedro si me hubiera visto caminando sigiloso frente a un perro tan pequeño. Para mí, pequeños o grandes, los perros igual muerden. Recordará cómo me asustaba cuando iba a su casa a estudiar y su perro se me trepaba para saludarme. No sé, quizás uno crece más después del colegio que en todos los años anteriores juntos, así que, de cierta manera, sí hemos crecido juntos. Por eso nos conocemos tanto, aunque a veces me pregunto qué tanto los conozco realmente. Más de lo que llegué a conocer a los amigos de Chicago, seguro. Son circunstancias diferentes, no se pueden comparar. Perdí la cuenta de cuántas cuadras he avanzado. Ninguna. Ahí sigue la avenida. Mis amigos de Chicago han sido compañeros de aventuras. Mis amigos de acá son más que eso: saben cómo soy y también saben cómo era. Ya, ahora que pasé al perro no tengo excusas para no caminar rápido. Mejor acelero el ritmo, o no voy a llegar nunca.

Esta calle no la reconozco para nada. Solo había casas y ahora casi la mitad son edificios. Aquí parece que van a construir otro, ya comenzaron la demolición. Me ha venido una nostalgia de los primeros días en la universidad. ¿Cómo fue que nos conocimos? No logro ubicar un momento específico. No hubo nunca una presentación formal con Pedro y con Brenda. Con Sofía fue diferente. Ese día sí lo tengo grabado. Ya se tumbaron el segundo piso de la casa. ¿Qué harán con las ventanas, puertas y pisos que sacan? Esas rejas antiguas están bacanes. No me molestaría poner, algún día, una tienda de antigüedades. Vendedor de memorias, de recuerdos. Claro que me daría pena cada vez que comprasen algo. ¿Dónde podría poner esa reja? Estábamos en la misma clase Brenda, Pedro y yo. No recuerdo cómo fue que comenzamos a vernos seguido. ¿Algún trabajo que hicimos juntos? Puede ser. No se me ocurre qué podría hacer con esa reja. No voy a poner rejas en las ventanas del departamento. ¿Una mesa talvez? Podría quedar bien con un vidrio encima. En esos primeros días de clase, todo era tan nuevo que es difícil recordar algo en particular. Ya recordé cómo nos acercamos Pedro, Brenda y yo: Metodología de la Ciencia, así se llamaba el curso en el que nos tocó hacer un trabajo en grupo. Sin embargo, nos hicimos más amigos recién en segundo ciclo, cuando nos metimos como en cuatro cursos juntos y nos reuníamos seguido para estudiar. Estoy aquí, pegado, viendo cómo han destruido un segundo piso en lugar de avanzar hacia el depa de Sofi. Es como si no quisiera llegar todavía, como si verme con ellos fuera la etapa final de aceptar que estoy de regreso. Quizá sea así. Igual creo que mañana vengo para ver si me venden una de esas rejas.

Tres cuadras más y a la derecha. ¿O era a la izquierda? No, a la derecha. Es raro cómo comienzan las amistades. Tanta gente que uno conoce, pero son solo algunos con los que, por algún motivo, te sigues viendo. Recuerdo esas reuniones para estudiar o hacer trabajos. Brenda, toda seria, toda enfocada; Pedro se hacía el que no le importaba nada, pero al final se tomaba todo hasta más en serio que Brenda. Poco a poco nos fuimos conociendo más. Finalmente veo personas en esta calle. Parece una familia regresando a su casa. No encuentran su llave y se han quedado parados frente a la puerta, buscándola por todos lados. Eso me pasó una vez: salí sin llaves de rumba y solo me di cuenta de madrugada. Me daba pena despertar a mis viejos tan tarde para que me abrieran, así que me quedé donde Pedro. Fue una experiencia terrible. No era consciente de lo bien que me llevaba con mis viejos hasta que vi cómo se llevaba Pedro con los suyos. Ya encontraron la llave por suerte; los pobres niños no podían más del sueño. Otra vez la calle vacía. Mis viejos no se hacían problemas por nada, confianza total. Los de Pedro eran todo lo

contrario: no bien llegamos, su viejo nos preguntó cuánto habíamos tomado y nos dijo que ahí, borracho no entraba nadie. Me quise ir, pero Pedro insistió en que me quedara. Linda la lámpara que han puesto en ese edificio. Gigante. Así quiero que quede mi depa de iluminado. Mi viejo, en cambio, no me preguntó nada cuando le dije que Pedro necesitaba quedarse unos días con nosotros, cuando tuvo que salir de su casa por unas semanas. Siempre nos hemos apoyado entre los tres. Nunca me molestó que Brenda usara mis cuadernos para estudiar cuando ya la chamba no le permitía ir a clases. Al revés, me daba gusto que le sirvieran. Tremendo cuadro que tienen en esta recepción, moderno. Me estoy distrayendo de nuevo, mirando por las puertas de los edificios en lugar de avanzar rápido. A este ritmo no voy a llegar nunca. Cuántos años han pasado. Cuánto hemos recordado esas historias entre tragos y risas. Cuántas historias nuevas deben de tener ahora. Igual que yo. Ya nos contaremos las que valgan la pena. ¿Me verán cambiado? Yo siento que he cambiado, pero no sé en qué se pueda notar. ¿Los veré yo cambiados? Quizás. Hay cambios sutiles, algunos pocos evidentes. ¿Nos conoceremos lo suficiente para notarlos? Talvez las ganas de encontrarlos iguales me hará verlos diferentes. Sigo dándole vueltas a todo. Si no me fijo por dónde voy, me perderé de nuevo. Creo que al llegar a la esquina tengo que doblar a la izquierda. Sí, allí acaba la calle, o sea que no hay otra.

—¿Diferentes cómo, Julio?

—No le pregunten que nos viene con otro sermón. Aquí les dejos los tragos, se van sirviendo. Este que quedó más lleno es para mí; privilegios del barman.

—No hay sermones, Pedro. Quizá son ideas mías. Talvez es solo que esperaba verlos cambiados. Pero sí, los veo como siendo más ustedes mismos.

—¡Se viene un sermón, no nos libramos!

—Pedro, déjalo que hable. Y ya te lo dijo él mismo: para qué lo emborrachas si ya sabes cómo se pone.

—Nada, ya me cortaron. Creo que todavía no termino de hacerme a la idea de que estoy de regreso. Mañana, en lugar de irme a un bar de *blues*, como me gustaba hacer en Chicago, nos iremos de bares en Lima, como hace rato no hacía. Son cambios… No quiero aburrirlos. Estoy feliz de irnos de bares mañana y eso es lo que importa.

—Tómate otro trago para que te sigas inspirando, Julio, no te cortes. Hace tiempo que no tomaba tanto, creo que desde ese Año Nuevo que recibimos en el malecón. ¿Lo recuerdan? Estábamos chiquillazos.

—Seguimos siendo chiquillazos, Sofi. ¿Te quejas de que insinúo que ya somos ancianos y ahora me sales con que ya no somos chiquillos?

A ver si te decides.

—Tienes razón, Bren, nunca vamos a dejar de ser chiquillos. Eso lo tenemos decidido, aunque Julio nos venga a decir que estamos viejos.

—¿Cuándo he dicho eso? Veo a cada uno más en su nota, solo eso. Huevadas que me pongo a decir cuando me emborrachan.

—Bueno, ya, Julio, sigue tomando. Ese Año Nuevo nos emborrachamos mal. ¿Recuerdan cuál fue nuestra promesa ese Año Nuevo?

—Yo no recuerdo nada de ese Año Nuevo. Borré todo. No recuerdo ni cómo llegué a mi casa, menos me voy a acordar de qué promesa hice.

—En alguno de los álbumes hay fotos de esa vez. Pero no quiero ni verlas. Estoy segura de que hay una en que parece que te desabarrancas, Pedro. Recuerdo que después ya no te dejamos acercarte al borde.

—Yo sí quiero ver esas fotos, Sofi. ¿Cuál de los álbumes será? La que no estará aquí, felizmente, es la foto que nos tomamos Pedro y yo superborrachos, cuando Julio y tú ya se habían ido. La destruí. Qué caras teníamos.

—No, esa foto nunca la tuve yo. Es ese rojo, creo, Bren. Ahora déjenme hablar. Parece que nadie recuerda lo que nos prometimos entonces. Quedamos en que había sido nuestro mejor Año Nuevo y que lo íbamos a repetir para recibir el 2000. Sin importar dónde estuviéramos, nos juntaríamos los cuatro en el malecón otra vez.

—¡Verdad, Sofi! Me había olvidado por completo, pero sí, en eso quedamos. Ya solo falta un par de años.

—¿Ves? Y ya estás de vuelta, Julio, preparado para cumplir tu promesa.

—Las estrellas están alineadas, chicos. ¿Ven como solo bastó mentalizarse sobre nuestro Año Nuevo del 2000 para que se cumpla?

—Ay, Pedro, ya comenzaste de nuevo. Todavía falta para el 2000. Ojalá podamos pasarlo juntos en el malecón.

—¡Aquí encontré el álbum! No era el rojo; es este azul. Y no seas negativa, Sofi. Yo, así me vaya afuera, igual regreso para esa rumba. Es una promesa.

—Después me lo pasas, Bren. Tengo que ver las fotos porque de verdad que no recuerdo nada de esa noche.

—Aquí va, Pedro. Ya no quiero ver más estas fotos. ¿Dónde dejé mi vaso que no lo veo?

—¿Qué pasó, Bren? ¿Qué mal recuerdo te trajeron las fotos que pones esa cara? ¡Aquí queremos alegría!

—Nada, Pedro, es que me apena un poco que por la tremenda borrachera no te acuerdes nada de esa noche. Olvídalo, mejor así.

—Brenda, ¿te vas a molestar tú también conmigo ahora? Cámbiame

esa carita.

—Ay, Pedro, no es por ti. Lo que pasa es que como me dejaron preocupada, le envié un mensaje a Nico, pero no me contesta.

No veo ningún parque. Ya me entraron dudas. ¿Doblé bien o ya me pasé? No, debe faltar por lo menos una cuadra, todavía. ¿Qué esa esa luz de la esquina? Un quiosco. ¿Sigue abierto a esta hora? Había olvidado cómo es comprar el diario en un quiosco. Todos los periódicos colgados con los titulares a la vista. Ni he leído noticias esta semana. Parte es de mi estado de negación talvez. Tampoco he visto nada de televisión, ni tiempo he tenido. Entre estar con mis viejos y organizarme, no me ha quedado tiempo para mí. Quizá mantenerme ocupado también sea parte de seguir en negación. Esa idea de la negación me da vueltas por la cabeza cuando no puedo estar más aterrizado y de regreso en Lima. Es una realidad concreta. Así que basta con eso. Por esta calle hay más movimiento. Hasta hay un restaurante. No recuerdo que fuera así la calle de Sofi. Está bien que Lima haya cambiado, pero tampoco tanto. Ando tan distraído que no me sorprendería haber terminado en otro sitio. También veo varias tiendas. No, la calle de Sofi no tenía tiendas ni restaurantes. Definitivamente, estoy por otro lado. En alguna esquina crucé o doblé mal. Voy a preguntar en el quiosco. Me pongo sentimental cuando veo un quiosco, y ahora que estoy nostálgico me afecta más. Solía ir al quiosco con mi viejo. Él se compraba su diario y yo escogía un par de cómics. La cosa se ponía mejor cuando me llenaba un álbum de figuritas. Regresaba cargado de sobres. Cuando comenzaban a vender las figuritas sueltas, mi viejo ya no quería gastar en sobres y solo me compraba las que faltaban. No me puedo quejar, tuve una infancia feliz, sin preocupaciones. Eso ayuda, aunque también te hace todo fácil, cómodo. Esa es la parte que no me gustaba. No tengo ninguno de esos álbumes guardados; antes de irme limpié mi cuarto y boté muchas cosas. No pensaba regresar a la casa de mis viejos. Y tampoco pensaba regresar al Perú, pero aquí estoy.

Qué fuerte ver todos los diarios así, con esos titulares sensacionalistas. Hay de todo: titulares triunfalistas que dicen que vivimos en un paraíso, y titulares que acusan a cualquier posible opositor de ser un jinete del Apocalipsis. Es como si el quiosco me dijera «Ahí está, toma tu país». Si pensaba que estaba en negación, acabo de darme tremendo encontronazo con la realidad. Se está llenando el restaurante del frente. Las tiendas, en cambio, están cerrando. Me gusta esta hora. No sé quién me dijo una vez que a una ciudad se la conoce por su vida de noche, que la vida de día engaña. Es imposible pararse frente a esta exhibición de panfletería y negar que Fujimori controla los medios. Todo se ve planificado. Aunque, de

cierta manera, soy el menos indicado para quejarse. Si no fuera por cómo está creciendo la economía, no hubiera conseguido chamba acá en Lima. ¿Y esa música? Parece que hoy toca noche criolla en el restaurante, como en una peña. Sí, se conoce una ciudad por sus noches: los ritmos en el día no se sienten tanto. Esos valses transportan, a mis viejos les encantan. Era la música de los almuerzos de domingo. Sé muy bien que Fujimori es un animal sin escrúpulos, pero creo que eso es lo que necesitábamos. Ya habrá tiempos para la democracia más adelante. Mientras, a trabajar y aguantar. La historia lo juzgará. Mis viejos lo odian. Hoy, cuando fui a verlos para almorzar, salió el tema de Fujimori. Me atreví a comentar que me tenía sin cuidado si se reelegía o no. Me salieron con que no era consciente de mis privilegios; que si a mí me está yendo bien, no quiere decir que al país le esté yendo igual. Cambié de tema. No me gusta cuando se ponen en ese plan. Siempre me han protegido y ahora me acusan de privilegiado. Y yo sigo aquí parado como si tuviera todo el tiempo del mundo. De una vez, voy a preguntar cómo llego adonde Sofi desde acá.

—Nico ya se durmió seguro, Bren. ¿No tenía que levantarse temprano?

—No sé, Pedro. Debe de ser eso. Entonces, Julio, ¿lunes de vuelta a chambear? Debe de ser un cambio fuerte, después de dos años con otro tipo de preocupaciones.

—Estar acá con ustedes, un viernes, conversando tranquilos y hasta viendo fotos, en lugar de en el bar al que íbamos en Rush Street es suficiente cambio por ahora.

—Ay, pobre Julio, tener que aguantarnos con nuestras historias en lugar de irse a tomar un *whisky* a un antro de Chicago.

—No, Sofi, tampoco es así. Ya les dije que estoy feliz de estar aquí…

—Qué pesada, Sofi, no lo reprimas a Julio. Déjalo que nos cuente sus historias también. Debe de ser bacán estar pasando por esos cambios. De cierta manera te envidio.

—Ay, Bren, no sé qué bicho te ha picado. Me parece que hasta a Nico lo quieres cambiar ahora.

—Sofi, ¡cómo inventas! Ya les dije que estoy buscando un cambio, pero en la chamba, ¡no con Nico!

—¡Lodo! ¡De nuevo lodo! Esto se pone bueno. Vamos con las apuestas. ¿Izquierda o derecha? ¿A cuál le vas, Julio? Yo todavía estoy dudando.

—Ya te he dicho que hoy no estoy de humor, Pedro. Más bien estoy con unas ganas de romperlo todo que ni me provoques.

—Estás desatada hoy, Sofi. ¿Qué pasó?

—No sé, Julio. Estoy harta de que me digan qué hacer, qué pensar, qué decir. A la mierda con todo. Mejor voy a hacerme otro trago yo sola. Ya vi que el barman ya renunció.

—¡Sofi! ¡No me quites la chamba! Ya traigo para todos.

—Muy tarde, Pedro, ya me paré. ¿Alguien más quiere un trago? Esta vez salen al estilo Sofía.

—Habrá que probar ese estilo Sofía. Me apunto. Uno bien servido para mí.

—¿Alguna vez te he servido mal, Pedro?

—Ya no digo nada. Mejor me quedo calladito antes de que me caiga otra puñalada.

—Yo también quiero uno, Sofi. ¿Tú, Julio? Quien se ha quedado calladito ahora eres tú. Parece que ya te habías desacostumbrado a nuestras locuras. Recuerda cómo es: nos gritamos pero nos queremos. Seguro pronto nos comienzas a gritar también tú a nosotros, pero ya sabes que igual te vamos a querer.

—Entonces dame un *whisky* más y comienzo a gritar yo también. No, el trago no tiene nada que ver en esto. Muchos recuerdos juntos, estoy procesando. Igual, pásenme otro.

—¡Ya vienen los especiales de Sofi! Que conste que yo no respondo si después de tomarlos no se pueden parar. Sofi hoy no cree en nadie.

—Te estoy escuchando, Pedro. Cuidado con lo que dices. No te conviene hablar mal de mí.

—Tú sabes que nunca hablaría mal de ti, Sofi. Vente, más bien, que tenemos acá una emergencia: hay que resucitar a Julio y creo que tú eres la indicada para hacerlo.

—¿Yo? ¿Por qué yo, Pedro? Aprende a resolver tus problemas solito. Ya, mentira. Ahí llevo los tragos. ¿Qué hacemos contigo, Julio? Nos vas a dormir a todos.

—A desahuevarse, Julio. Cuéntanos algo para que te despiertes. ¿Cómo están tus papás? Felices de tenerte de vuelta, seguro.

—Hoy almorcé con ellos, Bren. Ya sabes cómo es: me rellenaron de arroz con pollo mientras me amenazaban con que me quedaría sin crema volteada si no les prometía que no votaré por Fujimori. Nada ha cambiado.

—Y supongo que te quedaste sin crema volteada, ¿no? ¡No le hagas eso a la causa, Julio!

—Déjalo, Pedro, que ya se está despertando. Hace tanto tiempo que no veo a tus papás, Julio. Qué bueno que estén bien.

—La próxima vez que vaya a almorzar, te aviso, Sofi, para ver si me acompañas. Les dará gusto verte.

Era para el otro lado. Ahora tengo que regresar como cuatro cuadras. Qué vergüenza. No debo ser el único que se pierde en Lima.

En Chicago también me perdí varias veces. No es Lima, soy yo. Siempre me cuesta ubicarme, no importa dónde esté. Con todo, no es lo mismo: estas calles debería conocerlas bien. ¿Qué estaría haciendo a esta hora en Chicago un viernes? Depende. Podría estar en el cuarto, agotado, descansando. O leyendo para la maestría. O de rumba en bares. Qué rápido cambia Lima de una calle a otra. No he avanzado ni una cuadra y ya no se ve ningún un restaurante ni ninguna tienda. Por suerte, tampoco hay perros. Sí, podría estar en algún bar de *blues* de Halstead o en alguna barra de Rush Street. A veces con amigos, a veces solo. A veces ligaba algo; a veces, no. ¿Extrañaba Lima cuando salía de bares? Para nada. Era feliz en Chicago. Ahí viene alguien caminando. Quizá va a uno de esos antros de la calle de atrás. Mejor me paso a la otra vereda por si sus intenciones son otras; más vale prevenir. Esa parte de Lima es la que menos me gusta: la permanente sensación de inseguridad. Eso no me quita, sin embargo, lo feliz que me siento por estar de vuelta. No sé muy bien por qué tan feliz, pero no importa. Lo importante es estar donde uno tiene que estar. Y ahora tengo que estar en Lima. Punto. Espero no estar equivocado.

Me siento un huevón por haber cruzado la pista. El que venía es un señor mayor que regresa de hacer compras y con las justas puede con las bolsas que carga. Estoy demasiado nervioso, es eso. Cuántas noches he caminado por calles más oscuras que esta en Chicago, al regresar de la rumba sin ponerme tan a la defensiva con quienes me cruzaba. A Pedro le gustaría la noche de Chicago. Me dio pena que no se animara a irse también cuando me fui yo. Aunque la experiencia hubiera sido muy diferente para mí si iba con alguien más. Los primeros meses por allá hubieran sido más fáciles, pero talvez no hubiera aprendido a estar solo. El señor pasó de largo y ni me miró. Cómo camina de rápido para ser mayor, bien agarrado de sus bolsas. Quizá pensaba que el ladrón era yo. «Señor mayor». ¿De dónde he sacado eso? Me suena raro, no sé si está bien dicho así, o si estoy traduciendo del inglés lo que pienso. Lo último que quiero es convertirme en esa gente que regresa con acento extranjero. No, sí se dice así en español. Estoy dudando hasta de cómo hablo. El inglés le ha ganado espacio al español en mi cabeza. Al principio me costó un poco adaptarme, hacer amigos, armar grupos. Y salí poco de noche. Me sentía un poco corto de acercarme a alguien en un bar y meterle letra en inglés. Si hubiera estado Pedro por allá, seguro nos levantábamos a medio Chicago desde el primer día. Estar solo, al final, ayudó. Aprendí rápido y después no paré. Y no cambiaría esa experiencia. Parece que viene otra persona caminando sola. No, no voy a cambiar de vereda otra vez. Tengo que dejar de portarme como un turista despistado. ¿Cómo le habrá estado yendo a Pedro por acá? Siempre me pareció que se limitaba solo, que necesitaba que le dieran un empujón para dejarse

de huevadas y realmente madurar. Yo traté, pero no sé si lo suficiente.

—Pedro, he pensado que Bren tiene razón: necesitas una novia.

—Yo nunca me equivoco, Sofi. Y estoy totalmente de acuerdo contigo.

—¡Entonces, manos a la obra! ¿De dónde le conseguimos una novia a Pedro? ¿No habrá alguna chiquilla en tu oficina que podamos presentarle?

—Déjame pensar. Seguro que sí. Acaban de entrar nuevas practicantes al área. Voy a hacer mi sondeo.

—¡Chicas, así no vale! ¿Qué pasó con la pelea en el lodo? No me pueden emocionar así, con una bronca, para después ponerse de acuerdo y aliarse contra mí. Julio, tienes que defenderme de estas celestinas.

—A mí tampoco me parece mala idea, Pedro. ¿Te vas a negar a que te saquen una cita con una chica? Te desconozco.

—Bueno, Bren, consigue esos currículums. ¿Cómo averiguamos cuáles no tienen pareja? Les damos una mirada juntas antes de decidir la indicada para Pedro.

—Sofi, qué anticuada. ¿Desde cuándo es un problema que tengan pareja? ¿Tú crees que Pedro tenga esos escrúpulos?

—Ya me di cuenta. Toda la pose de que me quieren conseguir novia es solo para seguir lanzándome puñales. Ya paren con esa bromita que me pongo nervioso. A mí no me amarren con nadie.

—Nadie te quiere amarrar, Pedro; quien se va amarrar solito eres tú. Bueno, algún día. Ya, fuera de bromas, sí hay una chica que trabaja en el banco que te quiero presentar. No sé por qué, pero creo que se llevarían bien.

—Bren, me pones nervioso. ¿Por qué me lo propones con esa mirada malévola?

—Ya, Bren, llámala para ver si se apunta a salir mañana con todos. ¿Crees que se anime?

—No sé, Sofi. Aunque podría ser, ¿no? ¿Qué dices, Julio? ¿Te molesta hacerle de chaperón a Pedro junto con nosotras?

—¡Hola! ¡Yuju, estoy aquí! ¿Yo no tengo opinión, acaso? Hablan como si yo no estuviera aquí.

—No, Pedro, en estas cosas no tienes opinión. Déjanos manejarlo a nosotras. Ya te hemos permitido escoger solo muchos años y no tienes resultados que mostrarnos, ¿o sí?

—Ya vi que los puñales no van a parar toda la noche. Invítala. Confiaré en ti, Bren. Julio, tú eres testigo. Me están llevando sin grado y por fuerza. No respondo por corazones rotos.

—Yo creo que ya estás listo para tener una novia en serio. No te mudes solo todavía, que ya veo que si lo haces, no te nos casas.

—Sofi, es que… Ya. Mejor no digo nada.
—Julio está todo callado, mirándonos, como si nuestra conversación fuera una película lejana. Participa, Julio. Esto es interactivo para todos.
—Nada, Bren, estoy aquí feliz, disfrutando de escucharlos. Hacía tiempo que no tenía conversaciones así. Las extrañaba. Miro para atrás y no recuerdo haber tenido una reunión tan en confianza desde que me fui.
—Solo eso faltaba, Julio. «Miro para atrás». Estás más gringo de lo que pensaba.
—No te burles, Sofi. Este cambio me está costando más de lo que pensaba. Mi cabeza todavía no sabe dónde está.

Ahora sí, finalmente por el camino correcto. Por fin veo el parque al fondo. He dado tantas vueltas que estoy medio mareado. En realidad, si estoy mareado es por las vueltas que le sigo dando a todo en mi cabeza, como si todo tuviera un orden y un motivo. Ya estoy lo suficientemente grande como para saber que, por más planes que uno haga, por más en control que se sienta, hay cosas que simplemente pasan, sean o no parte de un plan previsto. Esta calle no ha cambiado mucho: casi no hay edificios nuevos. ¿Cuánto durará así? Es más oscura también. En eso sí ayudan los edificios: traen más luz. La verdad es que yo nunca he estado muy seguro de lo que quería hacer; no como Brenda, que nunca necesitó un empujoncito de nadie. ¿En qué estará ahora Brenda? Siempre la sentí más madura que yo: sabía bien lo que quería. ¿Qué hace esa persona en una silla frente a su puerta? Vigilante, eso debe ser. *Guachimán*. Qué palabrita. Si alguien se llega a quejar de que uso palabras del inglés, le voy a recordar que acá todos dicen «*watchman*» y nadie se queja. Brenda me hacía sentir que iba perdido por la vida cuando hablaba con ella sobre mi idea de irme a estudiar fuera. ¿Para qué? ¿Dónde? ¿Qué quieres conseguir con eso? Puro cerebro y poco corazón. Y tampoco es así. Brenda sí es puro corazón. ¿Pero no somos todos así, un vaivén de emociones? Esa fijación mía de encontrarle explicación a todo es agotadora. Está dormido el guachimán; tremendo vigilante.

Brenda sí me entendía en eso, en cómo puedo estar un minuto cien por ciento seguro de lo que quiero hacer, para pasar al siguiente minuto a poner en duda todo. Sabe que así funciono, que cada uno tiene sus procesos, y ese es el mío. Sofía, en cambio, se desesperaba cuando yo no definía bien lo que quería hacer. Creo que ella tampoco lo hacía, pero le costaba aceptarlo. «Casa en venta. Altura permitida: siete pisos». Así comienza. No importa si la casa tenía jardín, si la cocina es amplia ni cuántos baños hay. Solo importa cuántos pisos se pueden construir. Esta calle también se llenará pronto de edificios. Sí,

esa pelea de ideas que se contradicen que llevo en la cabeza me ha funcionado bien. Me ha servido para madurar, para crecer, para decidir irme y para decidir regresar. Suponiendo que en verdad yo lo haya decidido. No sé por qué me da nostalgia una casa de alguien que ni siquiera conozco, y cuya historia ignoro. Talvez nunca fueron felices en esa casa, pero a mí me viene una pena enorme de que la vayan a demoler. A dejarse de huevadas: sí fui yo quien decidió regresar; sí, quería volver. No porque quiera imaginarme como víctima de las circunstancias, como alguien que solo se dejó llevar, quiere decir que eso sea verdad. Yo mismo he intervenido en este regreso, solo me cuesta aceptarlo porque voy a ser duro conmigo mismo si me val y termino arrepintiéndome de esta decisión. ¿Para qué sigo parado mirando esta casa? Mejor avanzo. Las historias que ocurrieron entre sus paredes ya están en la memoria de quienes las vivieron, no necesitan de un lugar para existir. Igual que mis historias de los últimos dos años. Ya no estaré en Chicago, pero las historias vinieron conmigo. Ahora estoy aquí; tengo que aprender a confiar en mis decisiones. Y espero que me vaya bien. Me estoy distrayendo con huevadas y cada vez se hace más tarde. Un par de cuadras y llego. Sofi me contó sobre el novio de Brenda, Nico. Me dijo que lo había invitado. Me da curiosidad conocerlo. Si Brenda está con él, debe ser porque es seguro de sí mismo. Eso es en lo que me quiero convertir: en alguien que no duda de lo que quiere. Nico debe de tener todo bien claro.

—Tremenda sonrisa que me sacas ahora, Bren. ¿Tanto te alegra hacerme de celestina?

—No es eso, Pedro. Acabo de recibir un mensaje de Nico. Me dice para almorzar mañana, solos los dos. Se va a hacer un rato para vernos. Qué lindo.

—¿Entonces no le había pasado nada? Qué bueno. Me había quedado con esa idea, por la historia que inventó Sofi.

—Qué rápido para hacerte el loco, Pedro. ¡La historia la inventaste tú! A mí no me metas.

—Ya, Sofi, no dije nada. Bren, a ver si lo convences de que venga con todos por la noche.

—Sí, de todas maneras le digo. Dice que quiere hablar conmigo, que tiene muchas cosas para contarme porque no me vio toda la semana.

—No quiero ser boca de sapo, Bren, pero eso de hablar… Mejor te preparas para malas noticias.

—¡Cállate, Pedro! ¿Qué sabes tú de hablar las cosas? No le hagas caso, Bren. Es lindo que Nico se haga un tiempo para verte, teniendo chamba.

—Esa ha sido la peor puñalada de la noche. Disculpen, me voy allá, a la esquina, a recuperarme un rato.

—Disculpa, Pedro. Acepto que me excedí. Pero es que no te veo a ti hablando con alguien para darle malas noticias. No lo tomes a mal, solo es la verdad. ¿Acaso cuando quieres dejar de salir con alguien la llamas para hablar? Te apuesto a que simplemente dejas de llamarla.

—Sofi, ¿ves cómo sí estás molesta conmigo?

—Creo que estoy más molesta conmigo misma que con nadie. Olvídalo. No me has comentado nada de mis tragos. ¿El *bartender* los aprueba?

—Aprobadísimos, Sofi. Sí, Bren, no me hagas caso. Ya sabes que el trago me hace hablar huevadas.

—A todos, Pedro. No sé si también es el trago, pero he extrañado más a Nico en este rato, desde que se fue, que en toda esta semana, que casi ni pude verlo.

—Díselo mañana, Bren. Una de las peores partes de extrañar es no aceptarlo frente al otro, y a veces ni siquiera frente a uno mismo. Se los digo yo, que me he pasado dos años negándolo, y aquí me tienen todavía procesando lo mucho que me hacía falta volver.

—Tardó, pero finalmente volvió: «La Palabra de Julio» se hizo presente otra vez.

—Tanto le insisten con que hable y, cuando finalmente dice algo, lo joden.

—Nada, Sofi, ya me cortaron la inspiración… Pero sí, me siento en casa hoy, sobre todo aquí en tu depa. Siempre me he sentido cómodo aquí.

—Ya sabes, Julio, «mi casa es tu casa»; siempre lo ha sido.

En este parque conocí a Sofi. Aquí fue donde Brenda me la presentó. Brenda me pidió que la buscara aquí para dejarle mi parte del trabajo que teníamos de la universidad. Ella siempre quería ser la que ordenaba y anillaba la versión final: no confiaba en nadie más para eso. Esa es la banca donde las encontré, creo. Sí, ahí, frente adonde ahora hay juegos infantiles. «Mañana voy a estar por tu casa», me dijo Brenda. «He quedado en ir adonde mi amiga Sofía y estaré allá todo el día. Anda triste, terminó hace poco con su novio», me contó. «La voy a sacar un rato al parque que queda al lado de su casa, para distraerla». ¿Hace cuánto fue esto? Tres años. «Con Sofi nos podemos quedar conversando todo el día. Y acaba de llegar de Punta Cana, así que tiene mucho para contarme», me dijo. «Me buscas ahí cuando puedas y me dejas tu parte del trabajo». Parece que hubiera sido ayer. Brenda siempre me negó que lo hubiera planeado. Pero siempre me quedó la duda, sobre todo porque ese día terminó yéndose y me dejó a mí conversando con Sofía. «Me voy de una vez a anillar

todo. Quédate tú con Sofi un rato», me ordenó. Yo, obediente, me quedé.

Cuando llegué al parque, Sofía estaba dibujando. Tenía un bloc y hacía figuras como de arlequines, que después arrancaba, arrugaba y botaba. Yo conversaba con Brenda sobre el trabajo y cómo había quedado, mientras que ella dibujaba sin hacernos mayor caso. De vez en cuando comentaba algo, pero se veía que no tenía ganas de hablar, menos con extraños. No puedo irme sin sentarme un rato en esa banca. Ya estoy tarde, unos minutos más no van a hacer la diferencia. No sé por qué insistí en conversarle. Bien que sé: me gustó, y mucho. Busqué excusas para hacerla hablar, preguntándole tonterías: que hace cuánto vivía por ahí, que si no tenía frío. Me contestaba sin interés. Cuando le pregunté qué dibujaba, me dijo «Son mis demonios que salen». Creo que en ese momento me enamoré. Ya, tampoco. Más bien, me gusta pensar que ahí me enamoré. La verdad fue que desde ese momento comenzamos a conversar en serio. Rara sensación estar sentado aquí otra vez. Me sentía tan en confianza. Se hizo de noche y seguíamos hablando. Me pongo romántico, aunque la historia no terminó bien. Tampoco terminó mal. Creo simplemente que no estábamos listos para estar juntos: yo quería irme, y creo Sofi en verdad no quería nada con nadie. ¿Estaremos listos ahora? No, ya fue. No voy a hacerme ideas, no es por eso que he regresado a Lima. O no creo que haya sido por eso. ¿Para qué lado era el depa? Allá está, ya lo veo.

—Pedro, cerrado el plan de mañana. Mi amiga me acaba de confirmar que se apunta. El plan novia para Pedro va viento en popa.

—Bren, me pones nervioso. ¿Me vas a hacer un amarre también? Ya no sé si quiero ir mañana.

—No me hagas caso. No hay nada de plan novia. Sabes que me gusta fastidiarte. Es que me contó que acaba de terminar con su novio. No sé qué pasó, pero llevaban buen tiempo juntos. La cosa es que le dije que le avisaría para salir el fin de semana, para que no se quede encerrada.

—¡Bren! Esa historia me suena conocida. ¿Cuándo vas a aceptar que tenías todo planeado cuando me pediste dejarte el trabajo de la universidad aquí en el parque, justo cuando, casualmente, estabas con Sofi?

—¿Qué? No me digan que yo era la «amiga que acaba de terminar con su novio»… ¡Bren! Recién caigo. «Ya viene mi amigo Julio, te va a caer muy bien». Cómo me lo vendías, y yo en otra.

—A mí no me hagan responsable de nada. Yo creo en las sabias palabras de Terminator: «El destino es lo que cada uno hace».

—Así es, Bren, es solo mentalizarse. Finalmente me entiendes.

—Ay, Pedro, mentalízate todo lo que quieras, pero si te quedas

sentado, no vas a conseguir nada. Sofi, ¿qué pasó?

—Nada, Bren, estoy en un subibaja terrible esta semana: salgo de unas para entrar en otras. No los voy a cargar hoy. Todo va a ir bien. Hoy toca fiesta.

—Qué pena, Sofi. Todo mi apoyo en lo que necesites.

—Ya te contaré, Julio. Si me invitas a almorzar, de repente te suelto todo, aunque no te lo recomiendo: mi cabeza está por todas partes.

—La mía también, Sofi. Muchos cambios juntos. En un momento me siento en control de todo; al siguiente me siento a la deriva. Bueno, yo tampoco los voy a cargar…

—Pero si para eso estamos, ¿no? Suelten lo que quieran y aquí entre todos lo bancamos. Y si no lo quieren soltar, todo bien; igual los queremos.

—¿Ya hemos comenzado con los «Yo te estimo», Bren? ¿O nos falta un poco más de trago? Me avisan y voy por otra ronda. Todavía queda *whisky*.

—Dale, Pedro, tráete una ronda más. «Hay que sacarlo todo afuera», como dice la canción de Mercedes Sosa.

Ahí veo la luz encendida del depa de Sofi. ¿Estarán sus papás? Siempre salían cuando Sofi organizaba algo. Le daban su espacio. Me llevé bien con ellos. Creo que ya me veían casado con Sofi, pero ni Sofi ni yo buscábamos casarnos. ¿Qué buscábamos? No sé. Qué vacío está el parque. No tenía ni tengo todavía la más mínima intención de casarme, pero imagino que en algún momento eso vendrá. «Sentar cabeza» le dicen. Qué feo suena. ¿Es para eso que he regresado a Lima? ¿A sentar cabeza? No, eso no va conmigo. Ahí viene una pareja. Podrían ser mis viejos. Se quedan mirándome. Debo parecerles sospechoso. No, estar tranquilo no va conmigo. Mi cabeza va siempre a mil, dándole vueltas a todo. Nunca se va a sentar. ¿Para qué estoy de vuelta entonces? Estoy a punto de verme con los amigos de siempre, con la gente con la que más cómodo me siento, y sigo cuestionándome el porqué lo hago. «Buenas noches», me dicen esos señores. No tengo ganas de hablar, solo un gesto. Se quedaron ahí abrazados en la banca, conversando, mirando el cielo sin estrellas de Lima. Sí, quizá es eso. Me asusta lo cómodo que me siento de estar de vuelta. Carajo, creo que sí estoy buscando eso de sentar cabeza.

Al final de la cuadra está el edificio de Sofi. Es solo llegar a la esquina del parque y cruzar. Unos pasos más y ya estoy ahí, otra vez. Es un círculo raro el que he hecho. Me fui huyendo de una comodidad que me ahogaba para terminar regresando a buscarla. Siento tan lejana toda esa manera de pensar, hay tantas cosas que cuestionaba a las que ya no les doy importancia. El edificio de Sofi era el único de la

cuadra. También era el más alto de la zona. Ahora hay otro edificio más alto al lado. Ya no lo veo igual. Creo que las razones por las que pienso que hago las cosas a menudo no son las reales. Puede que al final las cosas igual me salgan bien, pero no siempre las hice por los motivos que pensaba. El edificio ahora se ve más antiguo en comparación con el nuevo de al lado: menos vidrio, más fierro, pero más personalidad. Los edificios nuevos que he visto se ven todos iguales. Siempre busco las razones después de haber tomado las decisiones, porque las tomo por intuición, por puro sentimiento, por algo que me dice «Esto es lo que tienes que hacer», y no lo entiendo bien sino hasta después. Yo sentía que tenía que irme, y me fui. Sentía que lo mío con Sofi, lo nuestro, no iba para ningún lado. Ella también, y por eso terminamos. Ahora sentía que tenía que regresar, y aquí estoy. Eso es todo. No hay que darle vueltas. ¿Es Sofi la que se acerca a la ventana? ¿Cómo estará ahora? No sé cómo voy a reaccionar cuando la vea. Hemos hablado por teléfono, pero no es lo mismo. Se ofreció feliz a coordinar todo para vernos. Creo que sí es ella. La única que está parada. No sé cómo me siento sobre Sofi ahora. No creo que podamos volver; es una historia que acabó. Pero no sé, creo que extraño esa conexión que teníamos. Siento que estoy a un gesto de desear estar nuevamente con ella. Bastaría una sonrisa con la complicidad de siempre, una de sus frases indirectas que solo entendíamos entre nosotros, para que me provoque decirles a todos que se vayan y nos dejen solos. Mi cabeza sigue dando vueltas. Están todos parados ahora. ¿Qué hacen? Bailan como siempre, ahora trepados en la mesa. Mejor cruzo de una vez y subo a darles un abrazo.

—Sofi, el lunes, apenas me organice con la chamba nueva, te llamo para ver qué día almorzamos.

—No estamos tan borrachos, Julio, ah. Conozco esos almuerzos, ¿La estás invitando a una cita?

—Bren, qué metiche, déjanos a nosotros decidir si es cita o no. No le pongas nombre, mejor. No necesitamos ponerle nombre a todo. ¿No, Julio?

—Así es, Sofi, no lo necesitamos.

—¿Sabes, Julio? Me quedé pensando en eso que dijiste de que somos más nosotros, que en eso nos veías diferentes. Creo que tienes razón.

—Así es, Bren, creo que uno le va perdiendo el miedo a ser uno mismo.

—Ya, Bren, no le des cuerda de nuevo a Julio. Mejor sigan tomando. Aquí les dejo los tragos.

—¡Pedro, esto es puro alcohol! Ya, qué importa. Julio, si me privo,

no dejes que me pinten bigotes.

—Dale, Sofi, no los dejo.

—¡Qué buena canción! «Todo aquel que piense que la vida es desigual, tiene que saber que no es así». No sé ustedes, pero yo me trepo a bailar. No me importa bailar solo.

—Vamos, Pedro, yo me apuntó también. A soltarlo todo. Hazme sitio.

—Dale, Bren. «No hay que llorar, que la vida es un carnaval, y las penas se van cantando». Vamos, Sofi; vamos, Julio. Nadie nos quitará lo bailado.

—Nadie nos lo quitará, Pedro, nadie. Trepa, Sofi, vamos. Celia tiene razón: las penas se van cantando.

Esta es la puerta y aquí estoy, como tantas veces estuve antes. Cuánta carga. Quiero disfrutar bien de este momento. Cuando toque este timbre, me va a ganar la realidad, ya no podré negar que estoy de vuelta. Mejor me quedo acá un rato, disfrutando de este limbo de estar y no estar, de dejar de ser el Julio que se fue y está estudiando fuera y sabe Dios si algún día regrese a ser el Julio que vive en Lima, que se fue un par de años fuera, pero que, aparte de eso, ha pasado toda su vida acá. Nada es definitivo: puede ser que termine yendo de nuevo, puede ser que en unos meses más esté llamando a ver si todavía me puedo ir a Houston, o a Singapur. Debo verme ridículo aquí, parado frente a la puerta, mirando el timbre. No importa, necesito unos minutos más de negación. ¿Y si nunca toco este timbre? Justo está llegando una pareja, parece que viven acá y que regresan de alguna fiesta. Se han quedado esperándome. Me hacen señas para que pase, deben de pensar que nadie me contesta. Hasta me sostienen la puerta. No me queda más que entrar. Bueno, ahí vamos. Ahora sí, estamos de vuelta.

Agradecimientos

Quiero agradecer a todas las personas que de alguna manera me han acompañado o apoyado en este proceso de lanzarme a escribir. En primer lugar, a Raúl Tola y su genial idea de comenzar unas sesiones de creación literaria por Zoom en plena cuarentena, sesiones que me animaron a volver a escribir después de muchos años. Su asesoría sobre cómo comenzar la novela me dio el empujón final que necesitaba. También a Javier de La Piedra, por su apoyo al leer los capítulos que iba escribiendo, para validar que lo que quería transmitir se iba consiguiendo de a pocos, y a Claudia Currarino y Miguel Blanc, que se mandaron a leer la novela sin editar y me dieron ánimos para publicarla. Las gracias también a Eduardo Adrianzén y a Regina Limo por sus recomendaciones de cómo navegar el camino hacia la publicación, a Kerwin Terrones, por su primera corrección de estilo, y finalmente a Anahí Barrionuevo, que le dio la edición final y con quien terminé publicando esta novela en una feliz coincidencia de nueva editorial con nuevo novelista.